
CARLOS
MARTÍN
BRICEÑO
La
muerte
del
Ruiseñor
B

Carlos Martín Briceño

La muerte del Ruiseñor



A la memoria de mi padre
Para los míos: Ariadna, Emilio y Esteban

El arte de la música es el que más cercano se
halla de las lágrimas y los recuerdos.

Oscar Wilde

La mayor parte de los hechos históricos, lugares, nombres, fechas, cartas, personajes y personas vivas y muertas que aparecen en esta novela son reales. Digo la mayor parte porque en muchas ocasiones están revestidos de una dosis de ficción.

1
NOVELA HISTÓRICA

«Eso es lo que te va a conducir a la fama, una novela histórica», suele decirme mi mujer cuando me encuentra insomne, meditabundo, absorto en el teclado de la computadora a altas horas de la noche, fraguando la trama de un nuevo relato. Y yo levanto la mirada, sonrío y miento. Le digo que por fin he comenzado con la biografía novelada de Guty, Augusto Cárdenas Pinelo, «el Ruiseñor Yucateco», músico legendario, autor de más de una cincuentena de canciones que, de no haber fallecido a los veintiséis años, hubiera llegado a ser más famoso que Agustín Lara.

—Pero Carlos, ¿de veras vas a entrarle a eso? —me advierte el dramaturgo Eduardo Antonio Urcelay en el teléfono cuando le confieso que ya tengo la estructura, el material biográfico, los personajes—. Salvo los nostálgicos de la trova yucateca, ¿a quién carajos le puede interesar en esta época la vida de un puto como Guty?

Para Eduardo Antonio todos los hombres son putos: yo soy puto, tú eres puto, nosotros somos putos, vosotros también lo sois. Y Guty, según él, no es la excepción.

—Ahí está —arremete —su amistad sospechosa con Chalín Cámara y su matrimonio al vapor con aquella norteamericana desabrida de la que nadie se acuerda.

No tengo más respuesta que el silencio. Dejo pasar unos instantes, escucho la respiración de mi interlocutor al otro lado de la bocina. Enseguida le contesto que tal vez tenga razón, que acaso a las nuevas generaciones les importe un carajo quién fue el autor de *Nunca* y que, probablemente, tampoco les interesen tanto sus inclinaciones sexuales como a él, pero que de todas formas voy a intentarlo.

—Como decía Cortázar, se trata de hacer hasta de una piedra literatura —finalizo.

Ya es la madrugada del domingo, mi esposa y mis hijos duermen. El silencio que priva en el estudio sólo es interrumpido por el transitar de los automóviles sobre el asfalto de la avenida cercana. Ante mí, tengo tres libros editados por el Gobierno del Estado de Yucatán donde se concentra lo que en los últimos años se ha escrito sobre Guty.

El primero, de buena factura y pulcra edición, es un *Cancionero*, capricho de mi hermano Enrique y de Álvaro Vega, ambos musicólogos, amantes de la trova yucateca, donde han reunido con minuciosidad la producción de Augusto Cárdenas. Viene acompañado de un disco compacto y una serie de ensayos escritos por plumas diversas, incluyendo las de los compiladores y la de mi amigo Eusebio Ruvalcaba.

Guty Cárdenas. Su vida y sus canciones, se titula el segundo. Libro sencillo, casi didáctico, obra del compositor Luis Pérez Sabido. Su admiración por «el Ruiseñor yucateco» lo llevó a escribir esta breve biografía de Guty. Es un texto ágil, preciso y bien documentado que se lee, dirían los estudiosos, con «facilidad y deleite».

El tercero, el más rústico y naíf del trío, es una compilación de textos nacida de la veneración que el señor Rafael de Pau sentía por Augusto Cárdenas Pinelo.

«Desde muy joven —cuenta el mismo compilador en la contraportada— me he dedicado a coleccionar todo lo que se publica de Cárdenas en prensa y revistas, este libro es el resultado de ese esfuerzo». De edición un tanto descuidada, pero valioso para cualquiera que, como yo, pretenda ahondar en la vida y obra del compositor yucateco.

A partir de estos tres libros a la mano, algo de información tomada de internet y un poco de imaginación, estoy decidido a armar una novela sobre este trovador que, fuera del ámbito de la hermana República Yucateca, hoy pocos recuerdan; una *nouvelle* que, además, me ayude a incursionar en serio en el caprichoso mercado de la industria editorial.

2

LA HISTORIA

Nació a principios del siglo XX, el 12 de diciembre de 1905, en el seno de una familia de clase media alta en la ciudad de Mérida, la de Yucatán. Se llamaba Augusto, Augusto Alejandro Cárdenas Pinelo. Su niñez transcurrió en una casona del barrio de Santa Lucía, convertida hoy en Biblioteca de la Ciudad, entre los arrumacos de una madre consentidora de estricta disciplina moral, que le mantuvo el cabello sin cortar hasta los cuatro años, y un padre adicto a los juegos de azar, amante del deporte, de la música y las mujeres. Murió a los veintiséis años con cuatro meses de edad, un poco más y alcanza los veintisiete —como Jimmy Hendricks, Janis Joplin, Jim Morrison y Kurt Cobain, miembros del *Forever 27 Club*—, de una manera verdaderamente estúpida: durante una riña cantinera cuyo motivo, a casi cien años del suceso, sigue sin estar esclarecido del todo. Lo supe cuando mi editor y amigo, Marcial Fernández, me invitó a participar en una antología de cuentos cuya unidad temática giraba alrededor del Centro Histórico de la ciudad de México. Acepté, aun sin saber de qué iría mi historia, pues ningún escritor de provincia se puede dar el lujo de rechazar este tipo de invitaciones. Entonces, mientras le daba vueltas al asunto, recordé que Guty Cárdenas, el héroe de la melcochosa trova de mi tierra, había sido asesinado en los años treinta en el Salón Bach, un bar de postín ubicado en el número 32 de la calle de Madero en la capital mexicana. Bastaría con narrar, pensé, al estilo de *Crónica de una muerte anunciada*, mi favorita entre las novelas de Gabriel García Márquez, las últimas horas de vida del compositor: desde el momento en que entra a la cantina, vestido con su traje oscuro, el chaleco de lana, la camisa sin mácula y la corbata gris con el fistol de plata al centro —tal como aparece en algunas de sus célebres

fotografías—, hasta el instante en que una bala le atraviesa el pulmón, lo derriba y le provoca la muerte en aquel bar de la calle Madero 32. Y así fue como lo hice.

3

SALÓN BACH (I)

¿En qué momento el cantaor y los Peláez se agregaron a la fiesta del yucateco? Roberto Miranda, el mesero, no lo sabe con exactitud. De lo que sí está seguro es que habían bebido demasiado cuando, al entrar a servir la botella de Martell, los descubrió formando parte de una extraña escena en aquel reservado donde la bohemia solía prolongarse hasta la madrugada: dos hombres, recogidas las mangas, se enfrentaban a las vencidas; esos que ahora comparten el suelo rojo del Salón Bach, en Madero 32…



Roberto se agacha, levanta y sostiene la cabeza del herido y, con la mano libre, trata de aflojarle la corbata. Durante el alboroto alcanza a ver cómo Rosita, Arturo Larios y el prestidigitador Murillo, hinchados del coñac que se empujaron a expensas del compositor, huyen de la cantina. El reflejo de los largos aretes y el brillo de las piedras en la gargantilla de la mujer, a pesar de las circunstancias, capturan por un momento su mirada. Se pregunta a cuántos hombres habrá cautivado la actriz para obtenerlos. A su izquierda, estragados por los disparos que el artista hizo antes de caer, permanecen el Mallorquín y José Peláez. Unos minutos antes, en la barra, frente a los comensales, el segundo había estrellado en la frente del músico una botella de cerveza.



Al principio, le parece una muestra de camaradería, una imagen fija, casi estática: dos individuos enlazados por un puente de manos; pero después se fija en la tensión de las palmas que presionan, el rictus de los rostros que denota el esfuerzo y descubre en los ojos voluntades que pugnan por imponerse en las vencidas…



Una mancha oscura comienza a extenderse por el entramado de algodón de la camisa blanca. Y mientras los dedos de la diestra siguen intentando deshacer el nudo, Roberto Miranda vuelve al momento en que lo vio entrar por las puertas abatibles del bar, en punto de las tres, como acostumbraba, vestido con pulcritud: el traje oscuro, el chaleco de lana, la camisa sin mácula y esta corbata gris con el fistol de plata al centro, cuyo nudo perfecto le está costando tanto deshacer. Iba acompañado de Gálvez Torre, empresario de espectáculos del circuito del Golfo, casi tan atildado como él, y de Rosita Madrigal, la gruesa actriz de ojos verdiazules a quien ha tenido que cuidar cuando se pasa de copas.

Desde que don José del Valle lo contrató como mesero, le advirtió que debía memorizar las bebidas preferidas de los parroquianos. Y aunque al principio confundía nombres y gustos de los artistas asiduos al Salón Bach, con el paso del tiempo se volvió experto en adelantarse a las solicitudes de sus comensales. Aprendió, por ejemplo, a adivinar en los gestos del pintor O'Gorman que ya era hora de cambiarle la cerveza por una cuba libre. A leer, en la mirada imperativa del viejo Rubén M. Campos, la urgencia de reponer el güisqui.

Sabiendo que el músico llegaba directamente de XEW Radio con la garganta seca y el estómago vacío, dejó de inmediato la barra para ir a recogerle el sombrero de pelo de castor y acompañarlo, junto con sus invitados, al privado de siempre. Sirvió entonces una ronda de cervezas Carta Blanca, una botella de Bacardí, filete chemita y riñones al jerez. Le gustaba atender al compositor porque no se andaba con remilgos: bebía y comía fuerte y era generoso con las propinas. Muy distinto a cualquiera de esos engreídos escritores,

como José Juan Tablada, o el viejo Ciro B. Ceballos, que venían con cierta frecuencia, pero que, por su edad o simple tacañería, se limitaban a pedir un par de ajenjos para acompañar sus interminables Faros sin filtro que agotaban con parsimonia.



Intenta pasar inadvertido y ocuparse sólo del descorche. En un ángulo de la mesa, el empresario dispensa su interés a los blancos y alunarados pechos de Rosita; la actriz corresponde a sus halagos con sonrisas. Del otro lado, Ángel Peláez, junto con el Mallorquín, el cantaor de flamenco incita a su hermano. Ocupados en beber de la botella de coñac, Larios y el prestidigitador Murillo no se percatan de nada…



Fue el artista yucateco, no el trovero, quien inició esa tarde la cantada. El compositor tomó con gentileza la guitarra de Larios, como si se tratara de la Negra, su costosa lira, y pulsó los primeros acordes de *Rayito de sol*. Al concluir, a solicitud de Gálvez Torres, Larios recobró su instrumento y siguió con *Ojos tristes*, para rematar con *Nunca*. Ése fue el inicio de la que debió haber sido otra tarde de música y charla en el salón preferido del grupo. Se buscaba agasajar al favorito de la disquera Columbia, de festejar el contrato de su próxima gira.

Así como está, sentado sobre el suelo húmedo de la cantina, Roberto Miranda escucha repetir a su patrón:

—No puedo creerlo, los Peláez…

La misma frase que soltó, entonces con una sonrisa, cuando vio al par de iberos entrar acompañando al famoso Mallorquín. Se siente culpable. Debió haberle comentado a don José que él fue testigo de cómo, en el privado, la Madrigal impidió que un incidente previo se resolviera a golpes; pero ¿quién iba a saber que

no se trataba de una más de esas disputas de borrachos sin consecuencias?

Suda. La transpiración empapa cejas, mejillas, sin que pueda levantar una mano y secarse. Frases ininteligibles alcanzan sus oídos. Comentarios de curiosos, gente que opina, aunque nadie ha sido capaz de acercarse y ayudarlo.



Cuando el español cede, el otro arrecia y acomete hasta que consigue bajar el brazo de su contendiente. El gachupín, desoyendo las voces que exigen calma, se levanta intempestivo y amenaza. La humillación lo ha transfigurado. Nadie en el privado parece entender ese odio repentino. Pero la actriz se atreve a intervenir.

—Sólo por ella —advierte el mayor de los Peláez antes de largarse—. Sólo por ella…



La mancha avanza sobre el blanco de la ropa, dejando en su viaje el rastro de su color violento. Miranda voltea el rostro hacia los culpables y se fija que ni el Mallorquín ni José Peláez, ese hijo de puta que inició el pleito, están heridos de gravedad y que, más allá, el otro Peláez, el asesino, todavía con la Browning en la mano, apenas puede mantenerse en pie de tanto que ha bebido. «¡Cabrones!», se lamenta. Su impotencia deviene en rabia y lo lleva al instante en que vio a Guty salir del privado y encaminarse a la barra después de la disputa. «¡Espere, no les siga el juego a esos gachupines, ya andan muy pasados!», debió advertirle, pero temió que se tomara a mal su intromisión.

Y mientras percibe cómo sube del piso rojo el frío que contagia el cuerpo que sostiene, el mesero, que al fin ha conseguido desanudar la corbata, mira venir hacia ellos a un hombre. Lo observa con la idea de que se trata de un médico, alguien que viene

a desanimar a la muerte, a despertar, tal vez, al caído.

4
RAÚL H. VEGA

Ahora que escribo esta historia, caigo en la cuenta de que la música yucateca siempre ha estado ligada a mi vida. Durante mi adolescencia, tres veces por semana, a instancias de mi padre, sin tomar en cuenta el bochorno meridano ni el sopor de la digestión, mi hermano Enrique y yo solíamos tomar clases vespertinas de guitarra popular en la sala de nuestra casa.

Raúl H. Vega, así se hacía llamar el profesor, pero para nosotros era simplemente «el Viejo». Yucahuach, fumador empedernido, calvo, bebedor compulsivo de café, eternamente vestido con una raída guayabera que alguna vez fue blanca, el Viejo formaba parte de aquella generación de solitarios trovadores de carpa que, en los años cuarenta, acostumbraba abrirle el espectáculo al cómico o a la vedete del momento. Así lo presumía y lo comprobaba el hombre con ayuda de una ajada fotografía en blanco y negro donde aparecía, muy orondo, abrazando a Tongolele.

—Voy a hacer de ustedes el mejor dúo de Mérida —dijo, cuando nos conoció. Pidió talco y nos blanqueó las manos para luego ordenar que levantáramos el brazo y moviéramos con rapidez los dedos. Por la cantidad de motas que cada uno hizo flotar decidió que Enrique sería el requinto del binomio. Luego nos obligó a cantar a capela *El ausente* y me escogió como primera voz. Tres meses después estábamos hasta la madre de aquel corrido. Mi padre, que había contratado al músico para que nos enseñara boleros, sones montunos y trova yucateca, no dejaba de preguntarse cuándo dejaríamos de practicar aquella bravata, pues el Viejo, argumentando que nuestro estilo seguía viciado por malas enseñanzas de profesores anteriores, no nos había permitido cambiar de tema. Finalmente, cuando estábamos a punto de

claudicar y mi padre de mandarlo al carajo, el Viejo accedió a suplir *El ausente* por *Reina de reinas*, el monótono vals de Chucho Herrera con el que los tríos de mi tierra inician invariablemente las serenatas del Día de la Madre:

> Reina de reinas, llego a tu reino
> donde tu cielo todo es azul,
> con los fulgores de tu mirada
> hasta la noche se torna clara.
>
> Es la clara visión
> de mi corazón
> que me hace sentir,
> que me hace vivir,
> y no olvidaré, lleno de ilusión.
>
> Reina de reinas,
> cuando tú pasas
> todas las flores dan su fragancia.

Ésta sería la primera melodía del vasto repertorio que nos enseñaría el Viejo a lo largo de casi cinco años. Todavía guardo las libretas de pasta dura donde anotábamos las letras de las canciones remarcando los momentos del cambio de tono. El tipo era un obsesivo: exigía que escribiéramos con pluma negra, sin ningún error. Ante cualquier falta, por insignificante que fuera, había que rehacer el trabajo. «Sus libretas reflejan la clase de artistas que pretenden ser», decía. Supongo que cumplimos sus expectativas. En aquellas impolutas páginas llegamos a transcribir más de un centenar de melodías aprendidas para amenizar las infinitas fiestas que mi padre solía organizar los fines de semana para agasajar a sus amigos. Boleros, bambucos, valses sudamericanos y sones era lo que acostumbraba. Cero rancheras, reafirmando aquello de las diferencias de gustos entre los habitantes del centro del país y los de la única península del mundo que mira hacia el norte. Así hasta que un buen día, hartos de ser el dúo particular de papá, decidimos que ya era suficiente: un lustro de paciencia comenzaba a desmoronarse. Mi padre, a regañadientes, acató nuestra rebeldía; habló con don Raúl H. Vega, le dio algunos billetes en

compensación por su trabajo y jamás volvimos a saber de él. Poco nos importó que fuéramos sus únicos alumnos y, por ende, su único sustento.

En homenaje al Viejo transcribo esta canción de enorme cursilería, *A mi madre,* escrita y musicalizada por él, que alguna vez nos obligó a aprender para cantarle a mamá un diez de mayo:

En el mundo hay tristezas que no puedo
[olvidar,
en el cielo hay estrellas que no puedo contar;
pero nada me importa porque soy muy
[dichoso
porque tengo a mi madre, el amor más
[hermoso.

Este día es tan grande, que no puedo olvidar,
hoy le canto a mi madre, la que reina en mi [hogar,
y al sentirme dichoso hoy te vengo a cantar,
a decirte mi madre, que perdones mis faltas,
que te han hecho llorar.

5

ZAPOTE

Antes de caer en manos de don Raúl H. Vega, mi hermano y yo tomamos nuestras primeras lecciones privadas de guitarra popular con un trovador solitario a domicilio —especie hoy en extinción— apodado «Zapote», que solía impartir clases en algunas colonias del norte de la capital yucateca. Nunca supe su nombre, pues todo mundo se dirigía a él por su apodo. Era un hombrecillo de piel cobriza, pelo muy lacio y bigotillo mosca. Solía llegar crudísimo a las clases de los sábados cargando solamente dos cosas: su guitarra de Paracho y un bolsón lleno de pequeños mazapanes de pepita de calabaza elaborados por él mismo, que acostumbraba vender a las familias de sus alumnos para completar sus ingresos.

Ignoro por recomendación de quien contrató mi padre a Zapote, pero lo que sí recuerdo a la perfección es la letra y música de un par de canciones que él nos enseñó: *De colores*, melodía que suele incluirse en el repertorio de esos engendros musicales llamados estudiantinas, y *Niña no te pintes tanto*, canción que el español Danny Daniel puso de moda en los años setenta en Latinoamérica.

En realidad no aprendimos gran cosa con Zapote, pero logró que le sacáramos nuestros primeros acordes a la guitarra.

Después de algunos meses, harto de su alcoholismo y sus retardos, mi padre decidió retirarlo:

—Mañana sábado será la última vez que venga por aquí. Ando buscando un sustituto. Yo mismo lo correré.

No hubo necesidad: al amanecer del sábado siguiente, los reporteros de la sección «Sucesos de policía» del *Diario de Yucatán*, daban la noticia de la muerte del músico, probablemente por cirrosis. El trovador fue encontrado sin vida, decía la nota, en

medio de un charco de vómito, a las puertas de la tlapalería El Negrito.

Zapote, trovador a domicilio, había fallecido en la madrugada previa a su despido.

6

UN FELIZ DESCUBRIMIENTO

> —Mire, la verdad es que Guty tenía un carácter medio carrascaloso. Todos los meseros lo conocíamos porque seguido iba al Salón Bach a tomarse sus copitas. Esa noche se sentó en uno de los apartados porque venía acompañado de una mujer y de dos yucatecos, paisanos suyos. Parece que el señor Peláez, que estaba en la mesa de junto, se le quedó viendo a la muchacha y Guty, como era muy celoso, le reclamó, se hicieron de palabras y…

Madrugada de domingo. Estoy sentado frente al monitor de la computadora, navegando. Son las dos de la mañana. De repente se me ha ido el sueño. ¿La razón? He encontrado un material valiosísimo para mi novela en ciernes: una entrevista, más o menos reciente —abril de 2010—, que le hacen a Roberto Miranda, el mesero que sostuvo al compositor mientras las balas que le perforaron el pulmón terminaban con su vida. Acabo de leerla y me he quedado de una pieza. Saco cuentas. De estar vivo, Miranda debe de tener por lo menos cien años. La nota está firmada por Jorge Arturo Borja. Necesito encontrarlo. Entro al Facebook. Mi corazón late aprisa. Hay cuatro personas con ese nombre: dos extranjeros, dos mexicanos. De estos últimos, uno es docente e investigador en la IEMS (¿será alguna universidad capitalina?) y el otro es agente de seguros. Escojo, desde luego, al primero. Redacto un mensaje breve. Para atenuar los nervios de la espera voy al refrigerador por una cerveza. El amargoso sabor de la Montejo refresca mis sentidos, me catapulta a mi adolescencia, a los veranos de playa cuando acompañaba a mi padre a una cantina con piso de arena a buscar el *encargo* dominguero de mi madre: dos kilos de pescado frito envuelto en papel de estraza, un frasco de cebolla roja curtida y medio kilo de tortillas. ¡Con qué placer disfrutábamos de un par de

cervezas mientras esperábamos que terminara de freírse el mero! El líquido resbala por mi garganta. Mérida es un horno en verano. A pesar de la llovizna y el sereno de la madrugada, el termómetro no ha bajado de los treinta y cinco grados. Así se las gasta el clima en esta ciudad sureña que jamás ha sido blanca pese a lo que digan sus canciones, pues su sobrenombre —Ciudad Blanca— proviene, no del encalado de sus muros y fachadas de sus casas, ni de la luminosidad de sus mediodías como dicen las leyendas, sino de los deseos del conquistador de hacer de Mérida una urbe libre de indígenas.

Media hora después, un tanto decepcionado, apago la computadora. No hubo respuesta. Apenas dormiré unas horas. Como cada día, a las cinco con cincuenta de la mañana el Nokia anunciará que ya es hora de levantarse. Antes de las siete y media mis hijos deberán de estar a las puertas de su escuela, mi mujer saltando en los aeróbicos y yo, todavía con los rescoldos del desvelo, rumbo a la oficina, a punto de entrar a una más de esas inútiles juntas de los lunes.

7

FACEBOOK

CMB: Jorge, te escribe Carlos Martín Briceño, de Mérida. Tengo una duda, ¿publicaste en tu blog una entrevista con Roberto Miranda, el mesero que auxilió a Guty Cárdenas durante sus últimas horas de vida? ¿Es real? ¿Vive el mesero? ¿O eres otro Jorge Arturo Borja? Saludos.

JAB: Sí, publiqué un recuerdo de don Roberto en mi blog. En realidad no es una entrevista sino un recuerdo de aquel viejo gruñón. Don Roberto murió hace como treinta años y fue muy amigo de mi padre, Guillermo Borja, quien también fue mesero. En el gremio, don Roberto era reconocido no solamente porque en su adolescencia, trabajando como garrotero en el Salón Bach, sostuvo entre sus brazos al agonizante Guty Cárdenas, sino también porque tuvo un restaurante llamado el 303. Supongo que don Roberto, como mi papá, también fue miembro de la CROC. La cuestión es que cada que se cumplía un aniversario de la muerte de Guty era muy común que entrevistaran a don Roberto, quien siempre cambiaba su versión, en la cual los Peláez invariablemente salían bien librados. Decían sus amigos meseros que a cambio recibía de regalo un par de zapatos de El Borceguí. Ya entrado en años, el señor Miranda se molestaba cuando le tocaban ese asunto.

CMB: Me lo imaginaba, pero déjame decirte que tu entrevista ficticia es muy buena. Te comento que ando metido en una novela sobre Guty Cárdenas y por eso me llamó muchísimo la atención el recuerdo. Jorge, una duda, o más bien un permiso: en mi novela cuento la manera en que voy acercándome al tema. Me gustaría narrar esta anécdota-

conversación-encuentro que tuvimos por Facebook gracias a tu entrevista, citando incluso párrafos tuyos (de la entrevista) y de nuestra plática en Facebook, mencionando, por supuesto, tu nombre si me lo permites. ¿No tendrías inconveniente?

JAB: Con mucho gusto, amigo. No hay inconveniente. Me encantará leer tu novela. Te mando un fuerte abrazo.

8

LA ÚLTIMA NOCHE DE GUTY CÁRDENAS

Martes, 6 de abril de 2010

El peso de los años le ha encorvado la espalda. Trata de incorporarse lentamente de la silla, desiste para tenderme una mano pusilánime. Con voz nasal me recrimina por haber llegado diez minutos antes de lo acordado. «Va a tener que esperar a que termine», dice mientras sopea su caldo y luego toma una pierna flaca de pollo con la mano. Sin dejar de roerla, responde a mi pregunta:

—¿Cómo no voy a acordarme? Si cada año me preguntan lo mismo. Antes venían a entrevistarme de dos o tres periódicos. Ahora sólo a la gente de más edad le interesa. Los jóvenes ya no escuchan la música de Guty Cárdenas. Sus canciones tan bonitas: *Nunca*, *Rayito de Sol* y *Caminante del Mayab*, se pasan poco en la radio.

—¿Y qué fue lo que vio aquella noche del 5 de abril de 1932?

—Mire, la verdad es que Guty tenía un carácter medio carrascaloso. Todos los meseros lo conocíamos porque seguido iba al Salón Bach a tomarse sus copitas. Esa noche se sentó en uno de los apartados porque venía acompañado de una mujer y de dos yucatecos, paisanos suyos. Parece que el señor Peláez, que estaba en la mesa de junto, se le quedó viendo a la muchacha y Guty, como era muy celoso, le reclamó, se hicieron de palabras y…

—Perdone, pero en la versión suya que publicó *El Universal* al día siguiente, declara otra cosa. Dice que los hermanos Peláez «sostenían una riña con otra persona» y que le lanzaron un botellazo a Guty…

—No, ¿cómo va a ser? Ya ve, usted como buen periodista lo cambia todo. Si los señores Peláez eran buenos clientes y dueños de una zapatería. No eran pendencieros, en cambio Guty…

—¿Y qué hay de la versión acerca de que Guty y uno de los Peláez estaban jugando vencidas de dedo y que uno de ellos hizo trampa y ahí empezó el pleito?

—¡N’ombre! Si Guty siempre andaba armado. Además, fue él quien

disparó primero al señor Peláez. Si el otro señor Peláez le tiró a Guty, fue por defender a su hermano.

—¿Usted qué vio exactamente?

—Mire, yo venía de la barra, oí los balazos y me tiré al suelo. Cuando me levantaba, alcancé a detener a Guty, que ya venía herido de muerte.

—Entonces, ¿cómo es que Guty se golpeó el lado izquierdo de la cara?

—No sé. No me acuerdo. Eso lo leyó usted en los periódicos que publicaron puras mentiras. Yo lo único que le digo es que los Peláez tenían la razón y si no me cree, no tengo por qué seguirle contando. Parece usted policía.

Le empieza a temblar el mentón y se vuelve hacia la ventana. Don Roberto M. se queda mirando las primeras luces del valle. Salgo musitando un «gracias» sin convicción. Justo en la puerta me detiene la cocinera gorda y rubicunda. Me dice que no le crea a don Beto, pues, asegura: «les da la razón a esos gachupines porque cada año le regalan zapatos».

Publicado por Jorge Borja en 7:18

9

UNA GRECA DIRECTA

Abril de 1925

Por supuesto que no estaba de acuerdo. ¿Cómo iba a estarlo? Una cosa, decía, era enseñar a tus hijos a amar la música como cualquier yucateco de buena familia, y otra, muy diferente, que alguno saliera con su domingo siete.

Don Augusto sorbió de su café, cruzó una pierna y dejó que el sabor fuerte de la infusión inundara sus papilas. Perdió la vista en la verde fronda de los laureles de la plaza principal y lanzó un largo suspiro. Había tenido que abandonar el almacén por un rato. Necesitaba poner sus pensamientos en orden. No quería decidir a la ligera, y nada como una greca «directa» del café Ambos Mundos para despejar su cerebro.

¡Así que músico! ¿De qué coño piensa este muchacho que va a vivir? ¿Del aire? No es que él estuviera en contra de las bellas artes, para nada. Él mismo, además de ser un reconocido contador y comerciante, tocaba el piano con soltura. Le apasionaban Mozart, Schubert y, sobre todo, Chopin; era capaz de interpretar algunos de los nocturnos de este último sin leer la partitura, pero la verdad es que lo suyo eran las danzas, los valses y los boleros, ritmos que le habían servido para dos cosas importantes en su vida: amenizar tertulias y atraer mujeres. Y nada más. Por eso, cuando su primogénito le vino con el cuento de que deseaba «dedicarse» de tiempo completo a la música, lo primero que hizo fue soltarle un sermón de dos horas sin derecho a réplica. ¿Cómo podía Augusto pensar semejante estupidez? ¿Creía que en estos tiempos tan difíciles los perros todavía se amarraban con longanizas? ¿Serían definitivas estas ideas o eran simples caprichos de juventud? Ningún Cárdenas estaba acostumbrado a sufrir estrecheces, mucho

menos Guty, que había estudiado toda su vida en buenos colegios: primero, en la Adolfo Cisneros; luego en la prestigiosa Escuela Modelo; por último, en el carísimo Instituto Williams de la capital. ¿Para esto había enviado a Guty a colegios tan acreditados?, ¿para que se dedicara a dar serenatas en la madrugada como cualquier trovador callejero? ¿Y la Casa Pinelo? ¿A quién iba a confiársela? Justo ahora que Guty se había graduado de contador con honores, y que las ganancias y el negocio iban viento en popa, el desagradecido le salía con esta idiotez. No, definitivamente, aunque la madre se opusiera, iba a tratar de impedir esta locura. De nuevo acercó la pequeña taza a sus labios y fijó la mirada en las pantorrillas de la guapísima mesera que recién lo había atendido. Un día de éstos, pensó, voy a tener que pedirle a mi buen amigo Juan Ausucua que armemos con sus meseras del Ambos Mundos una gresca a puerta cerrada. El sonido de las monedas al depositarse en la máquina registradora lo sacó de sus cavilaciones.

Músico…, carajo. Aunque para ser sincero, reconoció, ya lo venía venir. Desde niño Guty había sido muy talentoso. En más de una ocasión lo había descubierto escuchando las clases particulares de guitarra que Ricardo Palmerín iba a darle a Fernando, su cuñado. A la larga Guty, no obstante su corta edad, había asimilado mucho mejor las enseñanzas musicales que el bruto de Fernando. El mismo Palmerín decía que «en aquella casa, Guty era el más cumplido de sus discípulos».

«Palmerín, ¿así era la canción que me cantaste el otro día?», le preguntaba el muy canijo cuando lo veía llegar. Y con su aguda vocecita infantil, entonaba con soltura los versos aprendidos. Todo con tal de presumir al maestro su buen oído musical.

Don Augusto sorbió su café. Hasta sus oídos llegaron los acordes de la primera zarzuela de la tarde. Al fondo del sitio, sentado al piano, el maestro Leopoldo Martínez había comenzado ya a tocar la melodía aquella de *Dónde vas con mantón de Manila*… Con rítmicos movimientos de cabeza que traían consigo el vaivén de su hirsuta cabellera, el hombre le imprimía una vitalidad inusitada a la ejecución. No cabía duda, el tipo era muy bueno, pero a buen seguro, como la mayoría de los músicos, vivía pobremente. Don Augusto meneó la cabeza de un lado a otro. No quería aceptarlo, pero algo le decía que lo de Guty era batalla perdida. Y un ejemplo

de ello era que en el mismo Instituto Williams, un colegio exclusivamente para contadores, nada más acoplarse a la vida estudiantil, lo primero que hizo el mentecato fue inscribirse a clases de piano. Por eso, además de los ochenta pesos mensuales que costaban sus colegiaturas y comidas, hubo de pagar quince pesos por las dichosas clases. Por si fuera poco, en la primera oportunidad le pidió al director que le permitiera integrar y dirigir una orquesta para amenizar los bailes del colegio donde, a la larga, él mismo tocaría el piano, el banjo y la guitarra. Don Augusto volvió a buscar al pianista con la mirada. ¡Le dio tanta lástima! ¿Cuántas horas tendría que pasarse el pobre entre el humo del cigarro, las exigencias del patrón y los chascarrillos de los parroquianos para ganarse unas monedas? Si no tomaba cartas en el asunto, así iba a terminar su primogénito. ¡A ver si no sucedía lo mismo con Renán, que a sus diez años parecía decidido a copiar al hermano mayor en todo! Puta madre. Menos mal que le quedaba Raúl, aparentemente el único de los varones Cárdenas Pinelo que no estaba interesado en la música. La culpa era de la madre, esa caprichosa que siempre los tuvo muy consentidos.

Las campanas de la catedral anunciaron el mediodía. Llevaba casi una hora aquí y lo único que había hecho era lamentarse. Tenía el cerebro hecho una olla de grillos. A su lado, una pareja de extranjeros conversaba animadamente mientras bebía cerveza. La mujer, jovencísima, de ojos azules y rostro luminoso, le llamó mucho la atención. Hablaba algo de las ruinas mayas. Intentaba convencer a su pareja de quedarse un par de días en Valladolid para visitar Chichén Itzá. Los oyó parlotear en su idioma y recordó que Guty, poco antes de regresar de la capital, le había escrito una carta donde le decía que le hubiera encantado pasar una temporada en los Estados Unidos antes de establecerse de nuevo en Mérida, pues quería perfeccionar su inglés. Una sonrisa involuntaria dulcificó el semblante de don Augusto. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? En menos de quince segundos pasó de la angustia a la serenidad. Esto es lo que haría: tomarle la palabra. Lo enviaría con la cartera llena una temporada a los Estados Unidos. Una vez que probara las mieles de la buena vida, el deseo de ser músico quedaría en el olvido. Sorbió las últimas gotas de su greca y llamó a la mesera, que se acercó contoneándose al ritmo del chotis que el pianista tocaba

con frenesí. Entonces don Augusto, al tiempo que pedía la cuenta, tomó a la muchacha de la mano y le soltó algunos piropos que la otra acusó de recibido con sonrojos. Más tarde, mientras buscaba su monedero en los bolsillos de su traje, calculó mentalmente cuánto podría costarle la estancia de Guty en Nueva York. Dejó el dinero de la cuenta encima de la mesa, se encajó el sombrero y se puso de pie, listo para atravesar la sombreada plazoleta, rumbo a su almacén. Ahora se sentía mucho mejor, satisfecho. Hoy mismo le escribiría a su exesposa una carta a México para darle la noticia de que su hijo pasaría una temporada en la ciudad de los rascacielos. Estaba decidido. A partir de ahora haría todo cuanto estuviese en sus manos para que Guty olvidara esa locura de vivir de la trova.

10

CONFESO

Mucho tiempo has barajado en tu cabeza la idea de contarlo. Han transcurrido tantos años que, salvo a tus padres que ya son mayores, quizás a nadie habrá de incomodar esta confesión.

Sucedió en 1990, una mañana de invierno, en carreteras yucatecas. (Has escrito «invierno» sin titubear porque lo primero que te viene a la cabeza cuando evocas el suceso es la neblina que empañaba con insistencia los cristales de tu automóvil, una capa espesa que en nada desmerece ante los bancos de niebla del centro del país).

Ibas pues, a las seis y media de la mañana, manejando con prisa tu Volskwagen blanco, un compacto tipo escarabajo, de esos que hoy son leyenda, escuchando en la radio el noticiero del insufrible Pedro Ferriz de Con, rumbo al lugar donde eras gerente. Entonces, a tus veintitrés años, te animaba una suerte de imbécil soberbia por ser la máxima autoridad de una bodega donde trabajaba una cincuentena de personas. Además de lo atractivo del sueldo, disfrutabas —reconócelo ahora— la sensación de egolatría derivada de ser el «jefe». No te detenías a pensar que, por causa de este trabajo, habías abandonado tu vocación literaria, la cual retomarías siete años después, a raíz de la debacle de tu primer matrimonio, esa unión absurda que duró menos de un año y que acabó cuando descubriste a tu exesposa, *in fraganti*, con otro en la cama de un motel.

Estabas a punto de llegar a tu destino cuando, desdibujada por la neblina, surgió de entre la maleza una figura que intentó cruzar el camino. Sería mentira decir que trataste de «volantear» para evitar el golpe. En esa fracción de segundos de reflexión que el cerebro regala en situaciones de riesgo, dedujiste que era demasiado

tarde. Lo único que atinaste a hacer fue hundir el pie en el freno y tomar con fuerza el volante para esperar el embate. El golpe hizo que el bulto se elevara y cayera unos metros adelante del coche, sobre el asfalto de la carretera. A través del parabrisas viste que se trataba de una persona. Una maraña de ideas cruzó de inmediato por tu cabeza: ¿estaría muerta?, ¿te mandarían a la cárcel?, ¿te había visto alguien?, ¿tenías la culpa? ¡Pero si fue ella quien se atravesó!

Con el corazón galopando, la vista nublada y las axilas sudorosas, saliste enseguida del auto. El camino estaba vacío y un fuerte olor a hierba húmeda impregnaba el entorno. Te acercaste a la persona atropellada y notaste que se trataba de un anciano enjuto y de piel oscura, la cara surcada de arrugas, el pelo lacio y escaso. Un hombre de campo, sin duda. El herido estaba echado sobre la carretera, de costado, una de sus mejillas pegaba directamente contra el asfalto grisáceo. No sangraba, pero su respiración, señal de que aún vivía, era dificultosa. Iba descalzo, vestía una camiseta blanca de algodón y unos raídos pantalones de mezclilla que le quedaban anchos. No recuerdas exactamente las palabras que utilizaste para dirigirte a él, pero estás seguro de que fue algo estúpido, quizás un «no se mueva», un «por favor, tranquilícese», o «¡resista, voy por ayuda!», que debió de haberle sonado absolutamente falso al viejo. Además, aunado a la conmoción por el accidente, esa mirada fija del herido, casi dulce, como de animal moribundo, te había dejado abotagado, sin fuerzas para decidir. Era como si todo a tu alrededor estuviera transcurriendo en cámara lenta. Incluso los rayos del sol que comenzaban a disipar la espesura de la neblina parecían llegar a ti con reticencia. Y cuando estabas más confundido y habían transcurrido quizás unos diez segundos, escuchaste decir al anciano en voz muy baja, casi en un susurro, aquella frase que te regresaría de inmediato a la realidad:

—Ya me chingaste.

Es extraño cómo, veinticinco años después, recuerdas perfectamente el tono de voz, la modulación acusadora, el registro áspero y duro del verbo mexicano por antonomasia: chingar.

¿Lo habías chingado en verdad o fue obra de la mala suerte?

¿Tenías la culpa?

¿Por qué te quedabas allí, de pie, nada más mirando?

¿No sospechabas lo peligroso que podía resultar quedarse a ayudar a alguien que habías atropellado?

En ese momento, invadido por un fortísimo sentimiento de angustia, intentaste levantar al herido para meterlo al asiento trasero de tu automóvil. Querías llevarlo al hospital más cercano, pero sus quejidos, largos e intermitentes, te hicieron caer en la cuenta de cuán absurda era la idea. La decisión llevaba intrínseca tres riesgos: que el viejo muriera en el trayecto, que acabaras en la cárcel, o ambas cosas. Por eso, en el instante en que apareció la camioneta del jefe del taller mecánico de tu empresa, quien venía detrás, a unos cuántos kilómetros de distancia, y se detuvo en la zona del accidente, corriste a la ventanilla para ordenarle que avisara a la clínica del pueblo más cercano.

—Necesitamos una ambulancia con urgencia. Me quedo aquí para vigilar al herido.

La mirada de asombro del jefe del taller te dio a entender que no estaba de acuerdo con aquella decisión.

«Cualquiera con dos dedos de frente, licenciado —te diría después en la cantina, luego de haber bebido un par de cervezas—, sabe que en esos casos uno jamás debe detenerse a ayudar».

—Váyase a la bodega y llame a la aseguradora —el ingeniero te ordenó—. ¿No se da cuenta de que lo pueden linchar los familiares?

Quedaste frío.

¿Debías hacer caso?

¿Largarte, así como así?

Ibas a recordarle al otro quién era el que daba las órdenes cuando un flashazo de sentido común iluminó tu mente. ¿Y si el ingeniero tuviera razón? Él era quien gestionaba ante las autoridades los casos de choferes encarcelados por accidentes. Sabía mucho más que tú de estos asuntos.

Te cuesta trabajo recordar qué fue lo que sucedió a partir de ese momento. Evocas la imagen del viejo echado en la carretera, escuchas otra vez sus largos y desconsolados lamentos, observas cómo intenta ponerse de pie y cómo el dolor se lo impide. Por qué razón preferiste largarte en vez de auxiliarlo es algo que nunca habías querido examinar sino hasta ahora, en las páginas de esta novela sobre tu paisano Guty Cárdenas. No vas a mentir escribiendo que «el peso del remordimiento te ha atormentado todos estos años

y que esta narración finalmente te libera». La verdad es que la poca o mucha culpabilidad que llegaste a sentir se disipó por completo cuando los familiares del anciano acudieron en masa al centro de distribución de la compañía cervecera donde laborabas para exigir una jugosa indemnización, sin importarles las circunstancias del accidente o el nombre del conductor.

Homicida, dice el diccionario de la Real Academia Española, es el «causante de la muerte de alguien». Indirectamente habías propiciado el fallecimiento de aquel viejo. Nunca supiste su nombre, tampoco averiguaste cuánto pagó la compañía aseguradora a los familiares para que el caso quedara cerrado. ¿Para qué? Quizá suene brutal, pero dedujiste que en nada beneficiaría a tu psique satisfacer esta curiosidad.

Ahora que han pasado tantos años y escribes estas líneas, has llegado a la conclusión de que sólo por tu escéptica manera de ver el mundo (el muy cabrón se atravesó), pudiste librar con relativa facilidad los fantasmas de la culpa. De otra manera, atrapado en los tentáculos del remordimiento, hubieras terminado por volverte uno más de los oscuros personajes de tus relatos…

11
CARTA DESDE LA CIUDAD BLANCA

Mérida, Yucatán, a 23 de julio de 1926

Querida madre:

Mi secretaria, a quien tú conoces, es tan bondadosa que se ofreció gustosa a escribirte en mi lugar. Mi trabajo es tanto y tan fuerte ahora que, materialmente, es una verdadera molestia —física, se entiende— tomar la máquina o la pluma para escribir mi correspondencia.

Espero que al recibir esta misiva tanto tú como mi abuela se encuentren bien de salud. Por aquí, salvo por el calor veraniego que ha llegado casi a los treinta y ocho grados, todo va sobre ruedas. Vivimos en gran armonía; trabajamos en la tienda el sistema de ventas-acciones-propaganda que, hasta ahora, nos ha dado un resultado sorprendente.

En mi caso, ya te lo he contado antes, reparto mi vida entre mis tareas en la Casa Pinelo, la cobranza de tus predios y el mantenimiento de la casa de la abuela. Como te podrás imaginar, me pesa mucho dedicarle tan poco tiempo a lo que verdaderamente me importa: la música. Desde que llegué de Nueva York hace un año, papá no ha dejado de presionar para que me involucre más en el negocio. Teme —y hasta cierto punto su recelo es comprensible —, que mi afición termine por vencer. Dice que músicos y trovadores no son apreciados por la sociedad, y que corro el riesgo de morir de hambre. Él y Ofelia (a la que procuro cada vez menos) comentan que soy incorregible, que de nada me sirvió haber terminado con honores la carrera de contador en el Colegio Williams. Y yo, para serte sincero, a veces me esmero en molestarlos. Figúrate que, nada más poner pie en el muelle de Progreso, lo primero que hice al bajar del barco fue mostrarles el

ukulele y el saxofón que había traído de los Estados Unidos. ¡Como si nada más me importara! No presumí mis avances del inglés, tampoco pregunté por las finanzas del almacén familiar, tal como papá hubiera querido. Lo peor es que claramente oí mascullar a Ofelia un «te lo dije», que me cayó como patada de mula.

Siéndote del todo sincero —así lo platiqué con Palmerín la última vez que lo encontré—, esa temporada que pasé en Nueva York solo sirvió para reafirmar el camino de vida que he elegido. Estoy decidido a dedicarme de tiempo completo a la música. Y si para ello tengo que sacrificar comodidades, estoy dispuesto.

Pese a las exigencias del trabajo no he dejado de componer. Aparte de *Flor*, la canción que tú ya conoces, y que me editó hace algunos meses la casa Wagner y Levien, acabo de musicalizar una canción bellísima titulada *Para olvidarte*. La letra es de mi amigo Ermilo «Chispas» Padrón, ¿lo recuerdas? Es muy hermosa. Pero lo verdaderamente sorprendente es que el poema se lo escribió Ermilo a su novia para que ésta lo perdonara. Resulta que el muy mentecato, sin que lo supiera Virginia, desde luego, andaba detrás de una mujer divorciada que vivía por el rumbo del Circo Teatro. Pero como en esta ciudad todo mundo se conoce, más temprano que tarde el romance llegó a oídos de Virginia, quien, despechada, se fue a refugiar a una casa que su familia tiene en el puerto de Chelem, allí donde suelen pasar la temporada veraniega. Para no hacerte largo el cuento, días después, ya con los versos musicalizados de *Para olvidarte*, fuimos Ermilo y yo hasta Chelem a llevarle serenata a la novia ofendida. A pesar de su molestia, plenamente justificada, sucedió lo que habíamos vaticinado: la música suavizó su corazón. Esa misma noche, con la complicidad del oleaje y la bendición de la luna llena, los enamorados fijaron fecha de matrimonio. ¿Puede haber, mamá, en el mundo algo más sublime que el poder purificador de la música?

Pasando a otra cosa, me complace darte la noticia de que Raúl ya se encuentra mucho mejor de salud y estudia con empeño. Yo sé que para ti la actitud rebelde de mi hermano siempre ha sido una preocupación, pero creo que no deberías tomarlo tan a pecho; finalmente todavía tiene diecisiete años. Me parece, además, que su capacidad mental ya le permite comprender la importancia del estudio.

De Nena te cuento que está con tía Rita de temporada en Progreso, sabes cómo le gusta el mar. A veces pienso que, si en sus manos estuviera, mi hermanita se pasaría la vida en la playa. Probablemente irá Raúl con ellas el próximo mes, durante las vacaciones.

Dile a Balita que la recuerdo mucho, que le escribiré en el próximo correo, que su casa está muy bien cuidada (se arreglan, limpian y ordenan las cosas, los suelos, las paredes y los jardines) y que, si me es posible, mandaré bajar unos aguacates para remitirle.

Saluda a Renán de mi parte y recibe un fuerte abrazo de tu hijo que te quiere,

Guty

P.D. Para evitar escribirle a la tía Celia, te suplico le digas que visite los *music stores* donde dejé mis canciones, para saber y cobrar. Las direcciones y tantos por ciento están especificados en unos papeles que le dejé en un sobre.

12

MORIR UN POCO

No habían pasado siquiera cinco minutos de que me hubieran metido a la gélida cama de aquel hospital cuando comencé a sentir que iba a morir: el frío que calaba mis huesos no provenía únicamente de los diecinueve grados del clima artificial, de eso estaba totalmente consciente; así que llamé a gritos a la enfermera, menté madres, exigí que alguien me atendiera, apreté repetidamente un botón que hacía sonar un timbre agudo e impertinente, pero nadie pareció escucharme. Mis frases de ayuda se ahogaron en el vacío. Era como si no tuviera voz, como si mi voz de verdad, esa que proviene de las cuerdas vocales impulsada por el diafragma, la que nos distingue por encima de los otros, hubiera comenzado a apagarse con cada demanda de auxilio. ¡Así que esto es morir!, pensé. ¿De esta manera es como termina todo?, me pregunté, en medio de una lucidez pavorosa, mientras esperaba, máscara de oxígeno de por medio, a que los médicos, en alguna parte de aquella impoluta clínica de cinco estrellas, terminaran de preparar el coctel de antihistamínicos, cortisona y adrenalina que habrían de inyectarme por vía intravenosa. No era la primera vez que esto me pasaba. Ya en dos ocasiones había llegado a la sala de emergencias de este mismo hospital en condiciones similares: vista nublada, cara deforme, el cuerpo hinchado, las ingles cundidas de ronchas, pecho y antebrazos cubiertos de aquel prurito repugnante…, pero la diferencia era que la intoxicación nunca había avanzado tanto. Quizá por eso sentía que ahora, ávida de revancha, la muerte se abalanzaba fría, voraz, sobre mi cuerpo. Lo peor fue que en ese instante, transportadas por una ráfaga de sarcasmo, arribaron hasta mi conciencia —palabras más, palabras menos— unas frases del capítulo primero de *Mañana en la batalla*

piensa en mí, de Javier Marías, y que ahora sé casi de memoria:

> Nadie piensa nunca que nadie vaya a morir en el momento más inadecuado a pesar de que eso sucede todo el tiempo…a los vivos y al que se muere —si tiene tiempo de darse cuenta— les avergüenza a menudo la forma de la muerte posible y sus apariencias, también la causa. Una indigestión de marisco, un cigarrillo encendido al entrar en el sueño que prende las sábanas…

…o unas picaduras de hormigas rojas, ¿picaduras de hormigas rojas? ¡No! ¡Eso no estaba en el texto! Pero fueron precisamente las mordeduras de esos insectos las que me habían mandado a agonizar en este lecho aséptico. ¡Qué manera tan estúpida de morir! ¡Peor que la de Guty!, pensé, en tanto esperaba la llegada del pinchazo salvador. En ese momento di vuelta a las agujas de mi reloj mental y me vi de nuevo en la elegante cena donde había comenzado todo. Volví a ver, como si fuera película en retroceso, los colores vivos de la hacienda henequenera restaurada, la blancura deslumbrante de los manteles que cubrían las mesas al aire libre, el resplandor de la luna llena encima de mi cabeza. Y volví a oír y a sentir, como si pretendiera llevarme conmigo al otro mundo aquellas gozosas sensaciones, el pegajoso ritmo de la canción que tocaba el trío (*Linda boca, loca de amor,/ de aquellos besos que yo le di./ Linda boca, loca de amor,/ de aquellos besos que yo le di./ Aturdida por los besos que le daba quedó loca, loca de amor,/ de aquellos besos que yo le di…*), el perfume de los tazones cargados con la hirviente sopa de lima, el deleitoso placer de la cerveza helada al pasar por mi garganta. Y de pronto, cuando todo aquello comenzaba a saturar mi memoria, recordé con horror la repentina comezón en las pantorrillas, esa picazón endiablada en las ingles y la angustia de intuir lo que sobrevendría. Y luego la carrera frenética hasta el automóvil, los treinta y tantos kilómetros recorridos con el motor a todo lo que daba, sin poder explicar bien a mi acompañante, quien palidecía de nervios, por qué cada segundo era crucial para mi supervivencia. ¡Así que esto es morir!, repetí. Nada de esa luz brillante y seductora que te atrae, nada de esas patrañas religiosas de la paz interior y otras chingaderas. El oxígeno deja de llegar a tu cabeza y se acabó. La única idea que recorría mi pensamiento era que, por causa de unas putas hormigas, por culpa de su veneno que

avanzaba por mi torrente sanguíneo, jamás volvería a leer por las noches con mis hijos, ni a gozar del abrazo de mi mujer, ni a comer los domingos con mis padres, mucho menos a disfrutar de un buen tinto, una película memorable, un gran libro. Toda sensación de futuro parecía cortada abruptamente por la realidad. ¿De esta manera es como termina todo? Lo más triste era que justo ahora, cuando comenzaba a tener cierto éxito con mis cuentos y pensaba alcanzar reconocimiento gracias a mi novela histórica sobre la vida de Guty Cárdenas, esta quedaría inconclusa. Pensé en cómo habría de anunciarse mi muerte en la prensa. «Conocido escritor yucateco, autor de varios libros de relatos, fallece a causa de un choque anafiláctico originado por las picaduras de una docena de hormigas rojas». Patético. Dos o tres líneas cuando mucho. Y tal vez sólo en la prensa local. Yo era nadie. Un lánguido narrador de provincia con hartas ganas de figurar en la República de las Letras, un hombre cercano a los cincuenta que trabaja trece horas al día en un gris corporativo para hacer más ricos a unos ricos y mantener con cierto decoro a su familia no puede ser alguien. No debía morir aún. Necesitaba terminar *Como un rayo de sol, Presentimiento* o como fuera a titularse mi novela. Con mucha dificultad me incorporé y llamé de nuevo a la enfermera. Una terrible opresión en el pecho que se transformó en dolor me obligó a callar. Y cuando comenzaba a desvanecerme por completo y el oxígeno ya era insuficiente, alcancé a ver que, aguja en mano, un médico llegaba hasta mí, listo para traerme de vuelta a este agradable caos que es el mundo.

13

TERTULIA

Febrero de 1927

Cuando el cuarteto de visitantes tocó la puerta de la casa de su abuela, Guty ya sabía de quiénes se trataba. Eran el cosmopolita pintor mexicano Roberto Montenegro; el no menos famoso director de la *Revista de Revistas*, Manuel Horta; Ernesto «el Chango» García Cabral, caricaturista de planta en la mentada revista, y don Ignacio Fernández Esperón, «Tata Nacho», uno de los compositores mexicanos más populares del momento.

Emocionado, Guty abrió el portón personalmente, saludó de mano a cada uno de ellos y los hizo pasar al interior de aquella casona de techos altos y amplios corredores cuyas estancias miraban, todas, a un patio central poblado de tupidos helechos y caprichosas malangas.

Una vez que tomaron asiento en las mecedoras de petatillo, Guty confirmó a sus invitados que los cuatro podían quedarse aquí, en la casa de su abuela, el tiempo que se les antojara.

—Será un honor servir de anfitrión a tan ilustres visitantes —dijo—. Y por si les quedaba alguna duda sobre la esplendidez de la hospitalidad yucateca, me acaban de confirmar de la oficina del gobernador que todos sus gastos correrán por cuenta del Estado —remató con una sonrisa.

Todos aplaudieron y lanzaron vivas al unísono, pero fue Tata Nacho, en su carácter de funcionario e investigador de la Secretaría de Educación Pública, el que pidió la palabra para agradecer las deferencias de don Álvaro Torre Díaz, quien los había invitado a venir a Mérida con motivo de su primer informe de gobierno.

—Independientemente de esto —agregó el músico, dirigiendo la mirada a Guty—, quiero darle públicamente las gracias a usted,

joven Cárdenas, por no haber puesto ninguna objeción para hospedarnos en esta fresca y elegante residencia meridana, propiedad de su familia, donde, estoy seguro, vamos a pasarla mejor que en cualquier hotel de la bella Mérida.

Enseguida Guty, para agasajar a sus invitados, llamó a la señora que cuidaba de la casa y le pidió que preparara de inmediato unos frijoles refritos y unos papadzules con mucha salsa de tomate. Luego hizo que el marido de la misma señora trajera cervezas frías y botanas de la cantina más cercana. Al cabo de un rato, cuando iban por la tercera ronda de León negra, llegaron las hijas del gobernador. Ansiosas de convivir con los artistas, las muchachas se unieron de buena gana a la tertulia y pidieron a Guty que tocara la guitarra. Los invitados, que ya habían escuchado algunos comentarios sobre el talento de Cárdenas, quedaron asombrados cuando comenzó a deslizar con maestría los dedos en las cuerdas y a cantar, con un educado y suave timbre de voz, los versos de *Flor*, el lánguido poema compuesto por los venezolanos Juan Antonio Pérez Bonalde y Diego Córdoba, musicalizado por el propio Guty. A *Flor* siguió *Para olvidarte*, la letra de despecho que su amigo Ermilo había escrito a la novia que lo había mandado al carajo por infiel. Dicha canción, que fue muy celebrada por las hijas del mandatario, le había granjeado a Guty fama de Cupido, pues «gracias a la hermosísima serenata que nuestro querido Guty y el señor Padrón llevaron a la novia despechada —contó una de ellas—, ésta accedió a casarse y a perdonar al pecador».

A estas alturas, tanto Manuel Horta como Tata Nacho coincidieron en que todas las alabanzas que habían escuchado sobre el talento de Guty se habían quedado cortas ante la realidad. Querían escuchar más, la tarde agonizaba y el bochorno había menguado. Fue entonces cuando Guty, luego de aclararse la garganta con largos tragos de cerveza oscura, se soltó con *Nunca*, los cuartetos endecasílabos que su gran amigo, el poeta Ricardo López Méndez, «el Vate», le había garabateado en una servilleta de papel y obsequiado recientemente para que musicalizara y le sirvieran como arma de seducción contra la señorita Enna Ponce Alcalá, uno más de los amores imposibles de Guty:

Yo sé que nunca besaré tu boca,

tu boca de púrpura encendida.
Yo sé que nunca llegaré a la loca
y apasionada fuente de tu vida.

Yo sé que inútilmente te venero,
que inútilmente el corazón te evoca;
pero a pesar de todo yo te quiero,
aunque nunca besar pueda tu boca.

Los aplausos y felicitaciones que los convidados brindaron al músico sirvieron de preámbulo para que Tata Nacho, con la voz un tanto impostada por la euforia del lúpulo, exhortara al músico yucateco a hacer carrera en la capital.

—Aquí está usted desperdiciando su talento, joven Cárdenas —dijo, poniendo la diestra sobre el hombro del cantante, que no dejaba de abrazar la guitarra—. Si se decide a probar fortuna en la capital, cuente con mi ayuda.

14

CHICO CHANDLER

Es de noche, pasadas las once, he venido al aeropuerto a recoger a mi mujer. Llega de la capital en el último vuelo de la ruta México-Mérida. Ha ido a entrevistarse con funcionarios del Conaculta para afinar detalles de su próxima temporada en el teatro El Galeón, en el Centro Cultural del Bosque de la Ciudad de México. A ella lo que verdaderamente le interesa es el teatro. Divide su tiempo entre sus tareas de productora, actriz, esposa y ama de casa. En estos días trabaja con su grupo en una obra un tanto extraña, de crítica social, que tiene que ver con la huelga interminable de una vieja empresa refresquera yucateca. Sus montajes siempre son así: empiezan con una idea general, luego obtienen material sobre el tema, más tarde invitan a un dramaturgo para que los asesore con los textos y, finalmente, en una especie de laboratorio comunal donde participan actores, escenógrafo, músico y escritor, van armando las escenas. «Teatro posmoderno», así es como le dicen.

Cuando sube al auto me doy cuenta de que lleva un libro entre las manos.

—¿Qué lees? —pregunto a rajatabla, antes de darle un beso o inquirir sobre los pormenores del viaje.

—Ah, un libro que compré en el aeropuerto. De un español, un tal Santiago Posteguillo.

Doy una rápida ojeada al volumen. *La noche en que Frankenstein leyó el Quijote*. *La vida secreta de los libros*, se titula. En la portada, el monstruo creado por la pluma de Mary Shelley lee plácidamente la célebre novela de Miguel de Cervantes. Una chimenea encendida y una pared llena de libros indican que la creación del doctor Frankenstein se encuentra en una biblioteca. La contraportada afirma que el autor de *La noche en que Frankenstein leyó el Quijote* es

«uno de los novelistas históricos (*sic*) más reconocidos por la crítica y el público de los últimos años».

Posteguillo…, el pegajoso apellido atrapa mi atención. Estoy a punto de verter una opinión sarcástica sobre esta novedad literaria cuando la voz de mi esposa me detiene:

—El autor es un año menor que tú, deberías dejar descansar los cuentos y terminar la novela sobre Guty Cárdenas. Sigues en ello, ¿verdad?

La pregunta me desarma. Tomo más tiempo del necesario para responder. El pretexto lo encuentro en el proceso de encender y graduar la velocidad de los limpiaparabrisas. Afuera, una llovizna prematura anuncia la llegada del verano a la península. En breve una nube de mosquitos se estacionará sobre la ciudad y los periódicos locales comenzarán a hablar del riesgo de contraer el dengue, el zika y otras enfermedades tropicales transmitidas por los zancudos. Los reportajes acerca del calor extremo y sus consecuencias pasarán a segundo término.

—Sí —respondo con timidez—. Llevo ya treinta y cinco cuartillas.

—¿Treinta y cinco? —sube el tono de su voz—. ¿Es todo lo que has escrito?

Su reacción me encabrona. ¿Cómo quiere que vaya con más celeridad si debo trabajar para mantenerla a ella y a los niños? En el remoto caso de que me dedicara sólo a la literatura, ¿de dónde sacaríamos dinero para vivir? ¿Aceptaría, por ejemplo, cambiar a los niños a una escuela pública? ¿Estaría de acuerdo en vender los autos y buscar una casa más pequeña? ¿Cómo podría seguir montando sus multipremiadas obras que no dejan gran cosa? ¿Se solidarizaría conmigo para pagar las deudas? No me imagino a mi esposa en el papel de Mercedes Barcha, la mujer de Gabriel García Márquez, haciendo frente a los acreedores: «Mi marido está escribiendo un libro basado en la vida de Guty Cárdenas, cuando termine seguramente será un éxito y les podrá pagar». Me viene a la mente el cuento «Una nubecilla» de James Joyce, aquél donde un poeta frustrado, Chico Chandler, en un instante de rabia y ofuscación, desea con vehemencia que la muerte se lleve a su llorón recién nacido para que él pueda dedicarse a leer con calma un volumen de poemas de Byron.

En el fondo, todos los que escribimos somos un poco como Chico Chandler. ¿Por qué chingados los habré tenido?, murmuramos entre dientes, llenos de ira, cuando, a mitad de una historia, ya que las ideas han comenzado a fluir en el teclado de la computadora, el hijo pequeño se acerca a jodernos con sus ganas de jugar o simplemente a abrazarnos. ¡Si se murieran!, pensamos, pero luego, el arrepentimiento viene como búmeran a estrellarse con toda su fuerza en nuestras conciencias.

—Treinta y cinco es mejor que nada. Verás que termino antes de fin de año.

Mi esposa suspira. Sonríe forzadamente. No me cree. Ahora me cuenta sobre el resultado de sus gestiones en la Ciudad de México. Ha cambiado por completo el tema. Imagina, y no está tan alejada de la realidad, que continúo inmerso en los cuentos. Por eso ha traído el libro de Posteguillo, para demostrarme que, en cuanto a negocios culturales, ella es mucho más inteligente que yo. «¿Te fijas hasta dónde puede llegar un narrador cuando se dedica a escribir lo que demandan los lectores?». Algo así es lo que pretende decirme con insistencia, preocupada, no sólo por mi futuro como autor, sino porque espera también beneficiarse de mi éxito.

Al llegar a casa, apenas se duerme, le arrebato de las manos *La noche que Frankenstein leyó el Quijote* y me encierro a leer en la biblioteca. Media hora después, haciendo a un lado la perspicacia de mi mujer, saco mis conclusiones.

No estoy ante una novela magistral, tampoco frente a un compendio ejemplar de cuentos, mucho menos ante un ensayo brillante. Es un libro ameno, rápido y facilón. Didáctico, incluso, pero capaz de atrapar la atención de cualquiera. Con este trabajo, tal como dice la contraportada, el narrador saca a la luz «mitos y verdades de la literatura occidental».

¿Quién escribió el Lazarillo de Tormes?

¿Shakespeare fue el verdadero autor de las obras que le atribuyen?

¿Quién pensó en el orden alfabético para organizar los libros?

¿Qué autor burló al índice de libros prohibidos de la Inquisición?

Lo he leído con la misma curiosidad con la que me acerqué en mi niñez a aquella enciclopedia infantil española cuyos volúmenes,

profusamente ilustrados, estaban clasificados por preguntas: dime dónde está, dime cómo funciona, dime quién fue, dime cuál será mi profesión.

Posteguillo, gracias a su tramposo manejo del *suspense* —utiliza hasta el cansancio el recurso narrativo de retrasar lo más posible el nombre del protagonista de cada uno de sus pequeños relatos—, tiene la propiedad de despertar curiosidad en cualquiera. Ahora sé por qué este autor español vende tanto. Ha aprendido, como los guionistas de las series norteamericanas, a utilizar la incertidumbre como herramienta. Pero no es de esta manera como quisiera escribir mi novela. Yo deseo crear un texto entrañable, una historia que permanezca largo tiempo rebotando en las mentes y corazones de los lectores.

15

LA FIESTA DE LA CANCIÓN

Agosto de 1927

Cuando Guty desde su asiento ubicado en la primera fila del teatro Lírico escuchó el veredicto del jurado, no pudo evitar sentir una punzada de coraje. Se puso de pie, saludó a quienes lo vitoreaban y se encaminó al proscenio a recibir el premio. Segundo lugar. Coño. Cierto, no tenía ninguna posibilidad de ganarle a Tata Nacho, pero por la entusiasta manera en que el público había aplaudido al trío Garnica Ascencio cuando le tocó interpretar *Nunca*, la clave que él había inscrito a la contienda, por un momento imaginó que los resultados del concurso podrían tomar otro rumbo. Las voces privilegiadas de Julia Garnica y de Ofelia y Blanca Ascencio habían llevado la melodía a un altísimo nivel de interpretación. Y *Nunca*, justo es decirlo, era superior a la aburrida *Menudita* de Tata Nacho, ¡tan cargada de diminutivos!, pero que, desgraciadamente, como él veía las cosas, iba a alzarse con el premio mayor en esta Fiesta de la Canción. Ni siquiera sirvió el hecho de que Julia Garnica fuera amante de Pepe Campillo, el empresario que organizó el concurso, para inclinar la balanza a su favor. A decir verdad, abrigaba la esperanza de que Pepe no fuera capaz de despojar a su novia en turno de las mieles del primer premio.

Tomó su sitio en el lugar que le correspondía y levantó la mano para saludar al público. A su lado, Alfonso Esparza Oteo y Luis Martínez Serrano, ganadores del tercero y cuarto lugares, por *Pajarillo barranqueño* y *¿Dónde estás corazón?*, respectivamente, lo miraron con una mezcla de admiración y envidia. Parecían no dar crédito a lo sucedido: habían sido vencidos por un chamaco de veintiún años, un yucateco advenedizo aparecido de la nada que, últimamente, estaba en boca de todos los capitalinos. En respuesta,

con una sonrisa franca impresa en el rostro, Guty los saludó con un cálido choque de manos y un «no saben cuán orgulloso me siento de compartir el escenario con ustedes» que los desarmó. Al cabo de unos minutos, en medio de un silencio de sepulcro, el maestro de ceremonias anunció la canción ganadora: *Menudita*, tal como Guty había previsto.

Tata Nacho, que hasta ese momento había intentado pasar inadvertido en las últimas filas del teatro, se levantó de su silla y subió a hacerle compañía al resto de los vencedores. El primero en saludarlo fue Guty. ¿Para qué hacerse mala sangre? Después de todo, había sido gracias a los consejos de este hombre que decidió venir a hacer carrera a la capital. No habían pasado cinco meses desde su llegada a esta ciudad y ya su prestigio iba en ascenso. ¿Cuántos artistas de provincia podían presumir de haber debutado en el Distrito Federal como lo había hecho él, durante la comida del décimo aniversario del *Excélsior*, el periódico más importante del país? Esa tarde, invitado por Manuel Horta y el mismísimo Tata Nacho, cantó ante la plana mayor de la política nacional, los directivos del diario y numerosos periodistas de otras empresas editoriales.

A partir de ese evento comenzaron a lloverle invitaciones para participar en revistas musicales y fiestas. Ahora hasta se daba el lujo de aceptar sólo aquellas que le parecían más atractivas. Por eso, con todo y la decepción de este veredicto, no era justo ponerle mala cara a Tata Nacho. Abrazos y palabras de elogio, eso es lo que correspondía. Pero nadie le iba impedir llamar la atención de los periódicos cuando le tocara recibir su flamante cheque de cincuenta pesos. Este acto le serviría para recordarles a los periodistas que su talento iba mucho más allá de un segundo lugar. Por esa razón, cuando supo que recién había llegado al teatro su gran amigo, Ricardo «el Vate» López Méndez, autor de la letra de *Nunca*, terminó de fraguar su plan: se acercó al maestro de ceremonias y le suplicó al oído que también invitara al poeta a subir al escenario. En medio de la algarabía, los aplausos del público y los flashazos de las cámaras, Guty, ante un azorado López Méndez que no terminaba de entender lo que sucedía, partió el cheque en dos; extendiendo una de las partes hacia el Vate, soltó teatralmente:

—Toma Ricardo. La mitad del premio es tuya.

16

HISTORIAS PARALELAS

Reconozco que en ocasiones soy un hombre torpe. Como consecuencia, dos veces he puesto seriamente en peligro la vida de mis hijos. De haber fallecido alguno, mi mujer jamás me lo hubiera perdonado. Nuestra vida hubiera dado un giro de ciento ochenta grados.

El caso de Esteban, mi hijo menor, raya en lo ridículo. Ocurrió una mañana de domingo, en el comedor de la casa. Ocho años después, mientras pergeño en la quietud de la madrugada un capítulo más de esta novela, soy capaz de evocar, casi a la perfección, los componentes de la escena: el sol de julio entrando con generosidad por el ventanal abierto, el graznido de los k'awes que solían bajar al jardín a beber agua en la piscina, la brisa suave del abanico de techo, el aroma invitante del *omelette* de chaya y queso fresco que mi esposa preparaba en la cocina. Esteban aún no cumplía un año. Emilio, el primogénito, ya tenía tres. Y ambos, pese a sus cortísimas edades, acostumbraban alternar sus biberones de leche con raciones de fruta y verdura.

—Nada de Gerber ni jugos de botella, están cargados de conservadores —solía decir mi esposa.

Emilio, por cuyas rosadas encías asomaban algunos dientecitos de leche, esa mañana se dedicaba a comer papaya en cuadritos. Cada tanto levantaba la vista de su sillín y soltaba un balbuceante y rápido «otra» que me obligaba a pinchar con el tenedor una nueva ración. Esteban, desde su carriola, desayunaba lo mismo; nada más que a él, debido a la ausencia de dientes, mi mujer le había preparado una más de sus repugnantes papillas policromas. Entonces sonó el teléfono. Era mi madre preguntando por los planes dominicales de la familia. Tomé el aparato y continué alimentando

a los niños mientras platicaba.

Dicen que a los varones se nos dificulta hacer varias cosas a la vez sin equivocarnos, que el cerebro masculino, a diferencia del femenino, no está preparado para responder correctamente ante situaciones que exigen actividades múltiples. Probablemente sea cierto. Lo confirmé esa mañana cuando vi pintarse de morado el rostro de mi hijo menor. En ese momento solté la bocina y caí en la cuenta de que había intercambiado los bocados. Desesperado, llamé a gritos a mi esposa. Ella apareció en el comedor *ipso facto* sin entender lo que sucedía. Intenté explicarle, pero al notar su rostro lleno de aprensión me detuve en seco: la tardanza podía costarle la vida a Esteban. Fue cuando recordé que días atrás, en la sala de espera del consultorio de mis padres, adónde había ido por culpa de unos empastes caducos, por no haber llevado conmigo ningún libro, tuve que conformarme con leer un manual ilustrado de primeros auxilios caseros. La imagen de «ahogamiento» llegó relampagueante hasta mi cerebro; saqué a Esteban de la carriola, lo puse cabeza abajo y, ante la mirada atónita del resto de la familia, comencé a pegarle con la palma abierta en la espalda. Segundos después escupió el trocito de papaya que tenía atorado en la tráquea. Un potente llanto infantil anunció que todo había terminado. Mi mujer, que hasta el momento había permanecido sin poder articular palabra, me miró con rabia, soltó un vehemente «¡hijo de tu chingada madre!» que retumbó por encima de los lloriqueos infantiles y me arrebató al niño de las manos. Luego salió del comedor a toda prisa y se dirigió al jardín donde parecía subsistir, intacto, el remanso dominical. Antes de seguir alimentado a Emilio, me dirigí a la cocina y apagué el fuego. El *omelette* estaba totalmente chamuscado.

La segunda historia transcurre en Cancún, varios años después. Las locaciones son inmejorables: un hotel de gran turismo, extensas playas de arena blanquísima (recién recobradas artificialmente, a precio de oro, merced a un gobernador desesperado por la ausencia de turistas), un complejo de piscinas con tobogán, caprichosas fuentes y chapoteaderos. Los actores somos los mismos (padre, madre, niños), sólo que ahora el protagonista es Emilio, el primogénito, quien tiene ya cinco añitos y un certificado reciente de haber aprendido a nadar en el Centro Acuático Antares.

—Olvídense del mar, está picado, se quedan en la piscina —había ordenado tajantemente mi esposa.

Al notar que comenzaron a dibujarse muecas de decepción en el rostro de mis hijos, supliqué. Ella terminó por ceder:

—Está bien, pero llévatelos uno por uno.

Quizá si hubiera hecho caso del color de los banderines colocados a lo largo de la playa, nada de esto hubiera sucedido. La verdad, ni siquiera me percaté del rojo sangre que ondeaba frente a mis narices. Lo único que pasaba por mi cabeza era avanzar con Emilio en los brazos hacia las rebeldes y espumosas olas del Caribe. ¿Cómo iba a detenerme a descifrar el mensaje implícito en aquel trapo colorado? Soy un hombre de ciudad, un escritor, un ejecutivo, no un surfista. Además, hacía demasiado calor y los reflejos iridiscentes de los rayos solares, aunados al abundante sudor que humedecía cejas y pestañas, me impedían fijar la atención en cualquier cosa que no fuera el seductor color turquesa del oleaje. Como Meursault, el protagonista de *El extranjero*, una de mis novelas favoritas, «no sentía más que los címbalos del sol sobre la frente».

Al principio todo iba bien, Emilio y yo nos acoplamos dócilmente al ritmo marcado por aquellas veleidosas curvas de agua salobre. Era cosa de estar al pendiente, de adivinarlas, de calcular su entrada y sumergirse; era cuestión de atravesarlas y dejarse llevar un instante mar adentro por la fuerza de su estallido para luego regresar a pie o a nado hasta la orilla. Así lo hicimos un buen rato. Y en todo ese tiempo nunca solté al niño. En lo más hondo de mi conciencia sabía que un descuido podía ser fatal. Tal vez por eso, en el instante en que vi venir a aquella giganta azulosa de tres metros de alto, el corazón se me paralizó. Intenté llegar hasta la orilla abrazando a mi hijo, pero ya era demasiado tarde: el muro de agua rabiosa nos devoró con toda su fuerza. Fuimos revolcados como figurillas de papel. Y por primera vez en mi vida sentí miedo. Mientras luchaba por salir a la superficie (había perdido a Emilio y la corriente lo tenía a su merced), pensé: si para mí esto es terrible, ¿cómo la estará pasando él? Traté de serenarme, de no anticipar conjeturas, aunque en medio de aquella desesperante lucha submarina, la desoladora imagen de la muerte invadió por completo mis hemisferios cerebrales. Yo, tan ateo, comencé a rezar.

Cuando por fin pude respirar libremente y el agua me permitió enfrentar la realidad, busqué al niño con la mirada. Lo divisé a lo lejos, muy cerca de una enorme roca, a unos cuantos pasos de la orilla. No parecía estar herido, nervioso o lleno de angustia como yo: se dedicaba a chapotear en el agua y a dar breves brazadas que lo llevaban de un lado a otro. Sin dar aún crédito a lo que veía, di gracias a la Providencia, alabé al Dios en el que no creía, bendije tres veces a los instructores del Centro Acuático Antares. Pese al dolor que me produjo caminar a toda prisa sobre un banco de conchas marinas cuyas aristas se me hundieron en las plantas de los pies, corrí a recoger a Emilio. A la orilla del océano, lo abracé largamente.

17

CORAZONADA

2 de octubre de 1927

—Vamos a ver, Augusto, ¿adónde crees que vas a ir en ese estado? ¿Ya viste cómo está el tiempo? ¡Tan siquiera espera que amaine!

Desde el vano de la puerta de la habitación, los brazos en jarras, doña María trataba de convencer a su hijo de no salir de casa. Guty, que había comenzado a vestirse y a preparar su maleta, la miró entre azorado y divertido. Le costaba trabajo entender que a estas alturas, a sus casi veintidós años, cuando comenzaba a cosechar en la capital sus primeros éxitos como artista, ella lo siguiera tratando como a un niño.

Cierto, tenía una gripa del carajo, una infección que hasta hace unas cuantas horas lo había obligado a remojar los pies en agua caliente y a inhalar constantemente vapores de eucalipto. Sin embargo, a pesar de lo enfermo y constipado que se sentía, ¿cómo iba a dejar plantado al general Serrano el día de su cumpleaños? No sólo se identificaba plenamente con él y con sus ideales políticos, sino que estaba seguro de que muy pronto este militar sonorense, cuya candidatura a la presidencia ya había sido formalmente anunciada, iba a convertirse en el primer mandatario del país. Por esa razón, cuando la semana anterior el general Serrano le envió una carta donde lo invitaba a amenizar su onomástico en La Chicharra, un rancho de su propiedad cercano a Cuernavaca, aceptó sin chistar. Era una oportunidad que no podía perder. En esa celebración, sin duda, estarían reunidos los miembros del próximo gabinete presidencial. Así que sin tomar en cuenta la ferocidad con la que el aire y la lluvia azotaban las ventanas, ni lo terriblemente acatarrado que se sentía, haría caso omiso a los consejos de su madre.

—Mamá, no estoy tan mal, de veras. Tócame la frente, ya casi no tengo calentura. No puedo cancelar este compromiso.

—Hazme caso, hijo, no te expongas. ¿Qué necesidad tienes de tentar al diablo? ¡Podrías pescar una pulmonía!

—No insistas, ¿cómo crees que voy a fallarle al futuro presidente de México? ¡Es ridículo que me detenga una simple gripa!

—Mira, hijo, si lo que te preocupa es dar la cara, ahorita mismo voy a ofrecerle al chofer del general unas disculpas de tu parte.

Guty, que estaba a punto de recordarle a su progenitora que por encima de todas las cosas, incluso de su salud, estaba su carrera artística, tuvo que callarse: una intensa punzada en el pecho, seguida de un violento acceso de tos, le impidió responder. Fue un ataque agresivo, de esos que dificultan la respiración, cortan el aliento y obligan al enfermo a buscar alivio en la cama, recostar la cabeza en la almohada y esperar con paciencia que el cuerpo se recupere.

—Creo que tienes razón, mamá. Estoy empeorando. Ve y habla con el chofer. Ruégale que me disculpe con el general.

—Gracias a Dios que recapacitaste.

Antes de que su hijo se arrepintiera, doña María salió a toda prisa del cuarto y se encaminó hacia el recibidor de la casa. Allí, sin atreverse a tomar asiento en los mullidos sillones del *hall*, con el quepí entre las manos, aguardaba pacientemente un hombre de rasgos negroides, cuerpo fibroso y cabello oscuro.

Doña María habló escuetamente:

—Malas noticias. Mi hijo no va a poder ir. Está el tiempo muy malo y él anda con fiebre. Le suplico a usted que disculpe a Guty con su jefe.

El otro hizo un ruido con la boca que la señora interpretó como un intento de réplica que no se atrevió a soltar; luego agradeció las atenciones recibidas, se puso el quepí y salió de la casa a enfrentarse de nuevo con la lluvia, en dirección al Cavalier.

Mientras lo miraba partir, doña María tuvo remordimientos. ¿No habría sido muy dura con Augusto? A lo mejor esta celebración era una oportunidad única para alternar con las futuras autoridades del país, pero una corazonada, como acostumbraba llamar ella al presentimiento, le decía que cancelar la asistencia de su hijo no fue una mala decisión. Este aguacero no presagiaba nada bueno. Se

dirigió a la cocina y se preparó un té de tila para recuperar la calma. Bostezó. Últimamente había estado padeciendo de insomnio. Al caer la tarde, cuando comenzaba a oscurecer, sentía que el corazón le latía con fuerza y que le faltaba el aire. El médico le había dicho que no se preocupara: «Es normal, doña María, la altura de la ciudad, más temprano que tarde, le pasa factura a los fuereños. Sobre todo a los que, como usted, nacieron en ciudades costeras».

Al día siguiente, ya entrada la noche, cuando doña María salió a comprar un jarabe para aliviarle a Guty los accesos de tos que no cedían, el dueño de la botica, un español que presumía de estar siempre al tanto de los últimos acontecimientos políticos, le dio una noticia que la conmocionó: la tarde de este mismo día el general Francisco Serrano y todos los invitados a su fiesta de cumpleaños habían sido pasados por las armas. Fueron acusados de rebelión por Álvaro Obregón. Al parecer, ninguno de los hombres reunidos en La Chicharra logró sobrevivir. Había sido una masacre bien organizada.

18

RUMBO A NUEVA YORK

Abril de 1928

—Tengo veintidós años. Soy el mejor compositor de México. Ya viste cómo en el último concurso me almorcé a todos los colegas. ¿No crees tú que en Nueva York pueda hacer los discos que me dé la gana?

Con la desfachatez y seguridad que le daban su juventud y talento, Guty soltó la pregunta directamente al exsenador Antonio Ancona Albertos cuando se encontraron en la cubierta del buque *Havana* de la compañía Ward Line. Llevaban dos días de viaje y el cielo del Golfo de México, que hasta ese momento se había mantenido limpio, libre de nubes, inalterable en su azul, presagiaba una sosegada travesía. Ancona, que escribía regularmente para varios periódicos de México bajo el seudónimo Mónico Neck, asombrado por la poca modestia del famoso compositor, tuvo ganas de ponerlo en su lugar. ¿Qué se creía este cabroncito imberbe? A él, que a sus cuarenta y cinco había sido gobernador interino de Yucatán, y que por lo mismo estaba acostumbrado a tratar con todo tipo de gente, le pareció que la seguridad y presunción de Cárdenas rayaba en grosería.

Claro, hombre, con veintidós años y tu talento, todo se puede ser y hacer…, hasta ser más discreto…, debió decir, pero en lugar de eso, tomando en cuenta que aún les faltaban varios días de viaje, y que la vida apenas comenzaba a abrirse para aquel genio de la música que seguramente no escucharía consejos de «vejestorios», optó por celebrar el descaro de su interlocutor festejando este encuentro casual. Por lo menos, pensó Ancona, obtendré material suficiente para una excelente crónica. Entonces le pidió a Guty que lo acompañara a almorzar.

Una vez instalados en el elegante salón comedor del barco fueron atendidos a cuerpo de rey por el jefe de meseros, admirador declarado de Cárdenas. Mientras daban cuenta de una fuente de mariscos y varias botellas de vino blanco, conversaron largamente del mundillo artístico de la capital. Hablaron de Celia Montalván y de su extraordinaria actuación en la película *El milagro de la Guadalupana*; de los provocativos movimientos de pelvis de la exótica Lupe Vélez, del flamante y recién inaugurado teatro Politeama con su novedosa pasarela de cristal… Platicaron, sobre todo, del talento musical de un veracruzano, un tal Agustín Lara al que Ancona había tenido la fortuna de escuchar en un cabaret de la capital, y al que Guty prometió ir a conocer una vez que volviera a México.

—Ese hombre, como usted, tiene el don de «hacer de la canción, poesía», dicen. Búsquelo —le recomendó Ancona.

Horas después, con el ánimo encendido, acicateado por un grupo de jovencitas yucatecas que lo reconoció, harto de la plática de Ancona, Guty aceptó cantar. Antes de robarle las primeras notas a la lira, el compositor hizo advertencias muy claras: nadie debía de interrumpirlo, quien no tuviera intención de escucharlo debía salirse a la cubierta, *pelar gallo*, abandonar el *social hall*…, su música merecía respeto.

«Válgame Dios —pensó Ancona, aguantándose las ganas de interrumpir el discurso del músico— este joven está igual que D'Annunzio, cree que las multitudes de salchicheros no están capacitadas para escucharlo…».

En el fondo del salón, muy cerca del sitio donde los meseros se apresuraban a servir plato tras plato, se escucharon rumores desaprobatorios. En una mesa contigua a la del artista, unos caballeros que fumaban puros y bebían ron con coca-cola no pudieron evitar soltar algunas risas. Guty dirigió sus grandes ojos claros hacia los integrantes de aquel grupo que, acaso más por vergüenza que por respeto, intimidados por el gesto del artista, decidieron guardar silencio. En ese instante, cuando lo único que se escuchaba era el ruido de las máquinas de vapor, los rumores del océano y el grito eventual de alguna gaviota, Guty entrecerró los ojos, rasgó cariñosamente las cuerdas de la Negra, su queridísima guitarra oscura por la que había pagado seiscientos pesos oro

nacional a un laudero español, y entonó lánguidamente *Ojos tristes*:

Tienen tus ojos un raro encanto,
tus ojos tristes como de niño
que no ha sentido ningún cariño,
tus ojos dulces como de santo.

¡Ay!, si no fuera a pedirte tanto,
yo te pidiera vivir de hinojos,
mirando siempre tus lindos ojos,
ojos que tienen sabor de llanto.

A partir de ese momento no hubo necesidad de exigir silencio al público. La atención se volcó totalmente en el yucateco. En el canto nítido de Guty, en su educadísima voz de tenor, aquel sencillo poema de Alfredo Aguilar Alfaro se convertía en un himno al amor, a la mujer: un cántico vivo destinado a enternecer el más recio de los corazones.

Fue entonces cuando Ancona Albertos, que a lo largo de su vida había visto y escuchado a cientos de artistas, cayó en la cuenta de que se encontraba ante un prodigio de la música, ante un trovador lúcido y con talento, preciso en la frase musical, capaz de hacer de la canción un arte. Un hombre, pensó, con madera para llegar a donde le dé la gana. Lo halló sobrio en la expresión, limpio en su canto, dueño de un estilo propio, diferente al de la mayoría que basaba su interpretación en el gorgorito sentimental que ponía sobre la canción mexicana las lágrimas arrabaleras o la melancolía dulzona del amor inexistente. Pero era mejor no decírselo, el tipo confiaba demasiado en sí mismo y no necesitaba espaldarazos de nadie. Algún día, cuando lo juzgara conveniente, estos juicios los escribiría. Se arrellanó en su silla y, sin soltar la copa de vino, se dispuso a gozar del resto de la velada.

19

LO QUE QUEDA POR VIVIR

—¿Hijo? Estoy llevando a tu papá en una ambulancia a la clínica Mérida. Se desvaneció en el consultorio…

Era mi madre en el teléfono. Me informaba, con el tono neutral que suele utilizar, incluso en las situaciones más desesperantes, que la depresión que mi padre estuvo sufriendo las últimas semanas, finalmente había hecho crisis. No me pedía que fuera, ni me decía cuán angustiada estaba (estoy seguro de que lo estaba); con la simpleza de un parte noticioso me informaba acerca de la situación. (Más tarde haría lo mismo con cada uno de mis hermanos). A pesar de saber que ella hubiera preferido «no darme problemas», le contesté que saldría enseguida para la clínica.

Una vez que colgué el celular, lo primero que hice fue dar por terminada la junta de trabajo en la que me había sorprendido la llamada. A mi interlocutor, un joven barcelonés que pretendía convencerme de participar en un proyecto cultural a todas luces fallido, le expliqué brevemente la situación, y aunque sospecho que dudó de la veracidad de mis palabras, no tuvo otro remedio que aceptar mi oferta de vernos en una fecha posterior.

Mientras conducía al hospital, caí en cuenta de que nunca me había planteado seriamente la posibilidad de que alguno de mis padres falleciera. Su edad avanzada no parecía ser un elemento digno de tomarse en cuenta. Era muy cómodo quererlos, encargarles a mis hijos cuando salía con mi esposa de viaje, aceptar su cariño incondicional, disfrutar del remanso de paz que significaba llegar los fines de semana a escuchar sus cotidianidades y a comer un buen queso relleno, un puchero de tres carnes o un sustancioso pan de cazón. Habían trabajado como dentistas toda su vida y a pesar de haber empezado de cero, durante la época del

«milagro mexicano», como buena parte de los profesionistas de aquel entonces, a base de trabajo duro habían logrado obtener una saludable situación económica. Se enamoraron en los pasillos de la Facultad de Odontología de la Universidad de Yucatán, durante los años cuarenta; el suyo fue un amor coloreado con el rojo sanguinolento de las extracciones dentales y las agotadoras sesiones comunales de estudio. Durante los más de cincuenta años que llevaban de casados, nunca los había oído reñir en serio. Por un momento traté de visualizar la muerte de mi padre, su agonía en la frialdad de aquel flamante hospital donde cobraban por noche lo mismo que en un hotel de cuatro estrellas, los innumerables trámites burocráticos, el dolor que significaría el velorio, la misa de cuerpo presente, y la vista se me nubló.

Coño, pensé, ¿habrá alguna manera de aceptar con naturalidad la muerte? En mi cabeza hice una lista de las personas cuyo deceso realmente me había afectado y caí en la cuenta de que las podía contar con los dedos de una mano: Rafael Ramírez Heredia, el famosísimo Rayo Macoy, a quien debo mi incursión seria en la República de las Letras; mi querida suegra, muerta a causa de un tumor cerebral que le fue carcomiendo la cabeza con lentitud; Olga Duda, mi vieja maestra de francés, una polaca de ojillos azules y lengua afilada, quien solía aconsejarme que dedicara todo mi tiempo a la literatura y, finalmente, Alfredo Escalante Galaz, un amigo de la infancia, muerto a los cuarenta y dos por culpa de aquella extraña epidemia de influenza que se enquistó en la cálida península yucateca hace algunos años. De los cuatro conservaba recuerdos tan intensos que, en ocasiones, máxime cuando manejaba sin compañía en la carretera durante algún viaje de trabajo, solía hacerme a la idea de que aún estaban vivos y que cuando regresara iba a toparme con ellos.

Mientras reflexionaba me percaté de que, curiosamente, los cuatro eran protagonistas de algunos de mis relatos ya publicados. ¿Sacaba yo partido de su muerte o era verdad que el escritor, como afirma el lugar común, exorciza el dolor a través de la tinta? Y en el caso de mi padre, pensé, ¿tendría alguna vez las agallas para contar —como Philip Roth, Ricardo Garibay y muchos narradores más— la historia de nuestra relación? ¿Valdría la pena? ¿Le interesaría a alguien? Mi padre era un buen hombre, un padre convencional que

jugaba a la perfección su papel de proveedor y que delegaba en mi madre, al cien por ciento, el rol educador, sin importarle que ella también trabajara. Un hombre que, por haber sufrido dificultades económicas durante su infancia, le importaba más el dinero que la cultura. Nunca me alentó a dedicarme a las letras. Por el contrario, de manera similar al padre de Guty, durante toda mi adolescencia me instó a estudiar una carrera comercial que «dejara dinero». Para él, como para la gran mayoría de sus amigos profesionistas, el fin último de estudiar una licenciatura era hacerse rico. Además, luego del *fracaso* que había vivido con mi hermano mayor que se empeñó en irse a estudiar Filosofía y Letras a la UNAM, con tan mala suerte que se cruzó en su camino el terremoto del ochenta y cinco y por lo mismo tuvo que regresar rendido antes de tiempo, conmigo no deseaba correr ningún riesgo.

«Termina una carrera *normal* y luego dedícate a lo que se te antoje», solía decirme mientras me llevaba en su flamante Malibú 1983 a la escuela preparatoria del Colegio Americano.

No quiero decir con esto que le guardo algún rencor. Para nada. Quizá si él hubiera consentido mi partida, la academia me hubiera absorbido y hoy tendría menos vivencias qué narrar, menos pecados qué compartir. Para hacer literatura, estoy convencido, la formación académica es deseable, más no indispensable.

En la recepción del hospital me dijeron que mi padre estaba internado en el área de urgencias. Era una habitación reducida, ubicada junto al estacionamiento, donde había ocho camas separadas entre sí por unas burdas mamparas de tela. Tardé en identificarlo. Mi madre no estaba en ese momento y, a primera vista, con esas batas azulosas, recostados entre la blancura de las sábanas, todos los enfermos me parecieron iguales. Finalmente lo divisé. En la cama contigua a la suya, una anciana decrépita de piel pálida, pelo amarillo y mirada vidriosa, convulsionaba. Los enfermeros le daban choques eléctricos en el pecho a vista y paciencia de todos y, salvo por una mujer joven que gritaba como loca, a nadie parecía importarle gran cosa la suerte que corriera la vieja. En las áreas de urgencias de los hospitales campea la indiferencia, cada quien se ocupa de su enfermo.

Mi madre estaba de pie, comentando algo con el médico. Me acerqué a la cama y le di un beso en la mejilla a papá, que balbuceó

algo inentendible sobre su coche.

—Está pidiendo que no dejemos abandonado su carro en el estacionamiento donde suele guardarlo porque cierran a las cinco de la tarde —dijo mi madre.

Suspiré. Papá es así, quiere a sus autos igual —o incluso más— que a sus hijos. Evoca especialmente un Chevelle dorado, el segundo o tercer automóvil que compró en su vida. A veces, en algún almuerzo familiar, mientras bebe una cerveza, se pregunta qué destino habrá tenido el *pobre* automóvil. Antes, mis hermanos y yo solíamos bromear sobre el tema, aunque a la larga caímos en la cuenta de que esta manía era más seria de lo que pensábamos. Me dio mucha tristeza verlo acostado vestido con aquella pálida bata que alguna vez fue azul, el cabello revuelto, los ojos a medio cerrar, intentando conectar su cerebro con la lengua. Me fijé en sus piernas delgadas, llenas de várices. Observé las uñas largas de los dedos de los pies y repudié la vejez. Papá, que solía presumir de la buena consistencia de su cuerpo gracias a haber practicado durante su juventud «tensión dinámica» —aquel legendario método para ejercitarse promovido por Charles Atlas en las revistas de los años treinta y que se solicitaba a vuelta de correo—, a sus casi ochenta años se había convertido en un anciano pequeño y pellejudo.

En su edad madura era famoso por ser el alma de las fiestas. Ya con varias copas de más, sin importarle mucho su destemplada voz, cantaba con mucho sentimiento sus canciones preferidas, entre las que no faltaban *Nunca*, de Guty Cárdenas, y el bolero *Campechanita*, de los hermanos Ferreiro *(Campechanita, mujer que fascina/ como fascinan las olas del mar,/ hay en tu talle vaivén de palmeras/ y en tus caderas hay sensualidad)*. Con los ojos llorosos, ya avanzada la velada, papá se la dedicaba a mi madre, oriunda de la Ciudad de las Murallas. Eran célebres las fiestas que organizaba por su cumpleaños, en las que se repartían buenas viandas y alcohol en abundancia. Jamás hizo falta un trío para amenizar aquellas reuniones que se prolongaban hasta el amanecer. Cuarenta años después, aquel hombre carismático estaba ante mí, echado en la cama de un hospital, esperando el dictamen de los médicos especialistas, intentando decirme que cuidara de su automóvil.

—Despreocúpate, papá —dije—. Yo voy por él.

Casi enseguida cerró los ojos y se durmió. Mi madre, que nunca

pierde la calma, me contó cómo había estado todo: se había desvanecido en el consultorio mientras escribía una receta para un paciente. Es la consecuencia, dijo, de la depresión que lo ha venido aquejando en las últimas semanas. Recordé que poco antes de todo esto, durante las vacaciones de Semana Santa, habíamos alquilado una casa en la costa yucateca para pasar los días de asueto, y que fue allí, por primera vez, donde papá comenzó a manifestar aquella ansiedad que terminaría por doblegarlo: nada le importaba, quería regresar a la ciudad, oía ruidos extraños durante la noche, inventaba sonidos provenientes del motor de su automóvil. Ni siquiera disfrutaba de la compañía de sus nietos y de los baños de mar que antes tanto le divertían. En esa conversación estábamos cuando fuimos interrumpidos por los camilleros que venían a trasladar al enfermo a su cuarto.

Un par de horas después, cuando mi padre estuvo instalado en la cama de su habitación —un cuarto luminoso, brillante de tan limpio, oloroso a desinfectante floral—, opté por retirarme. Antes de irme, para que mamá se distrajera, sin saber lo que ocasionaría, decidí prestarle un libro de cuentos que traía en la mochila: *Lo que queda por vivir*, de John Updike.

Al día siguiente, cuando volví al hospital, el cuarto estaba vacío. La enfermera me dijo que se habían llevado a papá a hacerle una batería de estudios. Aún no sabían qué mal le aquejaba y su estancia iba a prolongarse varios días más. Le di las gracias, busqué a mi madre y la encontré leyendo a Updike en la cafetería de la clínica. Una vez que me puso al tanto sobre la salud de papá, le pregunté su opinión acerca de aquel libro. Tardó un poco en contestar. Finalmente levantó la mirada y me dijo seria:

—¿De verdad no lo habías leído? Gente mayor, enfermos terminales, ancianos abandonados…, un tanto deprimente para el momento, ¿no crees?

Me quedé callado sin saber qué responder, pensando en cuán irónica puede llegar a ser la vida y en lo estúpido que me había visto al darle a mi madre aquel volumen de relatos.

20

CARTA DESDE NUEVA YORK

Nueva York, a 12 de noviembre de 1928
Querida madre:

Espero que al recibir esta misiva, tanto tú como la abuela se encuentren bien de salud. Antes que nada, quiero pedirte perdón por tantos meses de silencio, pero te juro que todo ha ocurrido tan rápido que apenas ahora, desde la tranquilidad de la *suite* de mi hotel ubicado en pleno corazón de Manhattan, mientras miro por la ventana los rascacielos iluminados de esta ciudad que parece no dormir nunca, es que he podido encontrar tranquilidad suficiente para sentarme a escribir estas líneas.

¿Recuerdas que alguna vez me dijiste que nunca me rindiera ante los obstáculos, que aprovechara mi juventud y pusiera todo mi empeño en esta carrera? Pues eso, mamá, es precisamente lo que he hecho desde que pisé por segunda vez Nueva York. Y hasta ahora, cuando escribirte me obliga a hacer un recuento de este viaje, caigo en la cuenta de cuán agotado me siento. No me lo vas a creer, pero el mismo día en que bajé del barco me dirigí a hacer una prueba de grabación a la RCA Victor. En un estudio montado con la tecnología más avanzada que existe, de esos que cualquier artista hubiera soñado, canté *Ojos tristes*, aquella melodía cuya letra es un poema de Alfredo Aguilar Alfaro, ¿la recuerdas? Contra todos los pronósticos debo decirte que no me quedé con ellos, decidí probar suerte en otra disquera. En la Victor había algo que no terminaba de convencerme: al director de la sección latina, un hombre bastante desagradable, no le gustaban los boleros, prefería las rancheras y el foxtrot. ¿Qué podía esperar de una disquera dirigida por alguien así? Una corazonada, como llamas tú al presentimiento, me indicó que estaba en la ruta incorrecta. Y no me equivoqué,

porque dos días después me llamaron de la Brunswick, un sello quizá no tan conocido pero que va en ascenso gracias a su extensa nómina de jazzistas norteamericanos. Con ellos terminé grabando *Ojos tristes* y *Flor*, canciones que salieron impresas en el disco que te envié hace un par de meses.

Pero la cosa, querida mamá, no termina ahí. No había pasado un mes de mi llegada cuando me buscó Alfonso Esparza Oteo. Supongo que lo recuerdas. Es el compositor que obtuvo el tercer lugar en aquel certamen de la Fiesta de la Canción donde, injustamente, quedé segundo con *Nunca*. Él concursó con *Pajarillo barranqueño*. Resulta que este hombre, que dicho sea de paso se ha vuelto mi gran amigo, es ahora, nada más y nada menos, el director artístico de los discos Columbia para América Latina. Cuando supo que me encontraba en Nueva York, lo primero que hizo fue invitarme a formar parte del elenco de esta importantísima disquera. Por supuesto accedí poniéndole una sola condición: que mis grabaciones incluyeran a Chalín Cámara como segunda voz, cosa que Alfonso aceptó de inmediato.

A raíz de este suceso, podrás imaginar, no he parado de trabajar. Lo primero que grabé fueron mis canciones más queridas: *Quisiera*, *Flor*, *Ojos tristes*, *Boca loca*, *Granito de sal* y otras que tú ya conoces. Casi inmediatamente, Esparza Oteo, tal vez contagiado por mi entusiasmo, dispuso un estudio exclusivo para mí y me animó a seguir grabando otras melodías de compositores yucatecos. No tuvo que repetirlo dos veces. Gracias a su generosidad, hoy en día, letras de mis amigos Pepe Domínguez, Enrique Galaz, Rubén Darío Herrera, Palmerín, Chispas Padrón y hasta del campechano Emilio Pacheco, un compositor con mucha fibra al que admiro, son tarareadas en todas las ciudades donde se distribuyen los discos Columbia. Llevo grabados, a la fecha, casi ochenta temas. Madre, sé que no te va a gustar lo que voy a decirte: a veces paso horas enteras sin tomar alimento para que mi voz no pierda pureza. Pero en compensación de este sacrificio, para que te sientas orgullosa de tu hijo y sepas que tanto esfuerzo ha valido la pena, transcribo a la letra un artículo que publicó el 11 de agosto pasado *The New York Review*, un semanario muy popular en Estados Unidos, que es leído por una buena parte de los norteamericanos:

> *Compositor mexicano se convierte en un suceso aquí*
>
> Guty Cárdenas, quien es conocido al sur del Río Grande como el Irving Berlin de México, pues casi cada canción que escribe es un éxito inmediato ahí, está ahora en Nueva York grabando en exclusiva para la Columbia Recording Company. El señor Cárdenas, quien sólo tiene veinticinco años de edad, ha escrito éxitos como *Nunca*, el cual ha sido grabado por conocidos cantantes en todas las principales marcas de discos. *Flor*, su última composición, ganó un primer lugar en México. Aquí en Nueva York el señor Cárdenas está grabando sus propios números, cantando y acompañándose con la guitarra. Sus canciones están escritas en ritmos de jazz, y ya una conocida editora de música está negociando dos números…

¿Qué te parece? ¿No es fabuloso que a mis veintidós años (te habrás fijado que en el artículo me endilgan tres años más) me llamen «el Irving Berlin de México»? ¿Alguna vez imaginaste que tu hijo iba a lograr un éxito de esta naturaleza?

Pero no sólo con mi querido Chalín he estado grabando. La lista de los pares de mis dúos, mamá, es larga. Me han acompañado en el estudio Tomasita Núñez, una cubana mezzosoprano poseedora de una voz de oro; las hermanas Herrera, dos trigueñas que cantan como verdaderas diosas; Lencho Barcelata, el veracruzano autor de *Coconito*, esa canción que adora mi abuela; el colombiano Jorge Añez, un magnífico artista que espero conozcas algún día cuando me visites, y otros que se me escapan a la memoria. Próximamente grabaré una serie de canciones con una mujercita que aprecias mucho, una tapatía de ojos hermosos con la que hago muy buena mancuerna. Sí, adivinaste, la mismísima Nancy Torres que ya se encuentra en esta ciudad haciéndome compañía.

Como verás, madre, no me puedo quejar. En menos de un año me he echado a toda Nueva York a la bolsa. Como quien dice, me he almorzado a los gringos. Supongo que mi padre se debe de sentir ahora mucho más tranquilo. Si en algún momento de tus viajes a Mérida lo encuentras, dile que su hijo no se convirtió en un cantante del montón, en «un trovador fracasado» como él auguraba. A mi regreso a México, pienso hacer una larga gira para reencontrarme con mi público original: mis paisanos de la península que tanto quiero.

Dale de mi parte un fuerte abrazo a mi abuela Balita.

Te mando besos,
Guty

21
LLÁMENME ISMAEL

La llamada la recibió mi mujer. Fue ella quien me acercó el celular al cuarto de baño del hotel, mientras me daba un regaderazo.

—Es el tipo del correo electrónico, te dejó un recado.

Todavía chorreante, me puse una toalla en la cintura y fui hasta la cama donde escuché con curiosidad el mensaje: leí su cuento sobre Guty Cárdenas, tengo algo que proponerle, comuníquese conmigo lo más pronto posible.

Entonces, azuzado por los comentarios de júbilo de mi esposa («¡Aprovecha! ¡No se te puede ir esta oportunidad! ¡Llámale de inmediato!»), marqué de vuelta. De pura casualidad estábamos de viaje en la capital, celebrando un aniversario de bodas más, tratando de rescatar nuestro amor agonizante de entre los estragos producidos por los hijos, la rutina, los gastos infinitos y el hastío conyugal. Entonces concertamos la cita. Si el tipo tenía para ofrecer algo que valiera la pena, era mejor saberlo de una vez. Antes de colgar, acostumbrado sin duda a ser obedecido, ordenó:

—A las once de la mañana en el St. Regis. Allí nos terminamos de poner de acuerdo. Les invito al *brunch* dominical.

—¿St. Regis? ¿No es ese hotel elegantísimo que está sobre Reforma, frente a la fuente de la Diana Cazadora? —preguntó mi esposa, feliz por la posibilidad de almorzar en aquel suntuoso lugar.

—En efecto. Me quiere para la reinauguración del Salón Bach. Es uno de esos empresarios excéntricos, nostálgicos del pasado, que compran cantinas viejas y las convierten en antros de lujo.

—¿Y exactamente qué pretende?

—Leyó el relato sobre la muerte de Guty Cárdenas que publiqué en mi blog, dice que le encantaría recrear la escena del asesinato. Sabe que toco la guitarra y quiere que esa noche cante y haga el

papel del trovador. Incluso debo *morir* en el escenario. ¿Puedes imaginar semejante locura?

—¿Y cuánto te va a pagar?

—Que ponga precio, dijo.

—Pues cóbrale bien, que valga la pena el esfuerzo. No es lo mismo contratar a un escritor que a un payaso.

Mientras mi esposa se bañaba, destapé una cerveza del *six pack* que acababa de comprar en el Oxxo, bebí un par de tragos y reflexioné:

«Ella tiene razón, hacerla de payaso cuesta caro. Cierto que en el corporativo donde trabajo no me va nada mal, pero en cuanto a mi labor profesional como narrador, salvo por aquel par de premios que recibí en España, todavía no me es redituable. Lo peor es que en el afán de no parecer arrogante, durante mucho tiempo me he dedicado a dar talleres literarios casi gratuitos, a presentar libros de autores que no valen la pena y a publicar artículos en la prensa sin cobrar un solo centavo. Y hasta el momento, he fracasado en mi intento por obtener la beca del Sistema Nacional de Creadores, un privilegio que parece diseñado casi en exclusiva para los capitalinos… Mañana, en cuanto esté sentado frente a mi anfitrión, lo primero que haré es desterrar de mi cabeza aquel consejo mamón de Ray Bradbury: "Rara vez te harás rico a partir de la escritura. Si te has metido en la literatura para hacer dinero, estás equivocado". Esta vez, desde un principio me afanaré por parecer un hombre de éxito. Usaré mi mejor traje, hablaré con seguridad, haré que mi mujer se muestre encantadora. Estoy decidido a formar parte de la pléyade de privilegiados que cobra por sus ideas…».

Ismael Jiménez, así dijo llamarse el empresario, resultó ser un comemierda. Era un tipo delgado y fibroso, cincuentón, con el pelo gris cortado a rape y una arracada de plata en la oreja izquierda. Por su manera de vestir y actuar, se notaba que vivía en lucha constante contra las huellas del avance del tiempo sobre su persona. Llegó acompañado de una mujer muy joven, casi anoréxica, de pómulos hundidos, ojos verdosos, cabello lacio y rubio, a quien presentó como su prometida.

Nada más tomar asiento, soltó que únicamente disponía de una hora para conversar.

—Hice un espacio en mi agenda porque me interesa conocer al

autor del cuento que me encantó.

Habló largamente de sus negocios, de sus inversiones en el Centro Histórico, de su amor por la historia de México, de su vocación frustrada como arquitecto y de lo importante que era para él rescatar sitios abandonados como el Salón Bach y transformarlos en negocios vivos y productivos. Mientras tanto, decididos a no perder tiempo, mi mujer y yo dábamos cuenta de nuestro segundo plato de *carpaccio* de salmón salpicado de alcaparras y perlas de caviar. No dejábamos de pensar en la cantidad de dinero que habríamos de bajarle a este arrogante extraño con facha de narcoempresario. Atentos a las palabras de Jiménez, ninguno de los dos comió en paz, pero bebimos suficientes mimosas como para quedar medianamente borrachos y aceptar con docilidad la primera oferta que nos hizo Jiménez: un par de boletos de avión, hospedaje en un hotel de cinco estrellas y veinte mil pesos en efectivo por participar en el show de inauguración del nuevo Salón Bach. No hubo regateo. En punto de las once cuarenta y cinco, tras varios apretones de mano, el empresario, seguido de la novia que actuaba como su perrito faldero, se puso de pie y se precipitó hacia la salida.

Ya solos, armados con sendas copas de champaña, cuando decidimos salir a la terraza a brindar por el éxito obtenido y disfrutar con tranquilidad de la envidiable vista del lugar, un mesero con levita se acercó discretamente, y ante nuestra mirada de azoro, dejó en el interior de una elegante carpeta de cuero con el logotipo en relieve del St. Regis Hotel, la cuenta que ascendía a tres mil seiscientos pesos, sin propina.

Una semana después, mientras revisaba en internet las noticias del día, descubrí en la prensa capitalina una foto donde aparecía el tal Jiménez siendo aprehendido por la policía judicial. La nota, ridículamente breve, decía que el delincuente, cuyo nombre verdadero era Leonardo de Jesús Pérez Rivero, se presentaba como arquitecto y empresario de la construcción. Con una habilidad sorprendente había logrado recibir del Gobierno del Distrito Federal fuertes anticipos para realizar diversos proyectos de restauración en el Centro Histórico de la Ciudad de México, mismos que había dejado inconclusos.

22

DE VUELTA A LA PENÍNSULA

Ciudad del Carmen, 14 de marzo de 1930

—Pues se los doy, don Guty. Yo quiero que un artista como usted, que tanto me agrada, vaya a cantarle a mi novia. Será la más grande satisfacción de mi vida.

El trovador se quedó sin palabras. Desde que había iniciado el 20 de febrero una agotadora gira por la península, ésta era la solicitud más extraña que recibía. Ni siquiera en Mérida, donde tuvo que triplicar el número de presentaciones para satisfacer la demanda del público, y en donde lo anunciaban pomposamente como «El aristócrata de la canción. Orgullo de México. Prestigio de Yucatán», había recibido una solicitud tan atrevida. Y recibirla de parte de un triste pescador, en esta isla del golfo donde las señoritas de la mejor sociedad carmelita se habían congregado el día anterior para recibirlo en el aeródromo, le parecía algo inverosímil, como sacado de un cuento.

Quizá por ello le resultó imposible no enternecerse al escuchar la petición que le hacía aquel individuo regordete, moreno, aindiado, que lo miraba con sus ojillos suplicantes de pie junto a su mesa.

¡Una serenata!, pensó Guty. ¡Hacía tanto tiempo que no cantaba con su guitarra ante la ventana de nadie! En los últimos dos años, su vida había dado un violento giro. No sólo por haber grabado casi cien fonogramas que ahora se oían por todo el mundo, sino porque desde hace año y medio ocupaba en Nueva York la dirección de la sección hispana de Columbia, en sustitución de su amigo Esparza Oteo. Y si bien era cierto que este puesto le había permitido conocer de cerca a varios artistas que admiraba, también era verdad que las responsabilidades del puesto le restaban tiempo para lo que

realmente le importaba: seguir componiendo. Así que mientras pensaba qué carajos responderle al pescador —era obvio que la treta de haberle pedido desde el principio cien pesos para desanimarlo no había funcionado—, Guty decidió que era mejor invitarlo a beber una cerveza. Levantó la mano y llamó a un mesero.

—¿Lo está molestando este hombre, maestro? —preguntó el mozo al acercarse.

—No, para nada. Al contrario, tráigame un par de cervezas. Una para mí y otra para mi amigo. Ah, en cuanto vea venir a don Benjamín Romero, avísele que aquí lo estoy esperando.

—Lo que usted diga, maestro.

El mesero hizo una reverencia antes de retirarse.

Acto seguido, Guty invitó al pescador a tomar asiento. El joven ocupó una de las sillas vacías y agachó la cabeza. Le costaba trabajo sostenerle la mirada al compositor.

—Así que quieres llevarle una serenata a tu novia…

—Sí, don Guty, yo quisiera que ella pudiera escuchar de su propia voz sus canciones más chingonas…

—¿Sí? ¿Y cuáles son tus preferidas?

—Pues primeramente *Nunca*, la más bonita de todas las que usted ha hecho. Luego *Para olvidarte*, la que más le gusta a mi novia; por último, *Rayito de sol*, ¡ay, no me canso de escucharla!

Guty, sin dejar de beber de su cerveza, se le quedó mirando al muchacho. Algo iba gestándose en su cerebro. ¿Podía negarse? No le extrañaba que el tipo, pese a su condición, conociera tan bien sus canciones. Después de todo, desde que había grabado en los Estados Unidos, su fama se había extendido por toda Latinoamérica. En los lugares menos imaginados solían transmitirse sus temas. A sus veinticuatro años, como escribiría más tarde en un artículo el colombiano Luis C. Sepúlveda, «él, como artista, estaba hecho y su consagración asegurada». Ahora sólo le faltaba ir a Los Ángeles a conquistar Hollywood y hacer una gira por las principales ciudades norteamericanas. Varios productores gringos, de los que no se andaban con medias tintas, le habían dicho que su éxito estaba afianzado, que era cosa de sincronizar filmes de ambiente mexicano con su música. No, no era eso lo que lo tenía atónito. Lo que verdaderamente le llamaba la atención eran las agallas de este

joven para acercarse a él y atreverse a pedirle que le llevara serenata a su prometida. Sólo por eso el muchacho merecía respeto. Dejó la botella vacía en la mesa y habló con voz firme:

—Te voy a decir la verdad, muchacho. Hace mucho que no le llevo serenata a nadie, pero te veo tan entusiasmado que no puedo negarme. Nada más que no debo irme así como así. Es necesario esperar a la persona que me citó aquí. Mientras tanto, acompáñame con otra cerveza. Yo invito.

Sin poder disimular su emoción, luchando por contener su felicidad, el pescador se deshizo en frases de agradecimiento.

—Gracias, muchas gracias, don Guty. No sabe lo contento que me ponen sus palabras.

Fue en ese momento que se presentó en el restaurante don Benjamín Romero Esquivel, el alcalde de Isla del Carmen. Venía acompañado de su chofer, listo para llevar a Cárdenas al baile que ofrecía en honor del yucateco «lo más selecto de la sociedad carmelita». Al verlo venir hacia su mesa, Guty se puso de pie y se acercó al funcionario con la intención de ponerlo al tanto de lo que sucedía. Don Benjamín, quien al principio observó con desconfianza al compañero de mesa del artista, enterado del caso, terminó por volverse cómplice. Incluso ofreció su automóvil, con todo y chofer, para llevar al trovador hasta la ventana de la elegida.

Media hora más tarde, allá por el barrio del Guanal, al pie de una humilde ventana, en compañía de una cincuentena de isleños que no daban crédito a lo que veían y oían, Cárdenas, que llevaba ya una buena dosis de alcohol entre pecho y espalda, entonó cinco de sus mejores canciones para saludar a la afortunada dama. Al término de la serenata, siguiendo las normas del buen comportamiento, la mujer encendió una vela para indicar que se había despertado. Nunca se dejó ver, ni salió a dar las gracias, mucho menos abrió las puertas de su casa para recibir a sus cantores. Hubiera sido un atrevimiento.

El pescador, llorando enternecido, le ofreció al artista cuatrocientos pesos:

—Es todo lo que tengo. Son de usted porque se los ha ganado.

Guty, quien ya se dirigía con paso firme al automóvil del alcalde, ni siquiera hizo el intento de tomar el dinero. Se lo rechazó tajantemente. Subió al asiento trasero donde se enjugó con

discreción algunas lágrimas, acaso con un dejo de envidia por haber conocido a alguien, aparentemente mucho menos afortunado que él, con tanto nervio para amar de esa manera.

23

LA PURA VIDA

De mis andares por La Habana evoco, sobre todo, una calurosa tarde de guitarras en un chalé por el rumbo de Miramar, en el verano del 97. Hasta allí, armados con sendas botellas de Havana Club, un *six pack* de coca-colas *made in France*, tres botes de papas fritas Pringles y un frasco de aceitunas españolas recién comprados en la Diplotienda, llegamos mi amigo Pepe Baqueiro y yo, un tanto pasados de copas, siguiendo las órdenes de Clara, una tierna y exuberante flor cubana, oriunda de Sancti Spíritus, a quien habíamos conocido horas antes en La Capilla, un bar de La Habana Vieja muy cercano a la catedral, donde menudeaba carne fresca.

Nos recibió una rubia madura de mirada felina y largas piernas.

—¿Gustan pasar? Soy Cecilia, tía de Clara —nos tendió una mano de finos y largos dedos, y de uñas cortas pintadas al rojo vivo.

La sala, decorada con exuberantes helechos en maceta y acuarelas con motivos tropicales, me remontó al ambiente relajado de la céntrica casa de mi abuela, en la Mérida de los años setenta. De un abanico de pie, metálico, negro, probablemente de fabricación rusa, surgía una brisa constante que a duras penas atenuaba el bochorno.

—Aquí como ven, los cuadros son de mi autoría. Antes de ser cantante, me dio por la pintura.

Mientras tanto, Clara, quien ya advertía las intenciones de su pariente, ni tarda ni perezosa se apareció con vasos, hielos y botana, dispuesta a captar nuevamente nuestra atención y a seguir la juerga. Media hora más tarde, ya con nuevos bríos de ron en las venas, luego de larga plática dicharachera, Cecilia sacó una guitarra. Era una lira vieja, cuya sola visión daba lástima. El capotraste y las cuerdas rematadas con borla roja me recordaron la

guitarra de Paracho que tuve cuando tomaba clases particulares con Zapote, aquel maestro pintoresco que falleció repentinamente de cirrosis. Entonces, como si estuviera dando un espectáculo frente al público de un abarrotado teatro Carlos Marx, Cecilia, con un sentimiento profundo y melancólico, acarició las cuerdas de la guitarra, levantó el rostro y cantó dulcemente *La sitiera*, la popular guajira de Rafael López que infinidad de veces, en la voz del boricua Daniel Santos, escuché en el estéreo del Chevelle de papá:

Sitiera mía,
dime qué has hecho
de nuestro dulce hogar,
hogar que un día fue la alegría
de todo aquel sitial.

Lágrimas vierte la sitiería,
que tiende a desolar,
es por no verte,
reina que un día
fuiste de aquel sitial…

Ésa fue la primera de una veintena de melodías cubanas y yucatecas —y eventualmente mexicanas— que Cecilia y yo interpretaríamos por turnos, porque para nadie es un secreto que la canción peninsular y la de la isla del cocodrilo verde comparten orígenes, y que en muchas ocasiones la gente confunde la una con la otra. De la guajira pasamos al bolero, de éste al bambuco y a la clave, hasta terminar con la ranchera.

A estas alturas, estábamos todos tan felices y borrachos que tanto Pepe como yo nos preguntábamos cómo habría de terminar aquello. Éramos de nuevo niños, pequeñas bestias en libertad sin otra preocupación que seguir los acordes de la guitarra y llevar hasta nuestros labios los vasos rebosantes de ron. Atrás quedaban las broncas emocionales y económicas derivadas de nuestros respectivos divorcios (sobre todo del mío: reciente, doloroso, intempestivo, originado por la infidelidad de mi mujer, cuyas explicaciones laceraron aún más mi virilidad) y a las que, carajo, regresaríamos inevitablemente nada más llegar el domingo siguiente.

Ya avanzada la noche, cuando Cecilia comenzó a cantar *Nunca* arrastrando las palabras y Pepe se puso de pie para hacerle el dúo, aproveché la euforia del momento para levantarme con discreción de mi asiento y jalar a Clara hasta la cocina. Sin encender la luz, en ese pequeño y caluroso cuarto donde un refrigerador viejo ronroneaba sin descanso, con todo y las brumas etílicas que me invadían, la poseí con desesperación. Fue un acto breve, intenso, lascivo, donde ella se montó sobre mí para aporrear, una y otra vez, sus pródigas caderas sobre mi verga enhiesta, mientras yo lamía con avidez los botones oscuros de sus pezones, aplacando momentáneamente mi coraje de cornudo.

Cuando terminamos, felices y sudorosos, volvimos otra vez a la sala con ganas de más ron, pletóricos de energía para seguir la noche en otro sitio. Cecilia, con sólo mirar el rubor que coloreaba nuestras mejillas, adivinó lo sucedido, y dijo con solemnidad:

—Celebro el amor, pero muero de hambre. Pido a los caballeros que nos inviten a cenar a La Giraldilla.

Media hora más tarde, valiéndonos madre el gasto, sentados ante una mesa de manteles largos y cubiertos de plata, los cuatro devorábamos una fuente de arroz congrí y una generosa ración de langosta entomatada, rociadas de abundante cerveza y una carísima botella de vino tinto del Rioja.

24
DE VUELTA A LA NEGRITA

Espigo entre mis recuerdos uno muy vívido, en tonos blanco y negro, en una época en que los años transcurrían con una lentitud incorpórea. Se trata de un sábado al mediodía, en una cantina atestada de gente donde el barullo de los parroquianos se confunde con el chocar de las botellas sobre mesas de metal, los arpegios de guitarra y las voces de un trío que canta melodías yucatecas. Reconozco los versos de *Quisiera* de Guty Cárdenas. El propietario del bar, un hombre robusto y de pómulos hundidos, al que todo mundo conoce por el sobrenombre del Chino Escalante, atiende desde la barra a la clientela. A pesar del calor meridano, viste guayabera blanca de manga larga, supervisa que a ninguna mesa le falte botana, y mucho menos bebida. A través de un agujero en la pared que une el salón principal con la cocina, como si se tratara de un mágico cuerno de la abundancia, brotan sin descanso charolas rebosantes de jícama con chile, remolacha curtida, papa con chorizo, chicharra en salpicón, empanaditas de frijoles y pequeñas raciones de sikil pak. Nada que empance a los bebedores. A La Negrita se viene a beber, no a almorzar, suele decir el Chino cuando alguien le reclama que allá, por el rumbo de La Plancha, acaban de abrir La Prosperidad, un bar donde el queso relleno y los lomitos de Valladolid son cosa corriente en el menú botanero.

Me veo sentado en una silla grande, ante una mesa que me queda alta, en un rincón de este bar ubicado en la confluencia de las calles 49 y 62, acompañando a mi padre que apura ya su segunda León negra de la tarde y está a punto de pedir un Madero Cinco Equis *pintado* o tal vez un güisqui Ballantine's, bebidas de moda entre los profesionistas de esa época.

Papá viste aún con su bata blanca; acaba de salir de su

consultorio y no tuvo tiempo —o más bien no quiso— de pasar a casa a cambiarse de ropa. Se le mira contento, satisfecho. Ni siquiera la noticia del asesinato del Charras, el rebelde líder estudiantil, ha alterado su rutina de los fines de semana. Puedo adivinar en sus gestos, en el gusto con el que espumea de cerveza su bigote, en la forma en que conversa con el cantinero, en el modo en que sonríe y saluda a las personas cuando lo llaman doctor, una inequívoca expresión de triunfo. Me han servido un refresco de toronja pero, como siempre, él permite que yo tome algunos tragos de su cerveza que me saben a gloria. Y nadie parece tomar en cuenta mi presencia…, ni siquiera papá, que ahora conversa animadamente con un hombre mayor al que, por su atuendo blanco, supongo también médico. Los veo platicar con buen ánimo, deteniendo su charla únicamente para disminuir el nivel de sus vasos jaiboleros, como viejos amigos que hace mucho no se encuentran y saldan una cita pendiente.

Mi padre sonríe y creo descubrir, entre la bruma provocada por los sorbos de cerveza y el dulzor de mi segundo refresco de toronja, como los semitas bíblicos, los egipcios faraónicos, los antiguos persas y los indios del Ramayana, que no hay mayor felicidad que ésta: la del hombre que ha alcanzado el privilegio de beber y conversar con sus semejantes sin que le preocupe absolutamente nada de lo que sucede a su alrededor.

Más tarde, cuando el humo de los cigarros empieza a enrojecerme las pupilas y las botanas se circunscriben a platos de cacahuates enchilados y pepitas de calabaza, papá mira su reloj de pulsera y suelta un lacónico «ya es hora» que anticipa el fin de nuestro edén. Apura el resto de su trago y le hace señas al mesero para que traiga la cuenta. Y es precisamente en este momento de la evocación, al reconocerme a punto de partir de La Negrita, cuando todo cobra sentido. Lo miro ponerse de pie y pasarme el brazo por los hombros mientras tararea un *Rayito de sol*, de Guty, la última canción que habremos de escucharle al trío.

Antes de cruzar la puerta abatible de la cantina de mi memoria, echo una última mirada al sitio y alcanzo a ver, con un sabor a pérdida impregnado en la boca, cómo a mis espaldas empieza a oscurecerse la imagen de aquel territorio de felicidades.

25

POESÍA DE LA PROSA

Tal como predijo mi mujer, que a veces parece congraciarse con anticipar mis fracasos literarios, he abandonado esta novela momentáneamente. Llevo varias semanas sin escribir una sola línea. Me he dedicado a inventar nuevos relatos. Hace un par de semanas terminé una historia breve, sumamente cruda, que recrea un salvaje asesinato ocurrido en la Mérida de hace una década. «El crimen del cibercafé», lo titularon los periódicos. El encargado del negocio, un tipo taciturno y taimado, esperó a que todos se fueran para matar a una clienta asidua con quien solía chatear anónimamente. La asesinó a puñaladas y posteriormente la violó por haber rechazado sus lances amorosos. Al final la descuartizó, metió sus restos en diez bolsas negras de plástico y las echó en el contenedor de basura del centro comercial. Un caso escalofriante que sucedió en la que se supone es la ciudad más segura de México.

Como muchos escritores, tengo la costumbre de dar a leer mis manuscritos a algunos amigos para escuchar sus opiniones. Los primeros setenta y tres folios de esta novela se los entregué hace un par de semanas a Andrés E. Marín, un hombre juicioso, lector consuetudinario que suele acercarse a los autores por intuición pura, que no se deja impresionar por las veleidades y exigencias del mercado editorial ni del mundillo literario. Ayer por la tarde, lleno de curiosidad, lo busqué por teléfono para preguntarle su opinión.

—Estoy en la página cuarenta y ocho, deja de joder. Te aviso en cuanto termine —fue su tajante respuesta.

Coño.

¿Por qué me refugio en el cuento? ¿Por qué rehúyo tanto de la novela cuando es mucho más difícil lograr un buen libro de relatos que una buena novela? ¿Será que lo único que hago es buscar

pretextos para evitar entrarle de lleno a la novela? Quizá porque mi formación administrativa —gústeme o no— me exige tener todo en orden, y el cuento es el único género literario que posee reglas bien definidas. Nada debe sobrar, nada debe faltar. «Es menester eliminar todo lo que no tenga relevancia en la historia», Chéjov *dixit*.

Escribir cuentos, solía comentar Rafael Ramírez Heredia, «equivale a manejar con destreza una diligencia tirada por varios caballos». Si uno no quiere terminar con todos sus huesos en la tierra y pretende llegar sano y salvo a su destino, tiene que aprender a llevar las riendas con maestría y seguridad, jalarlas con fuerza cuando sea necesario, soltarlas de a poco en carrera libre. En cambio, en la novela uno puede hacer y deshacer a su antojo. Incluso es posible, siempre y cuando se avance por el mismo rumbo y no se pierda de vista la meta, dejar a los caballos correr a su libre albedrío.

Vargas Llosa, que ha hecho de la novela su principal campo de acción, apunta que no obstante esa libertad aparente, cuando uno escribe una novela, «tiene el deber de crear perfectamente la ilusión de la realidad y mantener vivas las ganas de seguir adelante». Javier Marías, por su parte, en su discurso de aceptación del premio Rómulo Gallegos por su espléndido libro *Mañana en la batalla piensa en mí*, afirmó que «una novela no sólo cuenta, sino que nos permite asistir a una historia o a unos acontecimientos o a un pensamiento, y al asistir comprendemos».

Pero volviendo al meollo de esta disertación, hasta antes de sumergirme en esta historia que basa su argumento en un personaje de la música de mi tierra, no me sentía cómodo escribiendo algo diferente al cuento. Alguna vez empecé una especie de novela negra que trataba sobre un hombre rico y renegado, un obseso sexual, recién divorciado, quien se propone, sólo por diversión, seducir a una pareja conservadora que se muda a la casa vecina. Nunca pude acabarla. Decidí transformar algunos de sus capítulos y publicarlos como cuentos.

El cuento, debido a su brevedad y contundencia, es la manera más gozosa de acercar a la gente a la literatura. Es el género donde uno puede «hablar de lugares comunes y de cosas usadas a diario con un lenguaje sencillo, y dotar a esos objetos —una silla, la

cortina de una ventana, un tenedor, una piedra, un pendiente de mujer— con los atributos de lo inmenso». Lo afirma Raymond Carver. Sin embargo, no es fácil lograr un buen libro de cuentos. La exigencia del género suele acabar con la paciencia de los narradores que prefieren dirigir sus esfuerzos a la novela. El cuento, cuyas reglas básicas no han variado mucho con el tiempo, es un golpe de sol en los ojos del lector, un paseo por las entrañas de la condición humana, y ofrece a la gente, como el Aleph de Borges, ángulos inadvertidos de la realidad. O sea, es la poesía de la prosa. (¿Será que defiendo tanto el género por temor a errar en la novela?). El cuento es intenso, la novela es extensa. Por eso, aun cuando las editoriales prefieran la novela, el cuento, por su vigor e intensidad, seguirá acompañando entrañablemente a la humanidad.

26

CARTA DESDE HOLLYWOOD

Hollywood, a 23 de septiembre de 1930
Querida mamá:

Tal como prometí, te escribo desde Hollywood para comentarte los pormenores de la película en la que voy a participar, y con la que espero dar a conocer mi música más allá del continente americano. La película se titula *La dama atrevida*. Es una versión en español de una película americana llamada *The Lady Who Dared*, cuyo papel principal fue creado especialmente para Billie Dove. ¿Recuerdas a la Dove? Es aquella actriz que aparece en *The Black Pirate*, la película que vimos hace años en el Rialto sobre el aristócrata metido a pirata que decide vengar la muerte de su padre, ésa donde salía Douglas Fairbanks, uno de los ídolos de mi hermana Carmen.

La verdad es que el tema, para mi gusto, no es lo bastante original. Se trata de una mujer de la alta sociedad atrapada por los convencionalismos y que, sintiéndose culpable de un inocente flirteo, arriesga su vida para salvar su reputación y la del hombre al que ama. Sin embargo, siendo un éxito probado en su versión en inglés, los productores esperan recuperar su inversión sin ningún problema.

> ¿Es la inteligencia de la mujer igual a la del hombre? La astucia femenina puesta en acción frente a la maldad felina de los delincuentes, en lucha contra la maldad del sexo fuerte. La viveza de la mujer en batalla con la fuerza, amor y deber en pasión e intriga. Oro y pasión. Romance del alma de occidente en alma de oriente.

Así es como la van a anunciar. ¿Qué te parece? ¿Por qué será

que al público le atrae tanta palabrería?

Dos actores españoles, Ramón Pereda y Luana Alcañiz, tienen a su cargo los papeles principales. A estas alturas te preguntarás cuál es mi rol dentro del filme. Pues bien, me toca representar al cantante del elegante hotel oriental donde se desarrolla gran parte de la trama. Nada más y nada menos que al cantante… Guty Cárdenas. ¡Voy a interpretarme a mí mismo! Los directores me han pedido que salga vestido de charro y cante un par de melodías. Después de mucho estira y afloja, llegamos al acuerdo de que éstas serían *Ojos tristes* y *Piña madura*. Por más que insistí, no quisieron incluir la hermosísima *Nunca*, pues aunque Prieto, el codirector mexicano, parecía estar de acuerdo, el gringo William McGann, su socio y amigo, se negó a aceptar mi sugerencia argumentando que la idea era presentar canciones inéditas, es decir, novedades para el público; cosa con la que no estuve muy de acuerdo. A pesar de esta diferencia de opiniones, procuraré interpretar estas canciones con todo el sentimiento posible. Además, me emociona pensar que esta cinta ya vendrá con vitáfono, ese moderno sistema que permite sincronizar perfectamente las voces de los actores con las imágenes.

Pero volviendo al tema, para mí lo más importante es el nivel de popularidad que puedo conseguir desde Hollywood. Gracias a esta película me escucharán cantar en lugares tan distantes como España o Italia. El poder de distribución de la Warner Brothers es inmenso.

Dejo para el final de esta carta una noticia que no he compartido todavía con nadie. Tú misma me enseñaste que no hay que adelantar los acontecimientos, pues como suele decir Balita: del plato a la boca… Lo que te voy a contar me fue reafirmado a través de una carta que llegó a la disquera directamente de la Casa Blanca. Tal como lo has leído, ¡de la Casa Blanca! Sucede que el presidente Hoover me ha invitado a formar parte de los artistas que amenizarán una cena que ofrecerá a los principales congresistas hispanos. Esta invitación, mamá, me coloca entre los cantantes más importantes de los Estados Unidos. No puedes imaginar lo feliz que me encuentro luego de esta noticia. Me han diseñado, incluso, un elegante y estilizado traje oscuro de charro. ¿Puedes imaginarme con botas, sombrero y toda la cosa? Para los gringos México es sinónimo de caballos, campo y rancherías, una idea tremendamente generalizada y contra la que es casi imposible luchar. Sin embargo,

una vez en el escenario me las ingeniaré para incluir en el repertorio claves y boleros yucatecos.

La presentación está pactada para fin de año y tengo derecho a llevar a un invitado. He decidido que seas tú, mamá. Te lo has ganado: fuiste la única persona que nunca dudó de mi talento. (¿Qué dirá papá cuando se entere?).

Si estás de acuerdo, házmelo saber para que la disquera proporcione tu nombre a los organizadores. Más adelante te escribiré para darte detalles de los pormenores del evento.

Bueno, llego hasta aquí con estas líneas porque debo ensayar. En cualquier momento tendré llamado del director.

Dale de mi parte besos a mis hermanos y a Balita. Diles que los llevo siempre presentes en mi corazón.

Te abraza cariñosamente,

Guty

27

PRAGA

«¿Acaso no es cierto que el autor no puede hablar más que de sí mismo?». Encuentro esta frase en *La insoportable levedad del ser*, el libro de Kundera que, no por casualidad, he traído para releer durante este viaje relámpago a la República Checa que decidí hacer para acompañar a mi mujer, cuyo grupo teatral fue seleccionado para presentarse en la Cuadrienal de Praga 2015, la gran fiesta del diseño escenográfico donde se juntan los principales directores y escenógrafos del mundo.

Ahora estoy sentado a las afueras de un café en la calle Národní, en alguna parte de la ciudad vieja de esta capital cuya belleza arquitectónica hace palidecer a la misma París, mientras mi esposa contesta sus correos electrónicos aprovechando el internet gratuito del establecimiento. En tanto escribo y bebo una Pilsner, resuelvo que a esta hermosísima ciudad (que el mismo Hitler por algo decidió no bombardear), con todo y su abrumadora belleza y su pomposo título de Patrimonio de la Humanidad, difícilmente volvería. Tengo la impresión de que los turistas de todo el mundo la han tomado por asalto para no volver a soltarla jamás. Por donde uno camine se topa con hordas de orientales inquietos tomándose *selfies* con ayuda de sus teléfonos celulares anclados a ese invento llamado palo *selfie*. Cada tanto es imposible evadir las excursiones de ingleses e irlandeses que, hartos de tanto museo, andan en manadas, ansiosos por meterse al primer pub a beber cerveza tras cerveza. Y qué decir de las legiones de alemanes taciturnos que abarrotan los establecimientos gracias a su poder adquisitivo. Nada tontos, los checos han aprovechado esta circunstancia para llenar su capital de hoteles boutique, galerías de arte, cafés vistosos, bares de todo tipo, restaurantes acogedores, tiendas de diseñador y

atractivos museos donde vacían, metódicamente, los bolsillos de sus visitantes. Es imposible caminar por sus pintorescas callejuelas sin recibir propuestas de toda índole por parte de los enganchadores del turismo.

Cuesta trabajo creer que hasta hace menos de veinticinco años, antes de la Revolución de Terciopelo, que terminó con el régimen comunista, ésta era una más de las grises y olvidadas ciudades socialistas de Europa Oriental, donde era casi imposible encontrar un hotel decente para pasar la noche. ¿Qué diría Havel si viviera? Él, que tanto abogó por un capitalismo con sentido social, por una política más moral y edificante, ¿cómo reaccionaría al ver a su país, libre, pero sumido en un sistema poscomunista que combina los aspectos más vulgares y las mayores desigualdades del capitalismo con la corrupción y las conspiraciones de la cultura política del comunismo? Sorbo mi cerveza y veo pasar ante mí a una mujer alta, joven, rubia, de ojos enigmáticos y jeans entallados que le resaltan el trasero. Camina con rapidez y destreza, haciendo malabares para que sus tacones no se hundan en las empedradas callejuelas de Praga. La hermosura de las mujeres checas también es legendaria. Quizá por eso solían ser tan apreciadas en los prostíbulos de occidente. (Alguna vez, durante un viaje de trabajo a Texas, hará unos veinte años, fui junto con mi jefe a un *men's club* y nos la pasamos de maravilla con dos checas a las que colocábamos billetes de cinco dólares en las tiras del bikini). Desde antes de subir al avión me puse el reto de retomar la novela de Guty durante el viaje. Y ha sido precisamente la frase de Kundera que he mencionado al inicio de este capítulo, junto con la visión fugaz de aquella mujer rubia, la que me ha devuelto la inspiración. No importa qué tan ajeno le sea el tema, a la larga el resultado será igual: el autor terminará por hablar de sí mismo.

He dicho, desde un principio, que tengo la intención de escribir una novela que cuente la vida y muerte del Ruiseñor yucateco; una historia capaz de hacer recordar al lector la hazaña que logró este cantor que, durante sus escasos veintiséis años de existencia, se colocó como uno de los artistas mexicanos más importantes del siglo pasado. Pero conforme avanzo y me acerco a los capítulos que recuperan sus últimos años de vida, he descubierto que, no obstante haber pasado tan poco tiempo desde su fallecimiento, existen

algunas lagunas históricas sobre ciertos hechos previos a su asesinato que considero pertinente traer a cuento antes de continuar.

Me llama la atención, por ejemplo, el tema de su actuación en la Casa Blanca ante el presidente Herbert Clark Hoover. La única persona que afirma que Guty estuvo invitado a este evento es su madre, doña María Pinelo Ituarte. Esta aseveración la hizo en una entrevista concedida a Carlos Álvarez de la Cadena, quien la publicó en la revista mexicana *Oiga* en 1943. No existe ningún vestigio —fotografía, recorte de prensa o programa de mano— que dé fe del evento. Y siendo un acontecimiento de tanta trascendencia para la madre del artista, ¿por qué no conservó algún recuerdo? En la red, además, todo el que menciona este hecho, refiere como fuente de información la entrevista citada.

¿Cantó o no Guty en la Casa Blanca? Estoy seguro de que sí, pues dado el importante puesto que tuvo en la disquera Columbia y el prestigio que como artista ya había adquirido en la Unión Americana, la idea no suena descabellada. Lo raro es que hubieron de pasar muchos años para que esta actuación fuera *vox populi*. De no ser por la declaración de su madre, probablemente hubiera quedado en el olvido.

Otro tema que no es posible pasar por alto es la supuesta rivalidad entre Guty y Agustín Lara. ¿Dónde comienza la ficción y dónde termina? Traigo a colación este asunto porque, en un principio, fantaseé con la idea de darle validez a esta leyenda y recrear una escena donde el Flaco de Oro, sabedor del odio que profesaban los hermanos Peláez a los republicanos, lleno de envidia por la descomunal fama del yucateco, se entrevista con este par de españoles para pedirles que le den un escarmiento al creador del corrido *La República en España*. Porque, aunque parezca mentira (¿qué motivó a la Columbia a pedirle al yucateco que escribiera esta canción?, ¿puro interés monetario, tal como me ha dicho Luis Pérez Sabido?), a pesar de haber firmado esta composición con el seudónimo de Yucho, todo mundo sabía que el autor de la letra y música de este alegato celebratorio del decreto de la Constitución de la República Española de 1931, había sido Guty Cárdenas, el favorito de los discos Columbia.

Sin embargo, luego de leer una entrevista donde Pedro Vargas

habla del tema, desistí de mi idea. En esa conversación don Pedro, «el Samurái de la Canción», afirma al reportero, palabras más, palabras menos, que «en el año de 1931, en el teatro Esperanza Iris se organizaban tardeadas donde actuaba Agustín Lara mano a mano con Guty Cárdenas, un muchacho yucateco que había irrumpido en el medio artístico con una fuerza descomunal…, yo que los conocí profundamente, debo afirmar que nunca hubo entre Agustín y Guty el más mínimo problema. Antes bien se profesaban afecto y admiración mutuos».

Cierto que muchas veces para crear una historia que atrape al lector no hay nada mejor que basarse en sucesos reales y sazonarlos con una buena dosis de ficción, pero en este caso se me hizo excesivo. Me costaba trabajo imaginar a Agustín Lara en el papel del gánster receloso dominado por la inquina. Prefiero creer que el autor de *Solamente una vez*, con esa astucia innata que siempre lo acompañó, como muchos compositores de entonces, optó por colgarse de la fama de Cárdenas y obsequiarle varias de sus composiciones para que éste las grabara en los Estados Unidos.

He terminado mi cerveza. Ahora lo que se me antoja es poner punto final a este capítulo, pedir otra Pilsner y dedicarme a beber y a observar a las checas que cruzan con rapidez frente a mi mesa; o bien leer a Kundera, a quien nunca he admirado mucho, pero al que reconozco su enorme maestría para contagiarle al lector la angustia de sus personajes. A pesar del verano, en Praga sopla un viento helado que me obliga a subirme hasta la garganta el cierre de mi chamarra oscura de cuero, la única que tengo para sobrevivir cuando viajo a países de climas fríos, pues en Mérida, con los calores de cuarenta grados a la sombra, difícilmente tengo la oportunidad de lucirla. Me resta una semana en esta ciudad, antigua capital del reino de Bohemia. Mi mujer continúa absorta en sus quehaceres teatrales a través del celular, sin siquiera regalarme una sonrisa. De seguro acuerda con los integrantes de su compañía los últimos detalles de su siguiente puesta en escena. Pienso en lo complicado que resulta el amor entre dos artistas, dos egos en constante competencia, con la absoluta convicción de que no podría ser de otra manera, salvo que alguno estuviera dispuesto a vivir a la sombra del otro.

Quizá por eso Guty eligió como esposa a Ann Patrick, una

sencilla cajera de un restaurante de Atlantic City con la que se casó en julio de 1931, casi en secreto, nueve meses antes de que lo asesinaran. Anita, como solía llamarla su rígida suegra, era una sencilla mujer de ascendencia irlandesa, rubia y pequeña, de grandes ojos azules, con un dulce rostro de actriz de cine mudo. Poco se ha hablado de ella y, salvo por algunas exiguas declaraciones que en su papel de viuda hizo a los periódicos durante las exequias de su marido, es imposible saber cómo fue la relación que vivió con Cárdenas el poco tiempo que fue su compañera. A veces he llegado a pensar que el cantante le ofreció matrimonio sólo para obtener la nacionalidad estadounidense y facilitarse la vida, dado que buena parte de su éxito internacional se lo debía a su estancia en la Unión Americana. Probablemente con Nancy Torres, aquella guapa cantante tapatía con quien llevó en la capital una relación más allá de lo profesional, pudo Guty haber sido más afín y, acaso, más feliz. Pero Nancy, que a la postre grabaría con Cárdenas una docena de canciones en Nueva York, era una mujer cerebral e independiente que prefirió seguir una carrera por su cuenta, llegando a aparecer en el cine de Hollywood en un par de películas de poca trascendencia: *Ciclón de Oklahoma* y *Serenata en Hollywood*.

Como haya sido, Anita resultó ser la elegida y Guty, poco después de la boda, se la llevó a Ciudad de México para que viviera en la misma casa que habitaba su madre, doña María Pinelo: la residencia ubicada en el número 186 de la calle Monterrey; el mismo sitio donde, meses después, la tarde del 6 de abril de 1932, se montaría la capilla ardiente destinada a velar el cadáver del Ruiseñor yucateco.

28

LUIS PÉREZ SABIDO

Finalmente, luego de mucho planearlo, he venido a entrevistar a Luis Pérez Sabido al Archivo Musical del Estado de Yucatán: el Centro Regional de Investigación Musical Gerónimo Baqueiro Foster. Llego tarde. La cita era a las once, pero tuve que pasar primero a la farmacia por unas pastillas de yodo para intentar aclararme la garganta. Recién salgo de una laringitis que me dejó dos semanas completamente afónico, y auguro una larga charla. Estaciono mi automóvil a la sombra de un frondoso almendro y camino de prisa por los jardines de este edificio porfiriano que, en un principio, albergó el hospital La Ibérica, una institución de beneficencia privada fundada por españoles inmigrantes, que se distinguió por ofrecer servicios hospitalarios gratuitos a la gente pobre de la península durante la primera mitad del siglo pasado.

Mientras camino en dirección al edificio donde se ubican ahora las oficinas de Pérez Sabido, imagino este lugar, cien años atrás, lleno de médicos vestidos de blanco con el estetoscopio al cuello, de jóvenes y discretas enfermeras con cofia y albos delantales al estilo de Florence Nightingale, de lánguidos enfermos a la espera de alguna cama libre. Pero eso es historia, ahora La Ibérica es un recinto cultural que, pese a lo descuidado que se encuentra, gracias a la delicada arquitectura francesa de sus pabellones y a sus verdeantes jardines poblados de árboles añejos, invita a la nostalgia y al recogimiento.

Nada más entrar a su oficina, Pérez Sabido me recibe con un efusivo abrazo. Es un hombre moreno, robusto, no muy alto, de cabellos lacios, nariz chata y frente amplia. Usa gruesos lentes bifocales y suele vestir de guayabera. Cálido, afable e intenso, Pérez Sabido es un yucateco de pura cepa, un tipo profundamente

enamorado de su tierra. Desde su posición como director de este sitio, acostumbra promover la música yucateca por todo el mundo. A él se le deben los famosos Jueves de Serenata en la plaza del barrio de Santa Lucía del Centro Histórico de Mérida, un evento que hoy forma parte de los atractivos turísticos de la capital yucateca. Él mismo, al cumplirse cincuenta años de la creación de este programa, declaró a la prensa que lo inventó «para preservar y difundir la música yucateca, porque estaba llegando la televisión y el bombardeo de otros géneros musicales, y que eligió el parque de Santa Lucía porque allá iban Guty Cárdenas y Chalín Cámara a cantar y ahí se escribió *Rayito de sol*». Y para reafirmar su amor por la música de su tierra, en 2005, ya lo he dicho antes, Luis publicó una biografía muy bien documentada sobre Augusto Cárdenas Pinelo que tituló *Guty Cárdenas. Su vida y sus canciones*. En este libro, a partir de la página noventa y siete pueden verse copias de una serie de documentos provenientes, en su mayoría, de los papeles familiares del compositor que fueron reunidos por doña María Pinelo Ituarte, a cuya muerte pasaron a Carmen Cárdenas Pinelo, quien a su vez los dejó en manos de sus hijos. Y son precisamente algunos originales de estos documentos los que Pérez Sabido ha ofrecido enseñarme durante esta visita, amén de platicarme algunas anécdotas sobre Cárdenas que pocos conocen.

Apenas tomo asiento frente a su escritorio, mi anfitrión, con el ánimo renovado, se arrellana en su sillón reclinable y comienza a hablar:

—Guty era un sagitariano de hueso colorado, con un odio profundo a los lugares cerrados, ambicioso, tenaz y de espíritu aventurero. ¿Qué cantante puede presumir haber grabado doscientos veinte fonogramas en tres años?

Toma aire y sigue adelante.

—Además, nada egoísta. Dio a conocer el trabajo de sus paisanos sin esperar nada a cambio. No lo embargaba ninguna clase de individualismo. Pepe Domínguez, Palmerín, Chispas Padrón…, de no ser por él, quizás hubieran pasado desapercibidos en el mundo de la trova. Guty tenía una visión musical espléndida, sabía exactamente hacia dónde quería ir. Ejecutaba, indistinta y magistralmente, lo mismo un tango que un son, un bambuco que una clave…

En ese instante lo interrumpo, aprovecho para hacerle una pregunta que me carcome desde hace varios meses:

—¿Por qué nunca se difundió su actuación en la Casa Blanca ante el presidente Hoover? ¿Qué hubiera pasado si su madre no lo hubiera contado a la revista *Oiga* en aquella entrevista?

Luis queda en silencio unos segundos. Su rostro, por primera vez, refleja hartazgo. Responde con voz firme:

—Todo mundo supo lo de su invitación a la Casa Blanca. Que yo sepa, nadie lo ha puesto en duda. No hay evidencia física, ni fotografías, porque en ese tiempo las invitaciones a la Casa Blanca eran privadas. No existía ese vulgar glamur que priva ahora en la farándula. Y por si no lo sabías, el traje de mariachi oscuro que usó esa noche fue diseñado exclusivamente para él. Es el mismo que portó cuando Alex Philips lo fotografió para la Paramount. Fue Guty, nada más y nada menos, quien puso de moda el traje de charro con pedrería, pegado al cuerpo, el mismo que adoptarían en el futuro los mariachis mexicanos.

—¿Lo acompañó su madre? —en un intento por regresar al tema hago la pregunta como al desgaire.

—Por supuesto. Fue con él, ella misma lo declaró. Aunque vivía en la capital, doña María siempre estuvo muy pegada al hijo, al pendiente de su carrera y, al morir éste, de sus regalías. Debo aclarar que doña María no era ninguna perita en dulce. Fue una mujer recia, de carácter fuerte, acostumbrada a que se hicieran las cosas como a ella se le antojaba. No hay que olvidar que dos veces se divorció del padre de Guty, con eso te digo todo. Yo la conocí. En 1958, cuando trajeron las cenizas del trovador a Mérida. Bueno, *conocerla*, como decimos los yucatecos, es un decir.

Luis hace una pausa, fija la mirada en el vacío, como si pretendiera recuperar alguna escena del disco duro de su memoria. Enseguida continúa:

—Yo era un estudiante, no había cumplido la mayoría de edad, pero esa imagen la tengo grabada en el cerebro. La vi bajar de un automóvil negro, en la esquina del restaurante El Louvre, con la urna mortuoria entre las manos. Iba rumbo a la catedral. Seria, elegante, el rostro duro. Era la viva imagen de la altivez. Alguien me dijo: es la madre de Guty Cárdenas, el músico que tanto admiras.

El timbre del teléfono obliga a Luis Pérez a detener su discurso. Levanta el auricular y se enfrasca en una acalorada discusión relativa a la presea que se le entregará esta noche a un cantante joven en el Museo de la Canción, institución a la que también pertenece. Lo escucho expresar su desacuerdo. No asistirá a la ceremonia, pero no deja de reconocer la valía del homenajeado.

Mientras tanto, paseo la vista por la oficina. De las paredes, donde seguramente alguna vez hubo crucifijos y cuadros religiosos para aliviar el alma y paliar la angustia de los enfermos, ahora cuelgan algunos de los diplomas y reconocimientos que le han sido otorgados a mi anfitrión a lo largo de sus más de setenta años de vida: la Medalla al Mérito Artístico, la Medalla Eligio Ancona, la Medalla Yucatán, la Medalla Guty Cárdenas… En un rincón puedo ver la partitura original de *Rayito de sol*. Más allá, la icónica fotografía de Cárdenas vestido de charro. Transcurridos unos minutos, cuando Luis cuelga el auricular, se pone de pie y me invita a pasar a la habitación donde se resguardan los documentos familiares del compositor. De un archivero extrae una especie de portafolio. Con sumo cuidado, acomoda su contenido encima de una mesa de trabajo.

Entonces, como si se tratase de inventariar los elementos de un tesoro recién descubierto, enumero y reviso a conciencia los documentos que considero valiosos para mi novela:

· El original de la carta que el director de los Laboratorios Picot le envió a Guty para invitarlo a componer la canción que serviría de tema a esta compañía.
· Un disco con dicha melodía.
· Un Cancionero Picot con la letra de la canción anterior.
· Unos papeles amarillentos con anotaciones de doña María Pinelo Ituarte referentes a las regalías de su hijo.
· El telegrama —breve, doloroso, escueto— que, al día siguiente del asesinato, envió a la Ciudad de México el padre de Guty a su hija Carmen Cárdenas de Sánchez: «Profundamente conmovido ruégote deposites un beso sobre la frente de Guty».
· Una tarjeta de presentación del compositor.
· Dos fotos del Ruiseñor yucateco acompañado del poeta

Antonio Mediz Bolio.

· Las partituras originales de algunas canciones de Cárdenas Pinelo.

· Fotos de Guty en diferentes ciudades: La Habana, Nueva York, Los Ángeles.

· El recorte de una esquela publicada con motivo del primer aniversario de su muerte.

· El catálogo de discos Columbia con la foto del trovador en la portada.

· La carta-permiso del gobierno de Yucatán para que Guty pudiera viajar a los Estados Unidos a estudiar inglés.

· El documento original de la delegación capitalina donde se reporta a Guty como «muerto en riña».

· Un ejemplar de la revista *Oiga* donde se da cuenta de la vida y obra de Cárdenas.

· Una boleta de calificaciones del compositor cuando estudiaba la primaria en la Escuela Modelo de la ciudad de Mérida.

Pero lo más valioso de este archivo, lo que verdaderamente llama mi atención es un trío de misivas escritas por el padre de Guty, dirigidas a su hija Carmen, donde vuelca todo su dolor y frustración por el asesinato del primogénito. He aquí algunos fragmentos:

6 de abril de 1932
Su alma de niño pasó por esta vida cantando como los ruiseñores… ¿Para quién hizo mal en la vida para que un villano y mil millones de veces maldito asesino cortase el hilo de su existencia?

11 de abril de 1932
Reflexionando hondamente sobre su vida lo que me conforta es la creencia de que fue una especie de adelantado que a nadie hizo mal y, desligado ya de las miserias humanas, vive feliz entre los resplandores de la vida futura.

14 de mayo de 1932
Mi muy querida hija:

Esta noche no duermo, son las doce, es noche de meditación, de pena, de recuerdos. Estoy volviendo del Peón Contreras. *Rayito de sol*,

Ojos tristes, *Nunca*, *Flor*, *Blanca rosa*, *El caminante del Mayab* tuvieron la culpa…

Pérez Sabido se excusa. Tiene que partir para atender otros asuntos. Antes de salir me abraza y dice que puedo volver las veces que me dé la gana, que le encantará aparecer en mi libro.

Ya estando solo, me dedico a leer con interés las cartas del padre. Pienso en su sufrimiento, en lo cierta que resulta aquella aseveración de que ningún padre debería tener que enterrar a un hijo. Y menos en circunstancias tan aciagas. Reflexiono también en cuánto debió haberle pesado a don Augusto no haber acudido al sepelio de Guty, aunque, a decir verdad, hacerlo le hubiera significado arribar diez días después. En aquel tiempo, para llegar a la capital desde Mérida, había que tomar un barco que salía de Puerto Progreso, navegar hasta Veracruz y, de allí, subirse al tren que iba a la capital. Una verdadera odisea. Eran otras épocas: la península era una isla.

En este cuarto de altos techos sostenidos por pesadas vigas de madera, donde el runrún del aire acondicionado me adormece, mientras releo esta correspondencia ajena que ahora pertenece a la historia, recuerdo de pronto a mi padre que ha caído de nuevo en una depresión aguda por la que han debido hospitalizarlo. A él, sin duda, debemos mi hermano y yo el gusto por la guitarra y la música yucateca, una pasión que trató de inculcarnos porque, al igual que Luis Pérez Sabido, cree que la afición por esta música, más allá de folclorismos, debe fomentarse con orgullo. Por eso nunca faltó un trío en sus festejos. Tenía en su agenda una nómina de trovadores a la que acudía cada vez que daba fiesta en casa. Más de una vez, siendo niño, me quedé dormido hasta tarde, escuchando desde mi hamaca aquellos versos de pájaros azules, bocas de púrpura encendida y amores desdeñosos que, colándose por los entresijos de las ventanas de mi cuarto, musicalizaban mis sueños. Lo triste es que hoy, muchos años después, a papá ni siquiera estos recuerdos lo emocionan. Se pasa la mayor parte del día dormido, dopado por los tranquilizantes que le recetan, hablando algo entre dientes, sobreviviendo día tras día al avance de la vejez, revolcándose entre las sábanas de esa cama de hospital de lujo donde, dice, «prefiere permanecer para estar preparado en caso de cualquier emergencia»,

sin hacer caso a los consejos de mi madre que no se cansa de advertirle que la muerte llega, no cuando uno quiere, sino cuando menos se le espera.

Horas más tarde salgo del lugar. El cielo se ha oscurecido. El fugaz estallido de un relámpago, seguido del bramar de un trueno, anuncia un aguacero. Acelero el paso, los primeros goterones caen sobre mis hombros. Últimamente, en esta ciudad de sol, los chubascos vespertinos se han vuelto una constante, el ambiente se ha vuelto más húmedo y caluroso, ideal para el desarrollo de enfermedades tropicales importadas del continente negro. Ahora mismo hay en Mérida una epidemia de la fiebre chikungunya, un padecimiento nuevo en América transmitido por el mismo tipo de mosquito que propaga el dengue. Se llama así porque en el idioma africano makonde, *chikungunya* significa «doblarse» y los enfermos se encorvan por el intenso dolor que este mal produce en las articulaciones.

Cuando por fin llego al auto, la lluvia se ha desatado con fuerza. Entro con rapidez y el golpeteo del agua sobre el techo es tan fuerte que lastima los oídos. Estoy empapado. Enciendo la radio y busco en el cuadrante la señal de Radio Universidad. A esta hora dan *Imágenes musicales*, una revista musical conducida por don Roberto MacSwiney Salgado, un guanajuatense, ya mayor, enamorado de la trova, avecindado en Yucatán desde hace años, al que escucho de vez en cuando. Las casualidades son asombrosas. Hoy el programa se lo dedica don Roberto a Guty Cárdenas. Se cumple un año más de su asesinato. La canción que abre la revista musical es *La República en España*, el mítico corrido que pudo haber ocasionado la muerte del trovador:

1ª Parte

A contarles vengo la última noticia
que en el mundo entero la atención merece:
hoy la vieja España es republicana
y ya no es monarca don Alfonso XIII.

Después del gran triunfo de las elecciones
y por el camino de la acción civil,
los republicanos, que ya eran legiones,
tumbaron el trono el 14 de abril.

¡España, España, tu valentía
la monarquía ya destruyó;
España, España, tu vieja historia
tiene otra gloria por tu valor!

Sin haber desorden, sin algarabía,
cuando en el destino se llegó la hora,
en la paz completa a la Monarquía
derrotó con votos Alcalá-Zamora.
Cuando la derrota era irremediable
dicen que el Monarca dijo a Romanones:
«La paz de la Patria es lo indispensable,
me voy al destierro con mis tradiciones».

Y gallardamente se fue don Alfonso
aceptando el fallo de la democracia,
y por toda España se cantó un responso
por los funerales de la aristocracia.

Al subir a bordo oyó en una barca
a un grupo de obreros gritando con saña:
«¡Muera Alfonso XIII, abajo el monarca!»,
y el rey destronado dijo: «¡Viva España!».

España resurge, otra vez despierta
a la realidad que impone la historia.
España renace, España está alerta
y de nuevo marcha en pos de la gloria.

2ª Parte
Y al partir con rumbo hacia el extranjero
le dejó a su pueblo una alocución.
Fue una despedida, un adiós postrero,
pero nada dijo de la abdicación.

¡España, España, tu valentía
la monarquía ya destruyó;
España, España, tu vieja historia
tiene otra gloria por tu valor!
En un tren expreso la reina Victoria
salió con sus hijos para la frontera.

Por un accidente en la trayectoria
llegaron a Francia viajando en tercera.

Y Madrid, vestido ya de primavera,
vio flotar airosa en La Castellana
y sobre el Palacio, en España entera,
la nueva bandera, la republicana.

Se instaló el gobierno y el primer decreto
puso a toda España bajo ley marcial,
luego en su programa dijo don Niceto
que habrá una asamblea constitucional.

América espera que de nuevo brote
con la rebeldía, sin dificultad,
la justicia hidalga del buen Don Quijote,
el perdón sereno y la libertad.

29

HOLLYWOOD, CALIFORNIA

Noviembre de 1930
Antes de las doce del día, en medio de una oscuridad casi total, Guty abre los ojos; se despereza y busca a tientas el vaso de jugo de naranja y el sobre de sal de uvas Picot que la camarera, atendiendo a sus indicaciones, acostumbra dejarle cada mañana sobre el buró. A pesar de que las gruesas cortinas de fieltro están corridas por completo, un tímido rayo de sol alcanza a colarse por un resquicio del ventanal. Con mucha dificultad, el trovador se levanta para dirigirse al cuarto de baño. Sus pies descalzos reciben gozosos la frialdad del mármol. El baño —amplio, cómodo, lujoso, como todo en esta *suite* del Lido que le han asignado para su temporada en el Million Dollar Theatre—, es el único sitio donde se encuentra a gusto cuando despierta y las brumas del ron y la champaña se resisten a abandonar su cuerpo. Observa su rostro en el espejo y cae en la cuenta de que, a pesar de la fortaleza de sus veinticinco años, las trasnochadas comienzan a hacer estragos en su semblante: unas ojeras azulosas se le han empezado a formar alrededor de los ojos, leves arrugas comienzan a mapear su frente.

Han pasado tres años y ya no es la misma persona que debutó en el teatro Lírico de la Ciudad de México. Atrás quedó la bucólica imagen del joven provinciano que llegó con su guitarra a conquistar la capital. Ahora se ha convertido en un mito. Hace un mohín, ensaya una sonrisa amplia y la visión de sus dientes disparejos lo obliga a pensar que quizá debería seguir el consejo que le dio aquel director de cine respecto al arreglo de su dentadura. Pero mientras se decide, procurará, como siempre, evitar sonreír al posar ante las cámaras. Ni siquiera cuando el famoso fotógrafo Luis Márquez se lo pidió, aceptó ensayar una sonrisa. Serio, muy serio, vestido de

charro, la lira en las manos, su sombra proyectada contra la pared del fondo, saldría en aquellas imágenes que ya han empezado a darle la vuelta al mundo.

Abre la llave de agua caliente y la deja correr un buen rato para llenar la tina hasta los bordes. Luego se sumerge y comienza a sentir cómo el líquido hirviente lo relaja y revitaliza. Poco a poco, las energías regresan a su cuerpo.

Ayer, al finalizar la última de sus presentaciones, Felipe Valdés lo había invitado al restaurante Los Monitos, lugar concurrido por los bohemios de Hollywood, a festejar la exitosa temporada de *La fiesta de las artes*. Al calor de las copas, como es natural, aparecieron las guitarras y la reunión se prolongó hasta la salida del sol. Quizá debió de haberse retirado antes, estaba muy cansado, pero no iba a hacerle un desaire a Felipe, director artístico de la Columbia en esta ciudad, autor de la bellísima canción *Tú, sólo tú* que tanto le gustaba. Por otro lado, ¿por qué no celebrar? *La fiesta de las artes*, ese desfile de estrellas encabezadas por él, había resultado ser todo un éxito. The Million Dollar Theatre, a decir de Sid Grauaman, su extravagante propietario, nunca había tenido llenos tan seguidos; noche tras noche la gente abarrotaba aquel recinto de ornamentación churrigueresca, cuya decoración a base de estampados, columnas y medallones de terracota, a él nunca le había agradado. Nada tenía que ver con la elegancia del teatro Peón Contreras de su querida Mérida, ni con la sobriedad del teatro Toro de Campeche.

Pero eso era lo de menos: las dos últimas semanas, el Million Dollar había estado a reventar. Y todo gracias a él, a Augusto Cárdenas Pinelo, «el Mago de la Canción Vernácula», «la Glorificación de la Canción Mexicana», «el Insigne Compositor Vernáculo», como ridícula y pomposamente lo presentaba la prensa hollywoodense. ¿De dónde sacarían los periodistas de esta ciudad tanta extravagancia? Cada vez que tomaba el periódico en sus manos y leía las reseñas que hablaban de su espectáculo, se daba cuenta de que también tenía a los californianos comiendo de su mano. Con sólo recordar las ovaciones que le brindó el público hace unas cuantas horas, se emociona. Anoche, antes de retirarse del escenario tuvo que regresar tres veces a dar las gracias a la gente que no se cansaba de vitorearlo. Y si hubiera accedido a tomar de

nuevo a la Negra entre sus brazos para regalarles otra canción, la fiesta hubiera sido interminable.

Unos golpes en la puerta interrumpen sus reflexiones. Sale de la tina, se pone una bata de algodón y se encamina a acechar por la mirilla. Es el mayordomo con el desayuno: huevos con tocino, panqueques con miel de maple, manzanas *red delicious*, café americano y zumo de toronjas de la Florida. Antes de abrirle se dirige al ventanal para dejar que el sol de California bañe por completo el apartamento. Hace un día espléndido, cálido, luminoso. La claridad y el azul del cielo le recuerdan, por momentos, los colores de su tierra. Sólo que aquí todo es seco, desértico: un oasis construido a la fuerza en medio de la nada.

Más tarde, aunque sabe que podría perjudicarle la garganta, busca un cigarro en los bolsillos de su traje. Le gusta fumar un buen rubio de vez en cuando, disfrutar del sabor del tabaco al inundar sus papilas, sobre todo cuando recién acaba de comer, como ahora. En tanto saborea el cigarrillo se acerca a la ventana y observa desde el tercer piso a la gente que avanza aprisa por las avenidas de esta urbe moderna, tan americana, salpicada de palmeras. Las melenas verdosas de estos gigantes tropicales lo remiten al litoral yucateco y le recuerdan que debe unas líneas a su madre. Prometió que escribiría para contarle los pormenores de su temporada en Hollywood, pero a falta de tiempo, máxime ahora, cuando lo esperan para firmar un nuevo contrato que le hará continuar su temporada aquí mismo, pero en el teatro México, un telegrama surgido del corazón, unas líneas que expresen todo su afecto podrían remplazar momentáneamente la misiva. «A pesar de la distancia estaré contigo para darte un cariñoso abrazo». Así lo enviará.

Sorbe un trago del jugo de toronja y sonríe: apenas va a cumplir veinticinco y ya es una leyenda. Nadie en todo el mundo, salvo el gran Carlos Gardel, vende más discos en español que él.

30

PERSEVERANCIA

Para el escritor inglés Adam Thirlwell, «toda novela es una pequeña réplica del universo, y su novedad dependerá de la peculiar exageración que se le imponga a su tamaño en miniatura». Así lo explica en un artículo aparecido en la revista *Letras Libres*, en un número dedicado a analizar el futuro de la novela. Al llegar al capítulo treinta de esta historia me asalta un centenar de dudas. Me pregunto si lo que aquí expongo cumple con este precepto, si el tema que he elegido tendrá la fuerza suficiente como para interesar a los lectores o atraer la atención de algún editor importante. De vez en cuando vuelven a mi cabeza las interrogantes que me hiciera el poeta Eduardo Antonio Urcelay al inicio de la odisea: «¿De veras vas a entrarle a eso? ¿A quién carajos puede interesar en esta época la vida de un puto como Guty?». Acaso Urcelay tenga razón y este trabajo no sea más que una secuencia dispersa de ideas, un capricho de autor, un pretexto para descansar del cuento e incursionar en el complicado universo narrativo de la novela, pero no tengo la intención de abandonarlo. Me anima el comentario que, vía telefónica, recién recibí de Andrés E. Marín, la única persona que ha leído hasta ahora el manuscrito:

«Me atrapó, creo que es lo más sincero que has hecho». Así que tomando en cuenta el juicio de Andrés E. Marín (una opinión que me favorece, por supuesto), y dado que en la narrativa del nuevo siglo hay una tendencia cada vez más poderosa a borrar las diferencias entre la ficción y aquello que no lo es, escribo este capítulo un tanto desilusionado: se acerca el fin de año y recién acaban de fallar varios premios en los que inscribí mis trabajos y ninguno me favoreció. Varios días estuve al pendiente del teléfono y del correo electrónico pensando, vanamente, que por alguna razón

los organizadores de los certámenes no habían dado conmigo. Y aunque suelo ser el primero en decir a mis alumnos que la literatura no es una contienda de cien metros planos sino una carrera maratónica donde sólo los perseverantes cruzan la meta, en ocasiones como ésta no puedo evitar sentirme un imbécil, un *loser*, como llaman mis hijos a los fracasados.

Resulta vano, sin embargo, fingir que no me doy cuenta de lo fútil de mi depresión, pues al tiempo que narro este capítulo que tiene que ver con mi anhelo del éxito, ha habido una serie de atentados terroristas en París. El mal llamado Estado Islámico, ese grupúsculo de fanáticos que domina parte de Siria, ha reivindicado el numerito una vez más. Montones de personas han muerto mientras bailaban, comían en una *brasserie* o simplemente caminaban por las calles de la Ciudad Luz. Moscú, Líbano, Turquía, Nueva York…, en este nuevo siglo, ninguna región parece estar a salvo del terrorismo. Y mientras miles se preocupan por huir del estallido de las bombas o atravesar fronteras subrepticiamente para llegar sanos y salvos a otro país que no es el suyo, yo escribo.

¿Por qué escribo? Escribo para reafirmar mi pertenencia a este mundo, para sentir que mi vida tiene sentido. Mientras estoy escribiendo alguna historia me siento satisfecho. El proceso puede durar varios días, incluso semanas, pero al terminar, vuelvo a sentirme vulnerable y regreso a la urgencia del principio. Mis relatos surgen de la cotidianidad, de las relaciones de pareja, del horror al tedio, de ese mensaje universal que es el sexo, de situaciones anómalas dentro de vidas aparentemente tranquilas.

Por supuesto que estos tiempos de guerra y fanatismo facilitan las cosas. Nunca, como ahora, el ser humano había vivido con tanta zozobra: cautivo de su propio egoísmo, en el afán de satisfacer su necesidad de permanencia en el planeta, el hombre continúa apostándole al exterminio de su entorno y sus semejantes para sentirse protegido, sin darse cuenta de que está cada vez más solo.

31

LA ÚLTIMA NOCHE DE GUTY EN LA HABANA

A principios de noviembre de 1931, unos meses antes de su muerte, Guty se fue de juerga en La Habana con el poeta cubano Nicolás Guillén y otros artistas antillanos. Esa tarde, que empezó en el restaurante La Zaragozana y terminó «en un bar de puerto, lleno de marineros y de gente alegre, con la cara oscura de sal y de sol», y en la que el yucateco estuvo a punto de perder el vapor que lo llevaría al Puerto de Veracruz, ha quedado documentada por la pluma de Guillén en un espléndido texto publicado en la revista *Orbe*, titulado «La última noche de Guty en la Habana». Entonces Nicolás Guillén tenía apenas 29 años, pero ya había dado a conocer sus célebres poemarios *Motivos del son* y *Sóngoro cosongo*, por lo que ya era considerado una celebridad en su país. Guty venía de Hollywood y Nueva York, y estaba de paso en la capital de la más grande de las islas Antillanas porque algún empresario lo había invitado a cantar unas noches ante el público de esa ciudad. Con el correr del tiempo, la crónica de prosa rítmica y fluida que el Poeta Nacional de Cuba redactó en memoria de Cárdenas al enterarse de su muerte, se convertiría en uno de los más hermosos homenajes realizados al compositor. Reproduzco algunos de sus pasajes más significativos:

> Le conocimos entonces y fuimos compañeros de él durante unas horas. Unas horas de arte, de vértigo que nacieron en un café entre copas rápidas, y que terminaron —también entre copas— por la madrugada, en el muelle, al pie del barco en que él iba a dar su viaje último.
>
> Pequeño, nervioso, sonriente, aquel muchacho tenía siempre la mano abierta para el recién llegado. Todavía con la sal del Atlántico amargándole la boca, nos abrazamos como antiguos compañeros, sin más trámite que el de la presentación. La de los artistas es un alma a

flor de piel, desbordante, cálida, que acoge o rechaza sin trabas, en una ruda simplicidad. Y Guty era un artista.

Las horas que Guty estuvo en La Habana fueron realmente una anticipación cordial de su México próximo.

Cuando llegamos hasta él… ya brillaba alrededor del cantante, distribuida entre las mesas de La Zaragozana, toda una «corte de honor». Un coronel mexicano. Un comandante. Un capitán…

—A ver —gritó Guty enseguida—. Una copa más para este compañero… ¿Bacardí?

Nosotros aceptamos, entre la nube de una sonrisa:

—Sí… Bacardí…

Por lo demás, aquellos magníficos compatriotas del compositor yucateco, admiradores de su guitarra y de su voz, no le dejaron verdaderamente un minuto libre… Todos le acolchaban el tiempo para que no lo sintiera, disputándonos a los cubanos el derecho a la gentileza. Todos le abrazaban por turno, implacablemente. Todos se llenaban la boca de orgullo para nombrar a su paisano.

Al cabo, alguien recordó que estábamos convidados a comer. ¿Dónde era la comida? También en casa de unos compatriotas, o mejor dicho, de una señora mexicana casada con un español que ama mucho a México y para quien la llegada de Guty constituía un acontecimiento nacional. Era en la calle Cárdenas, y hacia allá partimos todos, envueltos en esa nube rosa que es la primera etapa de la embriaguez…

Bien pronto surgió una guitarra. Pobre guitarra de pueblo, de cuerdas menos obedientes que las de la Pancha del trovador. Cuando éste la domó castigándola a su gusto, cuando anunció con un gesto autoritario que iba a cantar, se hizo un silencio emocionado y sonriente. ¿Qué iba a cantar Guty? Cosas de México, seguramente. *Ojos lindos,* acaso, *Rayito de sol,* quizá. Pero no: aquellas manos rasgaban la guitarra en una forma demasiado conocida para los cubanos, e iban moldeando una armonía nuestra. Al fin cantó:

Anagüeriero boncó
subuso encanima illamba,
abacuá efó;
encruco ubonecue
abacuá efó

Fue una interpretación justa, viva, cálida, del ya olvidado motivo afro. ¡Guty era, también, cubano!

…

¿Cuándo iba a terminar aquello? Y sobre todo, ¿cómo iba a

terminar? Hacia las dos de la madrugada, alguien creyó prudente recordar a Guty la necesidad de volver al barco:

—¡Que pierdes el barco y que te quedas, compañero!

—¡Qué barcos ni qué cosas, amigos! Yo me quedo en la Habana y que se lleven mi Pancha…

Costó trabajo convencerlo. Ya en el muelle, divisamos un bar. Bar de puerto, lleno de marineros y de gente alegre, con la cara oscura de sal y de sol. ¿No estaba ya listo todo? ¿No era ya cuestión de decirnos adiós con los ojos cansados y el espíritu turbio? Pues no, señor. Había que tomar «la penúltima», la que de verdad era para despedirnos…

Le vimos saltar al vapor y perderse en él con la mano en alto, con la sonrisa como una flor, diciéndonos adiós y prometiéndonos regresar muy pronto. Pero aquel adiós y la sonrisa aquella no iban a volver jamás.

32

CARTA DESDE VERACRUZ

Veracruz, a 9 de noviembre de 1931
Querida mamá:

Antes que nada, recibe un abrazo y un beso de este tu hijo que te quiere tanto. Escribo estas breves líneas desde mi cuarto en el hotel Imperial de Veracruz, todavía con la emoción de haber conocido en el barco a la genial Esperanza Iris, «la Tiple de Hierro».

Te confieso, madre, que desde el momento en que supe que «la Emperatriz de la Gracia» era mi compañera de viaje, deseé toparme con ella. No recuerdo si te lo había dicho antes, pero de Esperanza he guardado siempre una imagen idílica. Recuerdo que siendo todavía un niño, algunas tardes, tú y Balita, mientras daban cuenta en la terraza de aquellos humeantes tazones de chocolate acompañados de pan bueno, solían conversar largamente de las exitosas presentaciones de la famosa tiple en el teatro Peón Contreras. Y aunque en ese momento los nombres de *La viuda alegre*, *El conde de Luxemburgo* o *La princesa del dólar* no significaban nada para mí, oyéndolas platicar a ustedes imaginaba a la artista como una especie de maga que tenía la facultad de transformarse en el escenario y hechizar al público con su increíble voz y su gran capacidad histriónica.

Debo decirte que, aunque Esperanza ya no es tan joven (ha de tener unos cuarenta y tantos, unos años menos que tú), el ánimo con el que conversa le da un aire de juventud capaz de dejar con la boca abierta a cualquiera. Y no es para menos. Aparte de Esperanza, no conozco en Latinoamérica a otra cantante que, después de tanto tiempo de carrera, siga causando tanta expectativa en sus presentaciones. En Cuba, según ella misma me ha contado, tuvo que alargar su temporada. Y de no ser porque tenía un compromiso en

México, se hubiera quedado un par de semanas más allá.

Pero lo que más me admira de mi nueva amiga no es tanto su valor como cantante (y vaya que es digno de respeto), sino la entereza y fuerza que tuvo para construir su propio teatro en la capital, cuando ni siquiera había cumplido treinta años. «Todo con tal de independizarme y no tener que rendirle cuentas a nadie», me confesó.

Creo, madre, que los artistas jóvenes tendríamos mucho que aprenderle a Esperanza Iris. Así se lo dije cuando por fin nos presentaron en la cubierta del barco. Era apenas el segundo día de viaje y yo, que aún no me había repuesto de tanta trasnochada en La Habana, deslumbrado por el magnetismo de la tabasqueña, lo único que acerté a decirle fue: «Esperanza, ¡cómo se parece usted a mi madre!». ¿Puedes creerlo? No quiero mentirte, pero ella y tú son como dos gotas de agua. La misma fuerza, una profundidad similar en la mirada, el tono de voz parecido… A partir de ese momento, una mutua simpatía y amistad comenzó a gestarse entre nosotros y ya no volvimos a separarnos durante el resto de la travesía. Por supuesto que ella sabía muy bien quién era yo. «El joven yucateco que está triunfando en las tardeadas de mi teatro», me dijo, sonriente, mientras tomaba con suavidad una de mis manos. Y yo, sin poder disimular mi sonrojo, le dije lo feliz que me hacía conocerla y cuántas veces había escuchado hablar de sus operetas en casa. Ya le conté de ti, de Balita y de mi mujer. Es mi deseo que una vez que termine algunos compromisos de grabación que tengo pendientes, invitemos a Esperanza a comer un guiso yucateco en casa: un buen frijol con puerco, el queso relleno como sólo lo sabe hacer mi abuela, un puchero de tres carnes cocinado como Dios manda, qué sé yo. Quiero que tú, ella y Anita se conozcan. Verán lo buena persona que es.

Bueno, madre, salgo para México en cinco días. Debo quedarme en Veracruz ya que he sido invitado a presentarme en el teatro Principal.

Apenas tenga la fecha exacta de mi partida te mando un telegrama.

Te abraza cariñosamente,

Guty

33

LA ACREDITADA CASA MARTÍN

Crecí escuchando a mi padre hablar con orgullo del pasado glorioso de la Casa Martín. Cada vez que pasábamos en su automóvil frente a la vieja casona ubicada en el número 466 de la calle 62, papá bajaba la velocidad del Chevelle dorado, apuntaba con el índice los enormes ventanales de la casona y decía: allí vivió mi abuelo Rudesindo, el primero en traer los fonógrafos a Mérida, el primero en distribuir los discos Columbia en la península. Enseguida se ponía a cantar un estribillo (del cual nunca había entendido a ciencia cierta la letra) que finalizaba con la frase «la acreditada Casa Martín». Su rostro, en esos momentos, adquiría una apacible expresión de felicidad que le duraba varios minutos.

Con el paso del tiempo, me di cuenta de que aquella jactancia tenía su origen en algo mucho más profundo que una simple remembranza familiar. Para mi padre, que siempre le dio pavor no llegar a ser *alguien*, la existencia de la Casa Martín era la prueba fehaciente de que, alguna vez, la familia tuvo un negocio próspero que influyó directamente en el desarrollo de la ciudad donde nació.

Para mala fortuna, todo se perdió por causa de la inmadurez de los hijos del bisabuelo —mi abuelo y sus hermanos—, cuando al morir su padre, en vez de seguir cuidando del negocio, se dedicaron a derrochar la fortuna conseguida a lo largo de décadas. Del tío Enrique, el mayor, se cuenta que además de viajar infinidad de veces a La Habana, financió por completo los carros alegóricos y los trajes de fantasía de las comparsas de su novia en turno que anhelaba llegar a ser la reina del carnaval. Al cabo, los acreedores les quitaron todo: casa y negocio. Y cada hijo tuvo que ingeniárselas para sobrevivir de la mejor manera posible.

Escribo esto en tanto observo dormir a mi padre en su cama de

hospital. Esta tarde me toca cuidarlo para que mi madre tenga unas cuantas horas de libertad y pueda irse a comer algo decente o darse un buen baño. Según los médicos, pronto lo darán de alta. Falta de sodio, han dicho. Algo extremadamente raro, pero de consecuencias fatales en la gente mayor.

Mientras escucho su respiración acompasada y dejo correr mis dedos sobre el teclado, caigo en la cuenta de que la casa donde creció Guty Cárdenas quedaba a sólo unos pasos de la Casa Martín. Hago números: Guty nació en 1905; el auge del almacén de mi bisabuelo se dio entre 1890 y 1920. Estoy seguro de que Guty, siendo niño, tuvo que haber pasado infinidad de veces ante sus puertas. Me lo imagino deteniéndose frente a los gramófonos para escuchar, azorado, las óperas y las zarzuelas que emanaban de los discos de moda, sin imaginar que, años más tarde, serían sus canciones las que oiría la gente.

El timbre del Nokia me desconcentra. Abandono la escritura y salgo de la habitación para contestar. Es mi mujer. Pregunta por la salud de mi padre.

—Yo lo veo igual —le digo—, me da la impresión de que en este hospital sólo nos están bajando el dinero.

Ella, como siempre, me reprende, me pide que deje de ser tan escéptico. Me pasa a los niños. Los dos mandan besos para el abuelo.

Al colgar regreso al cuarto y abro de nuevo la computadora. Reviso un correo electrónico que acaba de enviarme mi hermano Enrique y encuentro, con sorpresa, que se trata del estribillo completo de la Casa Martín. Desde que comencé a escribir este capítulo supuse que el único que podía recordarlo era él. Y no me equivoqué:

> Las novedades que el mundo goza
> las reproduce discos Columbia,
> que distribuye en todo el sureste
> la acreditada Casa Martín.

Adjunto al mensaje, Enrique ha pegado la imagen de un viejo anuncio del periódico que reproduzco en su totalidad:

FONÓGRAFOS Y GRAMÓFONOS

En esta casa encontraréis constantemente los fonógrafos Edison de todos los tamaños. Repertorio de piezas, las más selectas al gusto más exigente. *Lindas mexicanas*, *El Estado mayor* y *Zapadores*. Cantos populares. Discos con acompañamiento de guitarra. Zarzuelas de todas clases. Selecciones cubanas de lo más selecto. Óperas, las hay alemanas, italianas y francesas por renombrados cantantes. Pero si no les satisface el fonógrafo, tenéis los afamados gramófonos Siglo XX, superiores a cualquier máquina. Las hay pequeñas, que con estas máquinas podéis economizar una orquesta para el día de su Santo. También tenéis aquí las máquinas de disco, de precios los más bajos en plaza. Bicicletas Rambler y sus repuestos. Si tenéis descompuestas vuestras bicicletas, aquí encontraréis operarios prácticos para su compostura.

Calle 62, número 466
Rudesindo Martín
Mérida, Yucatán, México

¡Así que con ese raro argot publicitario y una foto de la familia posando en medio de fonógrafos y bicicletas anunciaba mi bisabuelo Rudesindo su almacén a principios del siglo pasado! Reviso con detalle la fotografía y trato de encontrarme en el rostro de alguno de los que aparecen en la imagen, pero no logro identificarme. La estampa está demasiado borrosa como para hallar semejanzas.

Justo en ese momento mi padre abre los ojos. Sale de un sueño opresivo provocado por los barbitúricos. Pide agua. Le acerco un vaso que bebe con avidez. Algo del líquido le resbala por la comisura de los labios manchando su bata de color azul cielo. Lo veo consciente y le pregunto si se siente mejor. Asiente con la cabeza y me cuenta, entre balbuceos, que estuvo soñando. Era niño otra vez y trepaba a la enorme mata de mango del patio de su casa de infancia. Desde las alturas, podía observar toda la ciudad y sentir la fuerza del viento en la cara. Lo miro empequeñecido, frágil. El bigote, que normalmente mantiene oscuro con ayuda de tintes, luce entrecano, blancuzco. Desde que entró al hospital no ha podido pintárselo. En sus mejillas flácidas, la sombra de una barba de varios días sin rasurar. La imagen me remonta a la época en que él se afeitaba a conciencia con una maquinilla de níquel Gillete de

hoja intercambiable y doble filo. Cada mañana, mientras nosotros nos preparábamos para ir a la escuela, papá se ponía de pie frente al espejo y, luego de cubrirse las mejillas y el mentón con abundante espuma artificial, se afeitaba a contrapelo hasta sentir que su piel había quedado totalmente lisa. Al terminar se vestía con su bata blanca y tomaba el desayuno con nosotros oliendo fuertemente a Old Spice. «Un dentista tiene que lucir impecable ante sus pacientes», decía. Imagino lo mal que se sentiría si alguno de sus antiguos pacientes lo mirase ahora. Lo veo revolverse en la cama y mover las piernas.

—Papá, ¿estás bien?

—¿Y tu mamá? —me responde con un tono de angustia en la voz.

—Ahora vuelve, fue a bañarse, ¿necesitas algo?

—Es que tengo ganas de orinar…

Salgo del cuarto y llamo a la enfermera. En un hospital como éste, donde cobran más que un hotel de lujo por día, ni mi padre ni yo tenemos por qué pasar por una situación incómoda. Voy por un café.

Cuando regreso, lo encuentro dormitando con la boca abierta. Trato de no hacer ruido al tomar asiento, pero es inevitable que despierte. De nuevo me pregunta por mi madre. No puede pasar mucho tiempo lejos de ella. Sobre todo ahora que se siente tan desvalido. Él, estoy seguro, intuye que las cosas no van bien, que en cualquier momento puede morir. Y morir sin la presencia de su mujer es una de las peores cosas que le podrían suceder. Me acerco y le digo que mamá debe llegar en cualquier momento, le cuento que sus nietos le mandan besos y abrazos. El rostro se le ilumina. Tengo la impresión de que los quiere más a ellos que a mí. Les ha dedicado más tiempo. Y no me molesta. En mi caso, el único recuerdo que tengo de mi abuelo paterno tiene que ver con su desmedida afición por la bebida. Solía llevar, en el bolsillo derecho de su flus, una chatita de un ron habanero bautizado con el extravagante nombre de Pizá Araña. Las pocas veces que venía a visitarnos, se llevaba de cuando en cuando la botella a la boca y se relamía los labios para que no se le escapase ni una sola gota. Mis hijos, por fortuna, tendrán una imagen muy diferente de su abuelo. Entonces, al verlo tan indefenso, siento muchas ganas de abrazarlo,

de decirle cuánto lo quiero, pero no me atrevo. Nunca he sido muy efusivo con él. A lo más que he llegado es a saludarlo con un beso en la mejilla cuando hemos pasado mucho tiempo sin vernos. Y en mi búsqueda por romper el silencio y alegrar el momento, le pregunto si acaso recuerda el estribillo de la acreditada Casa Martín.

—¿La canción? —responde con extrañeza—, ¿cómo crees que no me voy a acordar?

Toma aire y comienza a tararear. La melodía brota con dificultad de su garganta. Hago un esfuerzo para no llorar.

34
XEW RADIO

15 de febrero de 1932

—¡Esta noche pasará a la historia!

Guty pronuncia las palabras en voz alta, el corazón agitado, la mirada puesta en los ojos oscuros de Ana María Fernández, su compañera de canto. Acaban de finalizar la interpretación de *Yucalpetén* ante los micrófonos de XEW Radio y ya comienzan a llover felicitaciones. Desde que dio inicio el programa, el timbre del teléfono no ha dejado de sonar. En el claustrofóbico ambiente de esta cabina, aún permean las armonías mayenses de la canción: *¡Yucalpetén, Yucalpetén!,/ Todo se fue, todo acabó…*

¡Más de doscientas llamadas, carajo! Todavía le cuesta trabajo creerlo. Necesita con urgencia un trago: una cerveza fría, un caballito de tequila, un vaso de ron. Le urge brindar por el éxito, por el futuro. Apenas salga de aquí correrá al Salón Bach a refrescarse la garganta y a comer algo. Lo que está ocurriendo le parece, en verdad, increíble.

Ahora el locutor, que ya se ha despedido del público, deja su asiento y se acerca emocionado a felicitarlo:

—Gracias, muchas gracias, Guty Cárdenas. En la historia de *Caresse* ésta será, sin duda, una de las transmisiones más recordadas.

Lo abraza, le palmea la espalda. Guty sonríe, suelta a la Negra y corresponde el abrazo, el palmeo del cuerpo. Habla algo de las dificultades que tuvo para encontrar el ritmo que se adecuara a la melancolía de los poemas de Antonio Mediz Bolio. No dice, por supuesto, que al principio dudaba del proyecto del poeta; tampoco confiesa cuánto le costó creer al escritor cuando decía que «juntos iban a crear un nuevo estilo de canción mexicana», una «sinfonía

seductora que no podía ser ignorada por el gran público»; mucho menos cuenta cuánto debió esforzarse para musicalizar aquellos versos hasta que estuvieron al gusto de su autor. Ciertamente, gracias a la insistencia de su paisano, había creado un ritmo nuevo, ajeno a los bambucos, boleros y claves que solía componer, y a los que su público se había acostumbrado. Pero estaba visto que la mezcla de aquellos versos con los vestigios auténticos de la canción maya había dado un resultado prodigioso. Los radioescuchas quedaron encantados. Ahora se dedicaría con ahínco a concluir el proyecto que Mediz Bolio tenía en mente.

—Tú y yo podemos componer un estilo de canción muy nuestra, que tenga el aliento de nuestra tierra —le había dicho el poeta cuando se conocieron, y en ese mismo momento, en una arrugada hoja de papel, le entregó unos versos garabateados para que los musicalizara. Y aunque en un principio no lo cautivaron, más tarde, obedeciendo las indicaciones que el otro le daba, decidió olvidar sus reticencias y aplicarse. Fue entonces cuando logró obtener con su guitarra las armonías mayenses que esta noche había estrenado con tanto éxito: *¡Yucalpetén, Yucalpetén!,/ Todo se fue, todo acabó*…

Junto con Mediz Bolio había inaugurado, tal vez sin proponérselo, un nuevo género en la canción mexicana, un modelo nutrido por profundas raíces indígenas.

Esto no significaba que abandonaría su estilo de siempre. Esta noche, por ejemplo, aunque inició y finalizó el programa con *Yucalpetén,* también había interpretado en solitario el bambuco *Mi canción quisiera* y el bolero *A qué negar*. Cantó también, al alimón con Ana María Fernández (la «incomparable cancionera de estilo único», como solían nombrarla en la radio), sus ya clásicas *Nunca* y *Flor,* para luego terminar con la deliciosa guaracha de *Chan Cil, Cooten box,* que Anita, con esa finura de voz que la caracterizaba, cantó en maya y en español.

Así que mientras se despide de todos y se encamina a la calle para dirigirse a la cantina, supone que Mediz Bolio ya debe estar enterado de lo exitoso que resultó el estreno de la pieza. El poeta le había asegurado que escucharía el programa en la radio, aprovechando la potencia de «la Voz de América Latina desde México». Lástima que Mediz Bolio no quiso venir a oír en vivo la melodía. Pero no importa, ahora lo que toca es seguir adelante con

los planes. Ya no le parece tan descabellada la idea de crear un ballet para hacer presentaciones y giras artísticas por los Estados Unidos, Sudamérica y Europa. Le emociona esta manera novedosa de promover la canción yucateca en otras latitudes. Mañana se reunirá con Mediz Bolio para seguir trabajando en la musicalización de algunos versos de su libro *La tierra del faisán y del venado*.

35

ODA AL PADRE

Aujourd'hui mon père est mort… «Hoy ha muerto mi padre». *Pas hier*. Un ataque fulminante al corazón le arrebató la vida mientras dormía plácidamente en una límpida cama de hospital. Son las cinco y media de la mañana y mi madre recién acaba de llamar por teléfono a la casa para darme la noticia. No se le oía alterada, apenas sollozó ligeramente. Pero yo sé cuánto lo amaba, y a pesar de que en los últimos meses la vida de ambos giraba alrededor de las dolencias de papá y sus intermitentes ingresos a la Clínica Mérida, estoy seguro de que ella no esperaba que esto sucediera tan pronto. Estuve en silencio unos segundos. La noticia me había golpeado con fuerza, pero enseguida me repuse, mi madre necesitaba apoyo, no lloriqueos; tendría que ayudarla a tramitar el acta de defunción, a liquidar la deuda del hospital y a decidir cómo y dónde habríamos de velar a papá; todas esas cosas mundanas que ni siquiera la muerte anula. Enseguida salgo para allá, dije. En mi cabeza, un zumbido constante. Es extraño, siempre pensé que al morir él, mi madre me contagiaría su tristeza, pero mientras hago café y corto naranjas dulces para preparar jugo (acaso como una manera de ahogar mi angustia) para mi mujer y mis hijos que todavía duermen, lo primero que me viene a la mente no es la imagen de papá moribundo o en decadencia, sino la de un padre de familia en una de sus etapas más sólidas, cuando todavía no cumplía cincuenta y solía llevarnos de vacaciones a la capital en alguno de sus queridos automóviles: el Chevelle dorado, el Maverick deportivo, su elegante Malibú. Esto sucedía, invariablemente, en Semana Santa. Era un viaje larguísimo que daba inicio a las cinco de la mañana, la cajuela del auto atiborrada de maletas y regalos para nuestros parientes huaches, un bolsón

rebosante de sándwiches de jamón y queso, el asiento trasero saturado de sábanas, almohadas y un trío de niños somnolientos.

Entonces no había autopistas en el sureste de México, papá debía conducir por aquellas angostas carreteras de doble vía esquivando tráileres, zigzagueando ante los cráteres lunares de la carpeta asfáltica, aminorando la velocidad cada tanto por causa de los eternos trabajos de reparación de la Secretaría de Obras Públicas. Pero nada de esto parecía desalentar su entusiasmo, pues una vez que pasaba el aeropuerto y aparecían las apestosas granjas de cerdos de la carretera a Umán, una sonrisa franca venía a instalarse debajo de su tupido y oscuro bigote. Así transcurría el viaje, entre berreos y pleitos infantiles, mientras escuchábamos en el autoestéreo al famoso Cuarteto Armónico, a Bienvenido Granda, «el Bigote que Canta», a Los Bribones, a los internacionales Panchos, al cubanísimo trío Matamoros, al gran Benny Moré, a los Tres Diamantes, a Alci Acosta, a los Yucas, a los Montejo y a otros tantos tríos, grupos y cantantes favoritos de papá.

La primera escala la hacíamos en Coatzacoalcos, una ciudad industrial sucia e insignificante a la que jamás he vuelto. Y papá, que no acostumbraba hacer reservaciones, debía peregrinar pacientemente, de hotel en hotel, hasta encontrar algún cuarto libre. Nunca entendí por qué mi madre aceptaba tan dócilmente aquel juego. Supongo que no habría de ser nada agradable para ella apaciguar durante la espera las quejas de su lloroso y acalorado trío, harto de ese encierro obligatorio. Años más tarde, cuando alguna vez hablamos del tema y le pregunté por qué no llamaban por teléfono para reservar previamente, con el estoicismo de siempre, mamá contestó que nunca lo creyeron necesario. La búsqueda de habitación, dijo, «era parte de la aventura». Y parte de la aventura, imagino, será la de encontrar ahora dónde velar y enterrar a mi padre, pues conociendo a mamá, seguramente no tiene previsto nada. «Es lo de menos», dirá, «el afecto debe de darse en vida»; aunque a papá, acostumbrado a ser el centro de la atención, me parece que le habría gustado un velorio concurrido, un ágape donde pudieran asistir todos sus amigos y parientes a despedirlo; quiero decir, los pocos que le quedan vivos. Termino el jugo de naranja. Ya casi va a ser hora de levantar a mis hijos. ¿Cómo debo darles la noticia? ¿Así nomás? Niños, acaba de morir

su abuelo. ¿O debo disimular y esperar a platicar con mi mujer y establecer alguna «estrategia», como recomiendan los psicólogos? Por la ventana de la cocina noto que empieza a clarear. A lo lejos se escucha el canto de un pájaro, los ladridos insistentes de un perro, el sonido ahogado del motor de un automóvil que demora en arrancar. De súbito el recuerdo del viaje regresa, vuelvo a verme con la familia entera en el Chevelle de papá, a punto de llegar a Orizaba. Allí, a la entrada de esa ciudad veracruzana, que entonces no tendría más de treinta mil habitantes, había un club privado donde mi padre solía detenerse. Sin tomar en cuenta que fuera necesario contar con membresía para entrar, nos bajaba a todos para que almorzáramos en su elegante comedor. Después de tantas horas de carretera, nuestras fachas nunca eran las adecuadas para un sitio así. La gente nos miraba con reticencia, pero mi padre avanzaba por entre los comensales con su mejor sonrisa mientras mamá nos iba arreando hasta alguna de las mesas de albos manteles. Mamá, invariablemente, ordenaba por nosotros. Nunca permitió que comiéramos en restaurantes caros otra cosa que no fuera pollo o bistec. Así se curaba en salud y prevenía que sus retoños rechazaran los guisos. Todo era deslumbrante para mis ojos de niño, pero de esos regios almuerzos en Orizaba, aunque parezca mentira, lo que mi cerebro ha registrado con detalle no es el deleite de la comida, ni la apariencia suntuosa del lugar, sino el sabor fuerte y dulzón del Delaware Punch, aquel refresco de uva que nos servían a los niños en cuanto tomábamos asiento. Con el paso de los años, como Proust ha escrito, «el olor y el sabor han perdurado mucho más, y recuerdan y aguardan, y esperan sobre las ruinas de todo». Y también, con el devenir del tiempo, la sola mención de Orizaba me remitirá a papá, a Acultzingo y a la ruta montañosa que sucedía a nuestro almuerzo, una vía que serpenteaba por las cumbres, con curvas extremadamente cerradas, paisajes boscosos y pendientes peligrosísimas donde, alguna vez, por culpa de un tráiler y la imprudencia de mi padre, que seguramente habría tomado algunas Carta Blancas de más, estuvimos a punto de caer al abismo. Y a punto de caer me encuentro ahora, en tanto espero que suene el despertador de mi celular anunciando la llegada del nuevo día. Apenas escuche el sonido insistente de la alarma subiré las escaleras, entraré al cuarto de los niños y, antes de que mi mujer

despierte, abriré las ventanas y comenzaré a hablar. Ha muerto, diré. *Aujourd'hui mon père est mort*. Su abuelo ha muerto. Un ataque al corazón se lo llevó mientras dormía. Vayan al colegio, sigan el día de manera normal, jueguen, estudien, así lo hubiera querido él. Ya habrá tiempo para abrazar a la abuela. Y en algún momento, mientras hablo, mientras intento serenar a mis hijos con un discurso regado de lugares comunes, sé que el dolor me abatirá, los ojos se me aguarán y tendré que soportar para no parecer débil, para no quedar como un hombre incapaz de sobrellevar los infortunios de la existencia, porque de estas cosas está hecho el mundo: muerte y esperanza; alegría y pesadumbre. Y yo tan ateo, quizás hasta rece un padrenuestro.

36

OJOS VERDES

Desde que lo vio aparecer en el escenario del Teatro Regis aquel sábado de agosto de 1929, decidió que algún día iban a estar juntos. En un palco de platea, sentada junto al general Maximino Ávila Camacho, su amante en turno, Rosita disfrutó en silencio de la interpretación de Guty Cárdenas, el yucateco que seducía al mundo con su voz y sus canciones.

Para entonces, el trovador ya era una figura internacional. No eran gratuitos los elogios que le dispensaban los periodistas de espectáculos Manuel Horta y Jacobo Dalevuelta en el elegante programa de mano del recital:

«Además de su intuición prodigiosa, de su voz siempre acariciante, Guty imprime a sus canciones una personalidad inconfundible. Se le puede escuchar largo tiempo, sin fatiga ni cansancio. Conoce el secreto de la improvisación feliz, de los matices que dan a la música un sentido insospechado», asentaba el primero. «La musa yucateca tiene en Guty Cárdenas, lo mejor. Derrama el raudal de su música emocionante, y fuera de la Patria, deja en el ambiente la honda huella de la ternura mexicana», escribía el segundo.

Pero ella desconfiaba de tantas alabanzas, no era una mujer fácil de impresionar.

No fue sino hasta que Guty salió al escenario vestido con un impecable traje gris y corbata del mismo color, y se soltó a cantar un trío de canciones típicas mexicanas, que incluyó las melancólicas *Menudita* y *La Mancornadora*, así como el alegre huapango *Coconito*, cuando entendió que los periodistas decían la verdad.

Era la de Cárdenas una voz de tenor armoniosa, modulada, que parecía tocar el alma de los espectadores. Sus dedos, largos y ágiles,

se deslizaban con tal destreza y suavidad por el mástil de la guitarra que, por un momento, cerró los ojos e imaginó lo que sentiría si esas manos recorrieran con la misma habilidad su cuerpo desnudo. Y qué decir de su energía. Cada vez que el compositor jalaba aire para entonar las primeras estrofas de una nueva canción, Rosita sentía que una tenue corriente de electricidad le recorría por entero la piel.

Desafortunadamente, en aquellos días ella no podía poner los ojos en otro hombre que no fuera Maximino. El general era un tipo poderoso que no consentía más infidelidades que las suyas. A cambio, Rosita recibía una buena suma de dinero que acostumbraba «echarse encima», como decía su madre. Adoraba los vestidos de satén y seda, los sombreros de campana, los abrigos de piel y, por encima de todas las cosas, las alhajas. Con el tiempo, había logrado hacerse de una buena cantidad de dijes, anillos, diademas y broches colmados de diamantes, zafiros y esmeraldas que lucía con garbo en las fiestas de políticos y artistas a las que acudía con cierta frecuencia.

Sin embargo, a pesar de lo bien que la pasaba entonces con Maximino, algo tenía muy en claro: no había nacido para ser mujer de un solo hombre. Corta era la vida y no estaba dispuesta a sacrificarla en una única relación como lo habían hecho su madre y sus hermanas. Mucho menos con un tipo que tomaba a las mujeres como mercancía pasajera. Por eso había escogido una profesión emparentada con la bohemia. «¡Actriz!», decía muy orgullosa, cuando alguien le preguntaba a qué se dedicaba. Y aunque hasta el momento su participación en la pantalla grande se reducía a un par de papeles ligeros en películas mediocres, eso no le impedía frecuentar el mundo de la farándula.

Así que cuando se enteró de que el yucateco había sido invitado por la XEW a encabezar el elenco del popular programa *El cancionero Picot* y que volvería de Nueva York para establecerse definitivamente en la Ciudad de México, aprovechando que su relación con Maximino estaba ya en franca agonía, se propuso conquistarlo. Poco le importó que el compositor estuviera a punto de casarse con una gringa insípida e insulsa que, seguramente, «no será mejor que yo en la cama».

Conseguir una invitación para la reunión de bienvenida resultó

de lo más sencillo. Muchos la conocían y a nadie le pareció raro que Rosita Madrigal, la popular *socialité* de ojos hermosos, hubiera sido una de las primeras en llegar al almuerzo que los directivos de la W, junto con los ejecutivos de Sal de Uvas Picot, habían organizado en sus flamantes oficinas para agasajar al Ruiseñor yucateco. Ataviada con un vestido verde de encajes y unos pendientes de esmeraldas que hacían juego con el color de sus ojos felinos, Rosita llegó puntual al edificio ubicado en el número 9 de la calle 16 de Septiembre. Allí, como si fuera una mujer de gran mundo, bebió y departió con todos, incluido el mismo Emilio Azcárraga Vidaurreta, propietario de la estación de radio. Siguiendo su estrategia, procuró no dirigirse en ningún momento al festejado. Ya habría ocasión para hacerlo. En todo momento, las guitarras de los hermanos Domínguez no dejaron de animar a los invitados que daban cuenta de un picoso mole de olla acompañado de ron y cerveza.

Cerca de las nueve de la noche, cuando el ánimo de los asistentes comenzaba a declinar, Guty, que ya andaba pasado de copas, le preguntó a Guillermo Posadas, el director de la orquesta que acompañaría su programa, que quién era esa enigmática mujer que atraía a los hombres con tanta fuerza.

—¿No la conoces? Se trata de Rosita Madrigal, es amante de un militar importante, un general del ejército, creo. Con ella hay que andarse con pies de plomo. Lo que tiene de guapa lo tiene de peligrosa. Una fiera.

—¿Fiera? ¿No sabes que la música amansa a las fieras? Lejos de desanimarme, lo único que has hecho es acicatear mi orgullo, Memo.

—Dicen que sólo anda con poderosos…

—Eso del poder depende del color del cristal con que uno mire. No hay nada más sublime que el poder de la música. Ahora verás.

En ese instante, Guty se acercó hasta la mesa donde Rosita conversaba animadamente. Sin previo aviso, clavando su mirada en la de la mujer, se soltó a cantar a capela *Aquellos ojos verdes*, la canción que acababan de estrenar en La Habana sus amigos cubanos Nilo Menéndez y Adolfo Utrera, con los que alguna vez formara un grupo en Nueva York.

Rosita, halagada, lo invitó a sentarse junto a ella, pero Guty, que no era proclive a andarse con rodeos, prefirió invitar a la Madrigal

y al resto de los comensales a continuar la fiesta en el Salón Bach, su cantina favorita, donde serían tratados, dijo, «a cuerpo de rey».

Ésa fue la primera de muchas noches que Rosita amanecería en los brazos del yucateco. Y aunque nunca logró que el compositor abandonara su absurdo capricho de casarse con «la gringa insípida e insulsa», como llamaba ella a Ana Patrick, cumplió su propósito de volverse indispensable para las noches bohemias de Guty Cárdenas.

Como era previsible, el general Ávila Camacho nunca aceptó la idea de perderla. Incluso amenazó con darle un balazo al yucateco si se enteraba de que, en efecto, andaban juntos. Por fortuna, en los últimos meses el general había estaba tan ocupado en consolidar su posición política y en apaciguar los últimos brotes de la Guerra Cristera, que ni siquiera había tenido tiempo para despedirse de ella antes de irse a vivir definitivamente a Puebla con su esposa Bárbara.

Ahora Rosita se sentía libre. Libre para ir y venir a donde se le diera la gana sin dar razón a nadie. Libre para decidir con quién compartir los favores de su cuerpo. Libre para poder estar más tiempo con Guty, el cantor joven más importante del país, con el que habría de reunirse esa tarde en el Salón Bach, apenas el compositor terminara de grabar su programa en la W. Sabía que Guty planeaba festejar su próxima gira por el sureste, la cual iba a llevar a cabo con el apoyo del empresario yucateco Gálvez Torres, y por nada del mundo se perdería el convite.

Se miró al espejo. El reflejo de sus largos aretes de esmeralda y el brillo de las piedras de la gargantilla que escogió para completar su atuendo la deslumbraron por una fracción de segundo. Era una mujer hermosa, lo sabía. Sus ojos verdes, la piel aceitunada y su cuerpo voluptuoso llamaban fuertemente la atención de los hombres. No era de las que pasaban desapercibidas. Y eso, tristemente, también le había traído algunas decepciones. Suspiró y recordó que, siendo todavía una niña, a los trece años, hubo de defenderse del acoso permanente del hermano de su madre, un profesor viudo y alcohólico que dirigía la escuela donde ella estudiaba.

Por otra parte, siempre supo que tenía control sobre los hombres y que su simple presencia captaba las miradas masculinas aún sin proponérselo. Y de eso se había valido para conquistar al general

Maximino Ávila Camacho, quien le abrió el camino para acceder a mundos que nunca había imaginado. Fue él quien le sembró la espinita de la artisteada, acaso por puro galanteo, al compararla constantemente con Lupe Vélez.

Se acercó al ropero y buscó entre sus vestidos aquel que hiciera juego con los accesorios. Eligió uno de seda, rojo, de amplio escote, que dejaba ver una buena parte de sus blancos y alunarados pechos. Luego se dirigió a la zapatera donde descansaba una docena de modelos de todo tipo. ¿Plateados o dorados?, se preguntó, decidiéndose de último momento por los primeros.

Antes de salir a la calle en busca del fotingo que la llevaría al bar ubicado en el número 32 de la calle Madero, Rosita se miró de nuevo al espejo, se retocó el maquillaje y se pintó los labios de rojo intenso, tal como le gustaba a Guty, sin imaginar siquiera que esta tarde de abril sería la última que pasarían juntos.

37

SALÓN BACH (II)

5 de abril de 1932

Carajo, ¿así es como termina todo?, ¿esto es morir?, ¿por qué ahora?, cabrones gachupines de mierda, justo cuando recién regresaba a México, debí haberle hecho caso a Rosita, «déjalos en paz, Guty, que se vayan con su odio y su música a otra parte», pero yo, terco, pensando que todo era un malentendido, que podía arreglarlo en buenos términos me fui tras ellos a la barra, y ya está visto que venían con ganas de joder, sobre todo el tal José Peláez, el cabrón me estrelló la botella de cerveza en la cara, por eso saqué la pistola, para defenderme, no por otra cosa, todos saben que nunca he sido un tipo violento, a las pruebas me remito, y por su culpa el otro me disparó a quemarropa, debí haber escuchado las advertencias de Rosita, «que se vayan con su odio y su música a otra parte», y todo por culpa de unas vencidas, «lo pequeño que es el mundo, hermano, por fin conocemos al autor de *La República en España*» y yo, tontamente, pensando que decían aquello por halagarme, tomé la guitarra de Larios y comencé a entonar *A contarles vengo la última noticia, que en el mundo entero la atención merece: hoy la vieja España es republicana, y ya no es monarca don Alfonso XIII…*, cómo podía saber que este par de hijos de puta, este dúo de ibéricos resentidos que ahora miran con desconcierto y satisfacción cómo se me va la vida, eran más monárquicos que el don Poncho XIII…, ay, pobre Roberto, tan servicial, ya le manché la ropa de sangre, él sí que es un caballero, fue el único que se animó a ayudarme al ver que caía, tan mal me ha de encontrar que no cesa de hablar, «no cierre los ojos, don Guty, verá que en cualquier momento aparecen el médico y la ambulancia, se va a poner bueno de nuevo, a usted todavía no le ha llegado la hora, este México

moderno es un caos, necesitamos sus canciones», ¿y mis amigos?, ¿Rosita?, ¿Larios?, ¿Gálvez Torres?, ¿dónde se habrán metido?, no alcanzo a ver a ninguno, los muy cabrones…, de seguro corrieron para no meterse en líos, pero nada más que me recupere de ésta me las van a pagar, chingado, me las van a pagar, a ver quién los invita al coñac y a las cervezas, a ver quién es el pendejo que les canta cuando se les suban las copas y comience a desbordárseles el sentimiento, carajo, ¡cómo duele!, tantito que se mueve Roberto y el dolor se intensifica, ojalá que la ayuda no se demore, me cuesta mucho trabajo respirar, mantener los ojos abiertos, ¿cuánto tiempo estaré fuera de circulación?, mañana debería de estar temprano en la W, *El Cancionero Picot* en radio se ha vuelto un éxito, ¿en manos de quien quedará el programa mientras regreso?, por lo menos revisé la impresión del último *Cancionero*…, cabrones españolitos, la puta que los parió, que chinguen mil veces a su madre, debí haberle hecho caso a Rosita, «que se vayan con su odio y su música a otra parte», al tal José alcancé a meterle un balazo y, de paso, me jodí también al pendejo del Mallorquín, y no me arrepiento, se lo tenía bien merecido, ese gitano fue quien trajo hasta mi privado al par de iberos resentidos, y ahora que lo pienso, ¿no habrá sido todo esto un ardid bien urdido?, ¿una venganza ordenada por los fieles a la monarquía?, ¿un complot de don Alfonso?, ¿el orgullo herido del general amante de Rosita?, ¿o una revancha de algún artista que me tenga tirria?, ¿o Agustín Lara, por ejemplo?, el otro día el cabrón flaco, que para variar andaba muy borracho, me reclamó que dizque le robé todo el crédito en el escenario, que tarde o temprano se la iba a pagar, ¿quién puede saberlo?, ¿y el médico?, ¿por qué carajos no viene?, ¿será posible que no hubiera aquí ningún galeno tomándose un par de frías?, ¿a poco los doctores de la capital no se echan sus tragos?, ay, pero a mí no me van a vencer un par de balas, ¿y si llegara a fallecer?, imagino los encabezados en la prensa de mañana, «¡Ha muerto! El Ruiseñor yucateco, el cantor que llegó al alma del pueblo falleció en una riña cantinera», carajo, ¡qué manera tan vulgar de decirle adiós al mundo!, ¡mejor morir en La Chicharra acompañando al general Serrano!, ¿y mi madre?, ¿Anita?, ¿la abuela?, ¿les habrá avisado alguien?, las malas noticias vuelan, suele decir Balita, y habiendo tanta gente en el Salón Bach, no habrá faltado quien lleve el chisme hasta la casa, en esta capital,

más temprano que tarde, todos terminan por conocerse, coño, qué sed, qué frío, tengo los labios resecos, la lengua pastosa, ¿si le pido a Roberto algo para humedecerme la boca?, un ron con mucho hielo, una Carta Blanca escarchada, así suele beberse en mi tierra donde el calor derrite piedras, donde el sol nunca descansa, pero ni siquiera tengo fuerzas para articular palabra, además si él me suelta voy a terminar con la cabeza en el piso, no creo que esto convenga, menos con tanta gente a mi alrededor, tanta que resulta molesto, me cortan el aire, me agobian, ¡háganse a un lado cabrones!, ¿no entienden que me estoy muriendo?, la corbata me ahoga, hago el intento por levantar el brazo para tocarla y Roberto, menos mal, se da cuenta, se anima a aflojarme el nudo, a desabrocharme la camisa, coño, ¡qué dolor!, ¿cómo chingados fue a sucederme esto?, justo cuando estoy por terminar nuevas canciones con el Mediz Bolio, ese poeta sibarita que ama tanto el vino tinto, la buena música y la comida, «tú y yo podemos componer un estilo de canción que tenga el aliento de nuestra tierra», pobre, quería montar un ballet con mis melodías para recorrer el mundo, Sudamérica, Estados Unidos, Europa, pobre, ¿pobre él, o yo?, por lo menos alcanzamos a hacer algunas canciones, ojalá que las difunda, lo malo es que ayer rompí el disco donde grabé *El Caminante*, había quedado tan largo y aburrido…, alguien se acerca, se abre paso entre la gente, mi visión es cada vez más difusa, se agacha, me toma el pulso, observa mis pupilas con ayuda de una lamparita, dice algo que no entiendo, apenas siento su presencia, es sólo una sombra que me va cubriendo, siento mucho, muchísimo frío, se me llena la cabeza de recuerdos, la imagen de la casa donde nací, el patio central con sus helechos, malangas y buganvilias, el traspatio con sus aguacatales, el parque arbolado de Santa Lucía, los rostros de mis hermanitos Renán y Raúl, el césped verdeante del campo de futbol de la escuela Modelo, la sonrisa de mi hermana Carmen, el azul intenso del mar yucateco, la cara amigable de Chalín, las manos blancas de mi madre, los ojos tristes de Balita, la luminosidad del cielo meridano, un rayo de sol, un rayito colándose por el tragaluz de mi cuarto, el cuerpo frágil, pequeño, desnudo de mi esposa Ana, los pechos generosos de Nancy Torres…, el médico que me esculca habla algo en este momento, grita, ordena sabrá Dios qué cosas a Roberto, palabras confusas, frases atropelladas que

no alcanzo a comprender, Nancy, ¿y Nancy?, ¿qué habrá sido de ella?, nunca pudimos arreglar las cosas, cuánto la amé, cuánto la quise, pinches gachupines de mierda, ¿por qué no le hice caso a Rosita?, «déjalos en paz, Guty, que se vayan con su odio y su música a otra parte», pero no, tuve que ir tras ellos a intentar zanjar diferencias, ay, Rosita, Nancy, Ana, ay, yo sé que nunca, ay, que nunca volveré a besarlas en la boca, sus labios de púrpura encendida, nunca, nunca, nunca, nunca…

38

SOMBRAS EN EL PARAÍSO

Madrugada de domingo. Insomnio. Se me ha ido completamente el sueño. Me incorporo en la cama, busco la hora en el reloj de pared y las manecillas fosforescentes parecen burlarse de mi condición: la una con veinte minutos. Tratando de no despertar a mi esposa, abandono sigilosamente las sábanas para refugiarme en el estudio y regresar a la clandestinidad de la escritura. Desde que murió mi padre, no he vuelto a abrir el archivo de la novela. Hace un par de horas, a insistencia mía, mi mujer y yo vimos en la computadora la película *Sombras en el paraíso.* Es un filme finlandés, de 1983, dirigido por Aki Kaurismäki, donde se escucha completa la canción de Guty Cárdenas *Dile a tus ojos*, interpretada por el mismísimo Guty. La película trata del amor entre Nikander, un hombre tímido, responsable y silencioso que labora como conductor de un camión de basura, e Ilona, una guapa cajera de supermercado que ha sido despedida de su trabajo. Es una película triste, dramática, con diálogos breves y parcos, acciones cortas e irónicas, que muestran la dura realidad del proletariado finlandés de aquella época. Casi al final, Nikander encuentra un disco de vinilo entre los desechos y lo lleva a su departamento. Al cabo, en una de las escenas más emblemáticas de la cinta, Ilona pone el disco y, mientras espera inútilmente que Nikander regrese a casa, escucha arrobada cantar a Guty Cárdenas. Digo inútilmente porque al tiempo que Ilona oye la canción, a su novio le están dando tremenda paliza unos hombres con los que se ha topado en la calle, por negarse a compartir con ellos su cajetilla de cigarros.

Esta escena, que coincide con el clímax de la narración, es desgarradora. Es una lastimosa metáfora de la desesperanza de todos los infelices del mundo. Desfoga, en un par de minutos, el

hastío contenido de los protagonistas. La modulada voz de Guty interpretando *Dile a tus ojos* —una canción melancólica, dolorosa, que imagino habrá cautivado a Kaurismäki por su tesitura— contribuye a aumentar la tensión de la escena:

Dile a tus ojos que no me miren
porque al mirarme me hacen sufrir,
que no me miren porque me hieren,
diles que tengan piedad de mí.

Ojos perversos de tintes vagos,
ojos que hieren mirando así,
ojos que matan y que dan vida,
¡tened clemencia, piedad de mí!

La impresión de la película me ha devuelto las ganas de escribir, de narrar éste que pretendo sea el último capítulo de la novela. Desde que papá falleció, ya lo he dicho, no he vuelto a redactar una sola línea. Carecía del valor suficiente para enfrentarme a la hoja en blanco. Apenas comenzaba a escribir algo, me venía un fuerte bloqueo mental. Una y otra vez llegaba a mi cerebro la imagen de papá acostado en su ataúd: los párpados cerrados, las cejas bien peinadas, la nariz ganchuda, el bigote escaso que hasta el final de su vida solía teñir de negro, el cabello ralo cortado de tal forma que pudiera verse menos escaso. Pobre papá. ¿Creía, como el protagonista de aquel antiguo cuento oriental, que disimulando los estragos de la vejez, disfrazándose de juventud, podría engañar al destino? ¿Tan grande sería su temor a la muerte? Menos mal que ésta lo atrapó desprevenido, cuando el sueño, ese dulce anticipo del gran viaje, lo mantenía protegido dentro de su burbuja de la inconsciencia.

«Estoy optimista porque mi muerte está más cerca. La humanidad no aprende. No hay futuro para los hijos, los nietos… si esto sigue igual. Depende de los jóvenes. Sólo si las madres detienen la avaricia de la globalización puede haber futuro», dice Kaurismäki en una entrevista reciente que encuentro en internet. Observo una fotografía actual del cineasta europeo. Aparece fumando, vestido con un sobretodo negro, el pelo revuelto y una actitud rebelde mezcla de cinismo y bonhomía. A causa de sus ojos ligeramente

rasgados, la blancura de la piel y su cara rojiza y mofletuda, me doy cuenta de que guarda un enorme parecido con Boris Yeltsin. Busco en la red más noticias sobre Aki, intento encontrar el vínculo original de este cineasta finlandés con Guty Cárdenas. Me intriga saber por qué un director nacido al otro lado del continente americano, que habla una lengua tan distinta al castellano y que se desenvuelve en el mundo moderno, admira tanto al trovador yucateco. Luego de navegar un buen rato, comienzo a cabecear. Me vence el sueño. Nada. No he podido encontrar absolutamente nada. Para averiguar estos detalles tendría que escribir al representante de Kaurismäki y solicitar una entrevista. Pero esto no va a suceder, prefiero imaginar al finlandés topándose, igual que el personaje principal de su película, con un disco de Guty en el lugar menos pensado: un basurero, un mercado de pulgas, una tienda de antigüedades. Lo único bueno es que, en mi afán por encontrar respuestas, confirmo en un sitio web de cine algo que mi hermano Enrique me había contado alguna vez: una de las cintas más emblemáticas de Kaurismäki, una *road movie* llena de surrealismo y buen *rock and roll* filmada en 1989, *Vaqueros de Leningrado van a América*, está dedicada a la memoria de Augusto Cárdenas Pinelo.

Irónicamente, dos meses después de haber fallecido papá, ha sido un director escandinavo, de nombre casi impronunciable, quien me ha devuelto la confianza en la escritura. Ahora sé que el hilo conductor de mi novela nunca fue la agitada biografía de mi paisano, sino la vida simple de papá. Lo que he escrito en estas páginas no es una novela histórica, mucho menos una autobiografía. Aunque parezca mentira, me resulta difícil contar abiertamente mis obsesiones, que prefiero esconder detrás de la sofisticada arquitectura del cuento. Si algún día la termino, si decido a publicarla, esta *nouvelle* debe de convertirse en un sencillo homenaje al hombre que me acercó a los boleros, a los pasillos, a los sones, a los montunos y a las canciones yucatecas. Un texto escrito a la memoria de mi padre.

AGRADECIMIENTOS

Estoy en deuda con mis primeros y entusiastas lectores —Eduardo Marín, José Baqueiro, Lucía Cervera, Pedro Castro, Claudia Sosa, Margarita Castro, Jorge Lara—, así como con los integrantes de mi taller literario de los jueves.

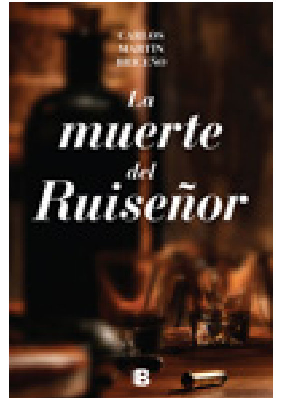
Con los que se sumaron posteriormente, pero hicieron las aportaciones más sustantivas: Enrique Martín Briceño, Aura Losa, Beatriz Espejo y Joel Flores.

Con los que me animaron a incursionar en el fascinante mundo de la novela: Eusebio Ruvalcaba, Mónica Lavín, Sara Poot-Herrera y Maricruz Castro Ricalde.

Mi reconocimiento a Jorge Arturo Borja, por su generosidad literaria.

Una mención especial a Luis Pérez Sabido, por su apertura y camaradería, y a Gerardo de la Cruz por su rigurosa labor de edición: sus observaciones fueron cruciales para conformar la estructura final de esta novela.

Finalmente, mi eterna gratitud a mi madre, Carmen Briceño Bernés, y a mi tía Ligia Martín García. A la primera, por su complicidad en mi carrera literaria; a la segunda, por haberme acercado de manera temprana a la guitarra.



Ciudad de México, 5 de abril de 1932, en el piso de una cantina el cuerpo de Guty Cárdenas, «el Ruiseñor yucateco», se desangra de cuatro balazos: «¿Así es como termina todo?, ¿esto es morir?», se pregunta al tiempo que cierra los ojos y su vida se le viene de golpe, tan vertiginosa como el éxito y la fama que le dieron sus canciones… Y mientras Guty agoniza en el Salón Bach, en la actualidad, un escritor relata la historia de la novela que está haciendo sobre el legendario trovador, y recuerda con nostalgia a su padre, lleno de vida, tarareando *Rayito de sol*…

En *La muerte del Ruiseñor*, Carlos Martín Briceño se convierte en personaje de su propia novela para revelarnos que, a veces, la mejor manera de hablar de uno mismo es contando la historia de los seres y las cosas que amamos.



Carlos Martín Briceño (Mérida, 1966) es uno de los cuentistas más prestigiados de México. En 2003 ganó el Premio Nacional de Cuento Beatriz Espejo, en 2008 obtuvo mención honorífica en el Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí, y en 2012 fue distinguido con el Premio Internacional de Cuento Max Aub, convocado en España. Autor de los libros de relatos *Los mártires del Freeway y otras historias* (2006), *Caída libre* (2010) y *Montezuma's Revenge y otros deleites* (2014), entre otros títulos que han figurado en las listas de las mejores obras publicadas en su año. En *La muerte del Ruiseñor*, su primera novela, se oponen y complementan las historias del exitoso cantante y la del escritor que se sirve del personaje para entenderse a sí mismo.

La muerte del Ruiseñor

Primera edición digital: noviembre, 2017

www.megustaleer.com.mx

ISBN: 978-607-529-367-7

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

Contenido